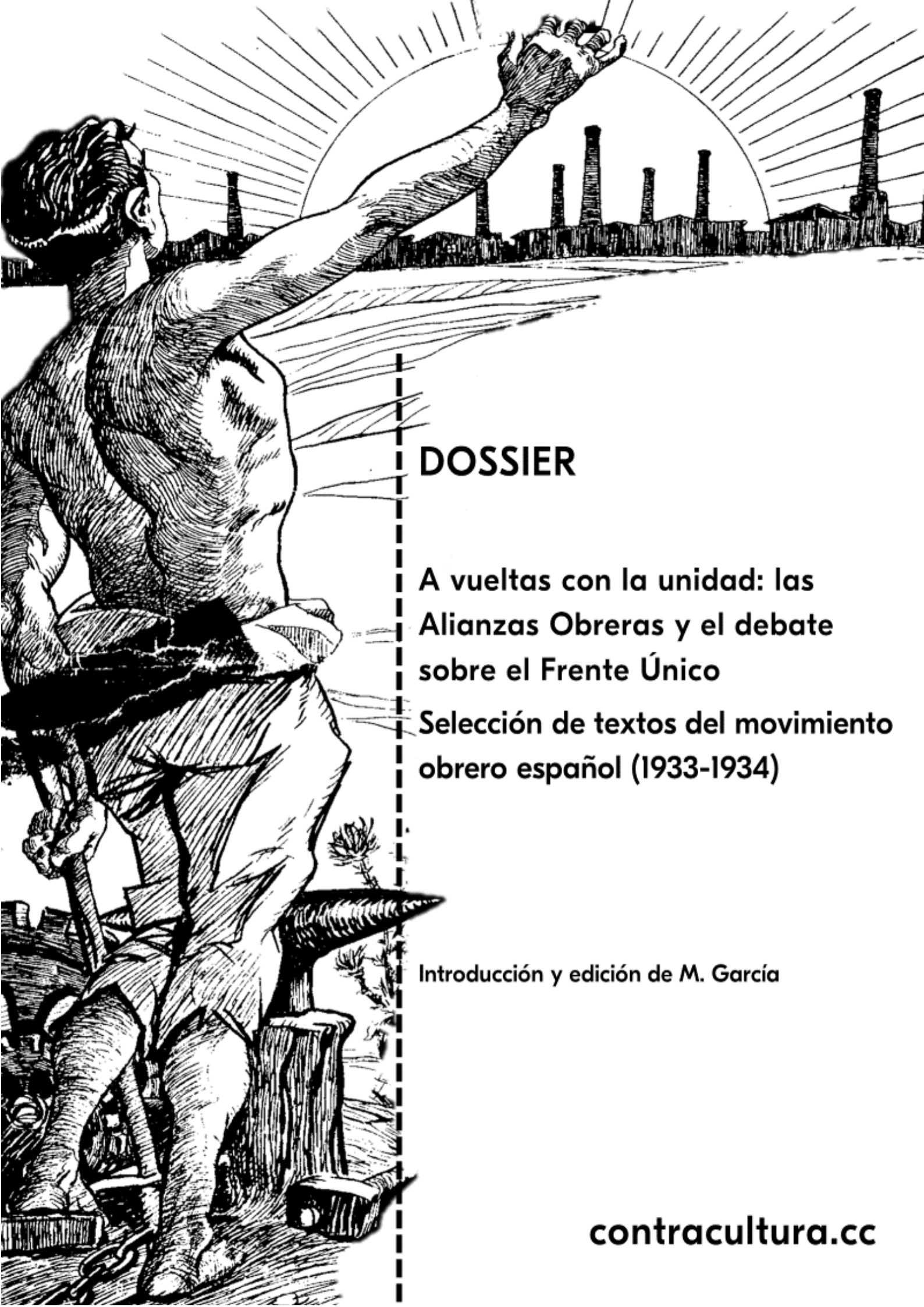


DOSSIER

A vueltas con la unidad: las Alianzas Obreras y el debate sobre el Frente Único

Selección de textos del movimiento obrero español (1933-1934)

Introducción y edición de M. García

contracultura.cc

Las imágenes de portada y del interior pertenecen a diversos números de *Renovación*, órgano de expresión de las Juventudes Socialistas de España

Presentamos este primer *dossier* de Contracultura con la idea de dar continuidad a un nuevo formato que permita mostrar diversos debates pasados y presentes sobre coyuntura, temáticas concretas, experiencias históricas o tesis políticas en discusión. La mayor extensión y número de textos busca profundizar en estas cuestiones a través de una lectura más profunda y menos inmediata, ofreciendo las diversas posiciones en disputa. Asimismo, el planteamiento introductorio inicial pretende mostrar la relevancia política de los debates expuestos, que no pueden quedar relegados a un mero ejercicio de gimnasia académica o de exposición de anticuario.

Índice

Introducción **7**

Manifiesto de presentación de la Alianza Obrera de Cataluña (10 de diciembre de 1933) **17**

Cataluña, a la cabeza. El frente único obrero (*El Socialista*, 29 de diciembre de 1933) **19**

Frente único (*Renovcación*, 27 de enero de 1934) **21**

Posición de los Jóvenes Trotskistas (*Renovación*, 27 de enero de 1934) **23**

¡Alianza revolucionaria, sí! ¡Oportunismos de bandería, no! (*La Tierra*, 29 de enero de 1934) **25**

Pacto C.N.T. - U.G.T. de Asturias (28 de marzo de 1934) **32**

¡En pie por Alianza Obrera!(*Renovación*, 28 de julio de 1934) **34**

Acta de la reunión celebrada por las delegaciones del Comité central de la U. J. C. y de la Comisión ejecutiva de la F. J. S (*Renovación,* 28 de julio de 1934). **36**

Acta de la segunda sesión, celebrada el día 30 de julio de 1934, entre las delegaciones de la Comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas y del Comité central de la Unión de Juventudes Comunistas (*Renovación*, 4 de agosto de 1934) **52**

Continuación de las deliberaciones entre jóvenes socialistas y comunistas pro frente único (Renovación, 11 de agosto de 1934) **66**

Los representantes de las fracciones políticas proletarias expresan su confianza en las Alianzas Obreras. Diversas preguntas hechas a trotskistas, a la Federación Tabaquera, a los obreros en las fábricas, a los representantes de la U. G. T. (1 de septiembre de 1934) **71**

Qué es y qué quiere el POUM (febrero de 1936) **78**

Introducción

El mes pasado celebrábamos el 92º aniversario de la Revolución de Ochobre en Asturias, así como de la oleada insurreccional que recorrió el resto del Estado español en 1934. Más allá de la efeméride y de recordar la heroica gesta de la Comuna asturiana —y sus 18 días de resistencia frente a la sanguinaria represión militar de la República— los hechos del 34 pusieron sobre la mesa una serie de debates táctico-estratégicos y organizativos en torno a la unidad de acción de las organizaciones obreras, tanto frente a la amenaza fascista y la represión estatal, como frente a una ofensiva patronal cada vez más desbocada. Bajo la forma de la «Alianza Obrera» (AO), las distintas organizaciones del proletariado español construyeron y discreparon en torno a la una particular forma de la táctica de Frente Único (FU). Hoy, en una situación radicalmente distinta, de profunda debilidad del movimiento obrero y de sus organizaciones políticas, estos debates no deben tomarse como una cuestión de anticuarismo o folclore, sino como una lección provechosa en la que examinar los aciertos y errores, los límites y victorias de estas Alianzas. Para dotarnos de las herramientas adecuadas que organicen la creciente conflictividad debemos examinar nuestra historia, y poner a prueba diversas hipótesis políticas que hagan frente a la reacción y el fascismo, así como para una crisis cuyas consecuencias sobre la clase trabajadora son cada vez más intensas.

Los textos seleccionados para acercarnos a esta experiencia de la historia proletaria son los dos manifiestos de las principales Alianzas Obreras forjadas: (las de Cataluña y Asturias); una valoración por parte de Valeriano Orobón, destacado teórico cenetista, el debate entre las Juventudes Socialistas y la Unión de Juventudes Comunistas, así como las interpelaciones de las primeras a otros destacamentos y, por último, el análisis a posteriori de esta experiencia expuesto por el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) ya en 1936.

Antes de nada, se hace necesario contextualizar la conformación de las AO y el debate entre destacamentos obreros. En noviembre de 1933 de las derechas y el centro, agrupadas estas primeras en la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) —de la que más abajo hablaremos— se hicieron con la victoria, tras un bienio de gobiernos republicano-socialistas, caracterizado por la impotencia de las reformas para solucionar los grandes problemas sociales del país (especialmente en el campo) y la represión al movimiento obrero y jornalero (con episodios especialmente sangrantes como Arnedo, Castilblanco o Casas Viejas). La CEDA —que por su carácter «accidentalista» (no hacían de su monarquismo una línea roja y se mantenían separados de los sectores carlistas y falangistas) ha sido blanqueada posteriormente— no era una simple coalición conservadora, sino que unía a elementos ultrarreaccionarios, opuestos a cualquier mínima concesión a la Reforma Agraria o a las reivindicaciones obreras, así como a sectores con tendencias cada vez más abiertamente fascistas (José María Gil Robles, líder de la coalición, era un conocido admirador y colaborador de la Alemania nazi: las Juventudes de Acción Popular

—JAP— eran prácticamente una milicia escuadrista, etc.). Por todo ello, un acceso directo al gobierno de la minoría ganadora de las elecciones suponía abrir la puerta a una crisis directa de la República, en tanto abría la puerta a la «vía corporativa»[1] y a una previsible respuesta insurreccional del movimiento obrero. La estrategia de la CEDA se basaba en acceder al gobierno y desde ahí construir un régimen corporativista autoritario similar al de Salazar en Portugal o Mussolini en Ialia. Así, por el momento, se conformó un gobierno encabezado por el «centro», es decir, los radicales de Alejandro Lerroux, partido, a aquellas alturas, sumergido en la corrupción y el oportunismo extremos y con un viraje a la derecha cada vez más pronunciado. Sin embargo, era un gobierno que se apoyaba externamente en la CEDA, con una creciente presión de esta para ocupar sillones en el Consejo de Ministros. En cualquier caso, las reformas del bienio anterior se paralizaron y se cedió a presiones de la CEDA como la aprobación de la amnistía a los implicados en el intento de golpe de Estado de 1932 (la Sanjurjada).

La tendencia era clara en toda Europa: los partidos y gobiernos centristas, conservadores, reaccionarios y católicos estaban alentando el giro autoritario de los Estados y funcionando como trampolín para los movimientos fascistas. Fue el caso austriaco el que probablemente más que el ascenso al poder de Hitler en 1933 marcó los miedos del movimiento obrero español: un canciller católico (Engelbert Dollfuss) que disuelve el parlamento y gobierna por decreto, y responde al levantamiento del movimiento obrero (en febrero de 1934) con una masacre sin precedentes. Los paralelismos entre Dollfuss y Gil Robles eran claros y un tópico constante en la prensa obrera. Todo ello en un contexto en que las tácticas del conocido como «Tercer Periodo» de la Komintern se estaban demostrando incapaces, ya no de llevar a la conquista del poder, sino de garantizar la mera supervivencia del movimiento obrero. Sin embargo, la Komintern a la altura de 1933-1934 todavía no había consolidado un cambio con respecto a sus tesis de «Frente Único por la base», a las que luego volveremos. Hasta cierto punto el PCE buscaría corregir ese Tercer Periodo, pero sin herramientas ni planteamientos adecuados y suficientes para ello.

Volviendo al ruedo ibérico, podemos constatar que todas las organizaciones obreras ajustaron sus estrategias entre 1933 y 1934. El PSOE, organización sumamente compleja y con una escisión contenida entre tres tendencias cada vez más pronunciada, en cualquier caso, viró fuertemente hacia posiciones izquierdistas. Nunca está de más señalar que, pese a derivas futuras, la socialdemocracia española a la altura de 1934 era una de las que mantenía mayores continuidades con la socialdemocracia revolucionaria decimonónica —no obstante, esto se combinaba con su veta oportunista y liberaloide inserta en la organización desde sus orígenes—: no se había visto implicada en la Gran Guerra ni en las empresas coloniales (destacaba por su oposición a la guerra en Marruecos, tal y como felicitaba Rosa Luxemburgo al

[1]. Esta tesis es pormenorizada en Paul Preston, *La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Barcelona, DeBolsillo, 2020.

«Camarada Iglesias» en 1909[2]), contaba con una inmensa base sindical entre los sectores más proletarizados del campo y su implicación gubernamental se había reducido al bienio 1931-33, frente a casos como el del SPD, en que la implicación en la guerra y los gobiernos de Weimar alumbraba un panorama sumamente distinto.

El PSOE había gobernado con los republicanos de izquierda y fue partícipe de la represión de los dos primeros años de la República, pero, aunque solo fuera por motivos oportunistas para su dirección, se vio forzado a alejarse de veleidades gubernativas —ni siquiera con el Frente Popular buscaron tener ministerios hasta el estallido de la guerra civil— y a apostar por una retórica y práctica —de un modo particular y limitado, como se verá— insurreccionales en mayor o menor medida. Encontramos ejemplos tan irónicos como el de un conocido derechista —«socialista a fuer de liberal», en sus propias palabras— como Indalecio Prieto fletando buques con armas, algo que quedaba lejos de la política de los dirigentes del SPD o la SFIO por aquel entonces. Claramente la mayoría de la dirección socialista no pretendía la revolución (a pesar de lo que diga la historiografía franquista) y, de hecho, no la llevaron a cabo, pero tanto la base como gran parte se sus juventudes a la altura de 1934 tenían una perspectiva distinta, que en muchos casos adelantaba por la izquierda al PCE, como se refleja en los debates entre las Juventudes Socialistas de España (JSE) y la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE).

Por su parte, la CNT, que había sufrido una fortísima represión y optado por el insureccionalismo y el abstencionismo político en los años previos también modificó sus posiciones, en mayor o menor medida, dependiendo de cada federación —dada su estructura confederal—. En términos generales se produjo un acercamiento a la otra gran organización sindical, la UGT, permitiendo la construcción de frentes únicos como el asturiano. Sin embargo, es el gran ausente en muchas otras AO —a excepción de los sectores encuadrados en los conocidos como Sindicatos de Oposición, que se unieron a estas—, lo cual supuso el principal límite en esta gran reconfiguración del movimiento obrero de 1934. El apoliticismo y la falta de centralización impidieron al anarcosindicalismo jugar un importante papel, que, probablemente, en conexión con la radicalizada base socialista, habría podido extender las posiciones revolucionarias entre el proletariado español y evitar que la unión se conformase en términos frentepopulistas, como finalmente sucedería en 1936.

Un actor, aunque minoritario, decisivo a la hora de impulsar las primeras AO, como la de Cataluña, fue la «izquierda comunista», es decir la Izquierda Comunista de España (ICE) y el Bloque Obrero y Campesino (BOC). A pesar de las caricaturas típicas de «trotskismo», lo que encontramos es un destacamento proveniente de la primera ruptura comunista con el PSOE, que integró el PCE durante años a la vez que generaba un polo sindical comunista en el seno de la CNT catalana (los Comités Sindicalistas Revolucionarios, que a largo plazo darían paso a la Federación Obrera de Unidad Sindical en Cataluña, con hasta 50 000 afiliados). Es decir, militantes como Maurín o

[2]. Mike Taber, *Under the Socialist Banner. Resolutions of the Second International 1889-1912,* «On Spain», p. 270.

Nin que conocían bien el trabajo en el seno del movimiento obrero con otras tendencias, pero siempre con el horizonte de la hegemonía y unificación comunista presente.

Por último, el PCE, ya estabilizado tras el fin de la etapa más aventurerista de la secretaría general de Bullejos y las fluctuaciones en la dirección de la Komintern, era todavía un agente con escasa influencia. Sin embargo, pese a la rigidez de las tesis del «socialfascismo» y de «clase contra clase» del momento, vemos cómo se plantea un acercamiento y negociación hacia sectores juveniles del PSOE, que, sin embargo, acabará tomando una forma frentepopulista dos años después. Su principal límite no difiere del otros PCs europeos de la época: la táctica errática y la deriva oportunista creciente.

Con este panorama y, ciertamente a la contra de las tendencias europeas de la década y media previa, se produce una de las experiencias más ricas en torno a la táctica de Frente Único de la historia del movimiento obrero europeo. Esta táctica había sido definida en el III Congreso de la Komintern en 1921. En términos sencillos, se trataba de afrontar las tareas de unificación y hegemonización en un nuevo contexto que cada vez apuntaba más hacia un reflujo contrarrevolucionario, tras la derrota de la revolución alemana en 1919 y la recomposición de la socialdemocracia, cuyos partidos seguían siendo mayoritarios entre la clase obrera. «Marchar separados, golpear juntos»: esta consigna formulada por Trotsky diez años después de este congreso sigue siendo el mejor resumen de este planteamiento: colaboración y trabajo conjunto en las luchas, diferenciación programática clara y crítica honesta entre destacamentos. Sin embargo, no debemos asimilar tan automáticamente esta fórmula a experiencias históricas concretas como las AO, mucho menos realizar afirmaciones tan toscas como que los soviets eran simples Frentes Únicos (afirmación a veces común entre las filas del trotskismo, por ejemplo). La táctica definida por la Komintern no presuponía, por ejemplo, que estos frentes fueran órganos de gobierno. En el debate en torno a las AO en España se plantean cuestiones sobre el FU, pero es un debate que lo trasciende y plantea otras cuestiones asociadas a la unidad de acción. Podemos expresarlo en dos bloques: 1) los fines de la alianza y la cuestión de la conquista del poder y 2) la relación de esta con respecto a las luchas parciales y el papel del sindicato.

Antes de nada, cabe apuntar dos cuestiones relevantes. En primer lugar, frente a muchas formulaciones tramposas hechas a posteriori los planteamientos del FU o las AO en los años 20 y 30 exclusivamente hacen referencia a organizaciones obreras y se basan en una voluntad programática revolucionaria, al menos aunque fuese a nivel retórico en ciertos destacamentos. Las lecturas frentepopulistas posteriores son ahistóricas e interesadas. Por ejemplo, las desavenencias entre KPD y SPD durante el ascenso del fascismo no orbitan en torno a priorizar de forma maniquea «revolución» o «lucha contra el fascismo», sino que son expresión de los problemas de construir la unidad de acción entre una organización con tendencias sectarias y una organización obrera oportunista. En el caso español en 1933-34 las AO, por un lado, se circunscriben exclusiva y explícitamente a organizaciones obreras y, por otro, no se ciñen a un programa de mínimos como el del FP en 1936 (liberación de presos

políticos, reforma agraria, etc.), sino que, de una u otra forma —como se puede apreciar en los textos seleccionados—, pretenden la revolución, entendida esta como la toma del poder político y la colectivización de la producción. En segundo lugar, debemos tener presente que a la altura del primer tercio de la década de 1930 los planteamientos del FU, a pesar de seguir vigentes en las directrices oficiales de la Komintern, estaban fuertemente tocados por una doble pinza: la de las formulaciones del Tercer Periodo (las tesis del socialfascismo, «clase contra clase», etc. que habían llevado a los partidos comunistas a una posición cada vez más sectaria con respecto a las organizaciones socialdemócratas) y la del viraje derechista de la política soviética hacia el nacionalismo y el estatalismo, reflejado en sus nuevos planteamientos internacionales. Así, vemos que no es el PCE el principal agente impulsor de las AO, sino que se mueve entre el rechazo y una aceptación poco entusiasta. Posteriormente, después de la derrota de Octubre del 34, empezará a apostar cada vez más fuerte por fórmulas del tipo frentepopulista.

Sea como fuere, ¿para qué se constituían las AO? Si bien el primer manifiesto de diciembre de 1933 en Cataluña no avanza cuestiones programáticas y se refiere principalmente a la defensa de las conquistas obreras frente a la reacción y el fascismo, el manifiesto firmado meses después por CNT y UGT en Asturias es claro: «Las organizaciones firmantes de este pacto trabajarán de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre principios socialistas y federalistas». Es decir, la defensa de los derechos políticos y condiciones de vida de la clase trabajadora era imprescindible, pero no era un fin último; el fin era el despliegue de un programa revolucionario. Aquí es donde comienzan las divergencias entre destacamentos y es donde podemos obtener mayores aprendizajes. La postura de los primeros impulsores de las AO, es decir, el espacio izquierdista-centrista de la ICE y el BOC se asimila bastante a los planteamientos clásicos bolcheviques: la afirmación de un proceso de acumulación de fuerzas a través de la unificación de luchas, la extensión de la conciencia socialista y la conformación de órganos de poder, con el Partido como medio para ello. Sin embargo, su posición adolece de dos dejes propios de sus ramas constitutivas (trabajo en el seno del anarcosindicalismo y la Oposición de Izquierda) que se conforman como sus límites más claros, aspectos que hoy deberíamos evitar. El primero de ellos, el seguidismo sindicalista, que —como vimos en la selección de textos de Josep Rebull publicada este mes de julio en Contracultura— concibe a los sindicatos como posibles órganos de poder, no concediendo la centralidad necesaria a la constitución del Partido obrero independiente. El segundo, bastante asociado al primero, es una suerte de interpretación mecanicista de 1917 difundida por ciertos sectores del trotskismo: los soviets eran órganos de poder y, a su vez, eran un FU, por lo que el FU debe ser un órgano de poder. Si bien las dos primeras tesis pueden no ser falsas por separado, si lo son en conjunto. Una alianza entre destacamentos obreros, con funcionamiento democrático interno no se convierte en órgano de poder hasta que se dan dos elementos: una crisis revolucionaria y un Partido con capacidad de dirección. En ese momento, los soviets se elevan a ese poder dual, pero lo hacen en tanto apuntan hacia la construcción de un Estado-Comuna centralizado, en el que el

Partido Comunista es la palanca de dirección. Es decir, transcienden la forma de «parlamento» de destacamentos en lucha, puesto que ya ejerce el poder y no le basta con «golpear juntos». El FU es parte del proceso que avanza hacia la toma del poder político, pero no el instrumento a través del cual la clase lo toma como tal y lo ejerce. Esta diferencia no es banal, y en 1936 fue fatal para destacamentos como el POUM en los cuales la voluntad revolucionaria era honesta y real. En el momento de asalto y conservación del poder no basta con un FU, ni con las organizaciones sindicales, ni con la alianza de los destacamentos revolucionarios, sino que se necesita de la dirección de un Partido de masas democrático y centralizado mediante el cual la clase obrera construya su Estado. Como se ve en la entrevista de Renovación a «Fersen», militante de ICE, este destacamento asume la correlación automática entre las AO y los soviets, en tanto ambos son identificados como órganos de FU.

Precisamente, en cierta medida, esta tesis es la que permitió a pequeñas organizaciones como el BOC y la ICE ejercer de palanca para la constitución de AO a las que se incorporaba el PSOE. Vemos en el debate entre los dirigentes de las JSE y la UJCE que los comunistas se centraban en la constitución de Comités de fábrica o de campesinos, como vía hacia la sovietización de las luchas, siguiendo la táctica bolchevique, mientras que los socialistas rechazaban estos planteamientos y buscaban echar toda la carne en el asador a través de las AO como órganos dirigidos a la conquista del poder en el la forma de insurrección «final». Por su parte, el PCE insistía en que no se podía orientar la táctica hacia fiar todo a una suerte de lucha final sin atender a todos los conflictos que el PSOE calificaba de «luchas parciales»

Es importante detenerse en este punto porque nos muestra una serie de fenómenos y errores de los cuales obtener importantes lecciones. En primer lugar, observamos como la retórica izquierdista en un momento de repliegue, como la desplegada por el PSOE y, especialmente las JSE, puede llevar a una práctica derechista. Es un hecho constatado[3] que el PSOE actuó como freno a huelgas como la de la construcción en Zaragoza o la de las artes gráficas en Madrid, o desentendiéndose de las luchas relacionadas con las libertades de los reprimidos en la huelga de campesinos de junio del 34[4]. Mientras criticaba a los comunistas por plegarse a luchas parciales, se desvinculaba por completo de las luchas obreras reales e incluso de conflictos políticos más amplios que estaban radicalizando a las masas (como los relativos a los ayuntamientos vascos y la ley de cultivos catalana). Mientras líderes como Largo Caballero inflamaban sus discursos, sus posiciones prácticas se ceñían a la legalidad, dejando a los sectores más radicalizados como la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) o las JSE sin un poder real. El apoyo socialista a las AO se cifraba en sus expectativas de dirigir el movimiento obrero. Para el PSOE, la

3. Santos Juliá, *Historia del socialismo español, vol. III (1931-1939)*, dir. Manuel Tuñón de Lara, pp. 122-123.

4. Huelga cuya durísima represión —encabezada por el ministro radical Salazar Alonso— afectó principalmente al propio PSOE y la UGT vía FNTT: se militarizó el campo (el Ejército llevó a cabo la cosecha en muchos municipios), se deportaron y detuvieron a más de 10 000 campesinos, se depusieron decenas de ayuntamientos socialistas y las Casas del Pueblo fueron clausuradas. El golpe fue tal que la FNTT quedó paralizada hasta 1936, Preston, pp. 210-14.

insurrección debía ser organizada por un Comité exclusivamente de organizaciones socialistas (PSOE, UGT y JSE). Es decir, a través su participación en las AO se pretendía coordinar y controlar el movimiento obrero, bloqueando las iniciativas revolucionarias (por ejemplo, las de Manuel Fernández Grandizo «Munis», por parte de la ICE), invocando constantemente la necesidad de reservarse para la lucha final, lo que en la práctica reflejaba la idea de muchos de sus dirigentes de que la mera amenaza insurreccional bastaría[5], todo ello combinado con la creencia arcaica de que esa toma del poder vendría dada por la palanca de un golpe militar al estilo decimonónico. El PSOE de 1934 era una organización que combinaba esta tradición liberal española con la enunciación de principios bolcheviques como la centralidad del proletariado como sujeto revolucionario, la vía insurreccional y no pacífica y el Partido como medio para este proceso. Esta es la forma particular que tomó en el socialismo español, pero no estamos más que ante la clásica fórmula de la organización de minorías conspiradoras (como en los planteamientos de Bakunin o Blanqui), combinada en este caso con una renuncia a una política revolucionaria de masas real.

En Octubre del 34 esta desconexión con la conflictividad obrera real y el oportunismo derechista de la dirección se evidenciaría como el principal límite a que, como partido de masas, el PSOE empujase la revolución. Las AO —a excepción de la asturiana— funcionarían como un comité de enlace entre dirigentes, y los dirigentes de la organización mayoritaria, los socialistas, no tenían una voluntad revolucionaria real, como muy gráficamente ejemplifica que a Largo Caballero le detuvieran en la tranquilidad de su propia casa en Madrid durante la jornada del 14 de octubre.

La crítica del PCE hacia los postulados socialistas sobre la AO va en este sentido: su renuncia a apoyar y politizar luchas «parciales» como vía para generar las condiciones reales para la construcción de órganos de poder para la conquista del poder. Cierto es que el escaso entusiasmo de los comunistas hacia las AO era de principio: su planteamiento era del FU por la base, dirigido a los socialistas pero en absoluto a la CNT, y únicamente ceden a partir de los pactos de 1934 en Francia entre PCF y SFIO a una posición más favorable a los acuerdos entre direcciones, entendiendo más estas AO como enlaces entre el PCE/CGTU[6] y PSOE/UGT. Aunque acertados en su crítica al insurreccionalismo —así como a las concepciones de los FU/AO como inmediatos órganos de poder— de las JSE y otros destacamentos de las AO, no desenmascaran como disfraz de la práctica legalista realmente existente, y tampoco son capaces de plantear una táctica clara hacia la conquista del poder, más allá de la enunciación de la necesidad de extender los comités en la industria y en el campo hacia los soviets y las llamadas a los frentes antifascistas, en los que se abandonaba la exclusividad obrera, proponiendo, por ejemplo, incorporar a las juventudes de la Izquierda Republicana. Como señalábamos arriba, la formulación de tesis frentepopulistas no era aún explícita, pero estaba incubada desde la década anterior como fruto de la incapacidad de plantear una estrategia revolucionaria en un momento de repliegue.

---

5. Preston, p. 215.
6. Confederación General del Trabajo Unitaria, malogrado intento entre 1932 y 1935 de generar una tercera central sindical de signo comunista por encima del duopolio de CNT y UGT.

La ausencia de planteamientos revolucionarios adecuados en ambas organizaciones tomo una forma organizativa clara en la constitución de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) de 1936, que aunaba a las JSE y la UJCE.

Como se señalaba arriba, otra de las principales discusiones vinculada a las AO giró en torno a la relación y el papel de los sindicatos. Es necesario recalcar una y otra vez la ingente cantidad de trabajadores que encuadraban los sindicatos en el Estado español, siendo la principal base del movimiento obrero. antes que las organizaciones políticas. La CNT superaba el medio millón de militantes en el periodo republicano y la UGT, con el grueso aportado por la FNTT, alcanzaba el millón de afiliados en 1932[7], con una población que escasamente superaba los 20 millones de habitantes. Es decir, la cuestión sindical era un debate insalvable par cualquier organización que mínimamente se planteara una política de masas, ya fuera de carácter revolucionario o reformista. Así, se nos revelan profundas tendencias economicistas en los planteamientos sobre las AO. Por un lado, los socialistas estableciendo una separación tajante entre la toma del poder y las luchas «parciales», quedando estas últimas relegadas a la actividad de los sindicatos. Por otro lado, las posiciones cenetistas, que, con la excepción asturiana, impedían dar un carácter político a las luchas sindicales. La Comuna asturiana demostraba al anarquismo que solo una lucha decidida por la toma del poder —como se refleja en su manifiesto de constitución— podía llevar a la colectivización de la economía, sin embargo, esta lección no sería aprendida: en 1936 la colectivización de la economía no sería apoyada en un poder político obrero real, quedando subsumida y agotada en las fórmulas frentepopulistas y su restauración del orden.

En definitiva, debemos concluir, en primer lugar, que la toma del poder político era y es la única salida para las organizaciones revolucionarias. En segundo lugar, que ni las practicas blanquistas ni economicistas son adecuadas para la consecución de este programa. Sin una discusión y clarificación política entre las masas jamás se generarán las condiciones para la revolución. Tal fue uno de los principales logros de los soviets. Tal hecho habría que señalar una y otra vez cuando se nos repite incansablemente «es que no es el momento de discusiones políticas», «es que lo importante lo inmediato». Limitar el horizonte a las luchas económicas e invocar en torno a ellas el espantapájaros de la unidad en abstracto es un callejón sin salida. Los planteamientos políticos que no hagamos nosotros de forma racional y democrática nos los harán otros de forma burocrática y oportunista. La unidad se construye entre destacamentos revolucionarios con un programa nítido y una voluntad real, no en base abstracciones como las «cosas del comer» o «frenar a la derecha» con agentes reformistas, asumiendo sus marcos y vendiendo la subordinación a estos como un «torcerles el brazo». Tampoco la acción por la acción o las proclamas insurreccionales de una minoría son herramientas revolucionarias adecuadas, como demuestra el caso del izquierdismo del PSOE de 1933-34 y la «gimnasia revolucionaria» anarquista de los primeros años de la República. El movimiento obrero, por muy reducido,

7. Albert Crreras y Xavier Tafunell, *Estadísticas históricas de España, Siglos XIX y XX* (vol. I), Bilbao, Fundación BBVA, 2005, p. 1140.

derrotado e inmaduro que esté, puede y debe debatir de política. No tiene ni que justificar ni demostrar esa legitimidad ante nadie ni subordinarla a ningún interés inmediato. Si algo no se puede cuestionar a prácticamente ningún destacamento obrero de la época es la falta de voluntad de discusión política. El periodo 1931-1936 en España fue en este sentido una edad dorada, con ejemplos tan chocantes para nuestros marcos a día de hoy como el de la correspondencia entre Joaquín Maurín —por parte del BOC y, posteriormente del POUM— y Santiago Carrillo —en ese momento dirigente de las JSE y en poco más de dos años duro estalinista del PCE que colaboró en la represión del POUM— en torno a los problemas y posibilidades de la unificación comunista[8].

Unidad de lucha en distintos conflictos con otros destacamentos obreros y flexibilidad táctica en conflictos más amplios solo son elementos con capacidad de politizar las luchas en un sentido revolucionario si se basan en la diferenciación y el señalamiento del oportunismo y el reformismo, no en la censura de la crítica. Y, en cualquier caso, todo ello subordinado a la independencia política que solo puede tomar la forma de un partido obrero, un partido comunista de masas. «Sin un Partido no tenemos nada» no es una afirmación abstracta, sino una necesidad concreta, basada en herramientas y tareas concretas: alianzas con otros destacamentos, debate político, deslinde de campos con el reformismo, presencia en las luchas económicas, clarificación ideológica, extensión de formas de democracia y centralización. Si hay una lección que se debe extraer de la experiencia del movimiento obrero español en esta crisis de 1933-34 es esa y no otra. Si hay una lección que debemos tener presente en este nuevo ciclo de luchas que se ha abierto este otoño y en lo que pueda venir en los próximos años de auge reaccionario y giro autoritario del Estado es esa y no otra.

—M. García.

8. Andy Durgan, *El POUM. República, revolución y contrarrevolución*, Barcelona, Sylone-VientoSur, p. 73.


SOCIALISTAS
JUVENTUDES
DE ESPAÑA
el triunfo es
nuestro
adelante

Manifiesto de presentación de la Alianza Obrera de Cataluña

10 de diciembre de 1933

Compañeros: El avance de la reacción capitalista es un hecho de carácter mundial que nadie puede negar, aunque en cada país adopta características especiales.

En Italia y Alemania se ha condensado en un fascismo criminal y destructor que quiere retrotraer a aquellos pueblos a las formas políticas del tiempo medieval.

En otros países de Europa y América adopta modalidades que, sin disimular su carácter odioso, tiende a conseguir lo que se propone, aunque aparentemente se muestre inclinada a respetar las condiciones económicas y políticas que en estos casos predominen.

En el nuestro, en España, vémosla claramente con trazas de triunfar.

Primero corrompe el sistema electoral, recurriendo a los procedimientos más infames para llevar al Parlamento, si no una mayoría absoluta, sí una minoría que, sin contar con ella, es imposible gobernar. Después impulsa al Gobierno a proclamar el estado de prevención señalado en la ley de Orden Público, con lo cual deja a la clase trabajadora inerme y sin medios de defensa contra los atropellos que el Gobierno quiera cometer y que favorecen a las derechas reaccionarias.

Y más tarde, como tercera etapa de su acción infame y canallesca, se vale de la inconsciencia de las masas trabajadoras agrupadas en torno a la F.A.I. y la C.N.T. con el fin de lanzarlas a la calle y llevarlas al choque brutal contra la fuerza pública, y consigue en este maquiavelismo dos finalidades igualmente favorables para ella: conmover la opinión para justificar las más grandes monstruosidades del Poder público y sembrar el terror, la desolación y la muerte, que justifique un golpe de Estado reaccionario y fascista. Cálculos deducidos lógicamente de los hechos. Pero no prevalecerán.

Para impedirlo aquí estamos nosotros. Las entidades abajo firmantes, de tendencias y aspiraciones doctrinales diversas, pero unidas en un común deseo de salvaguardar todas las conquistas conseguidas hasta hoy por la clase trabajadora española, hemos constituido «La Alianza Obrera» para oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país, para evitar cualquier intento de golpe de Estado o instauración de una dictadura, si así se pretende, y para mantener intactas, incólumes, todas aquellas ventajas conseguidas hasta hoy, y que representan el patrimonio más estimado de la clase obrera.

¡Trabajadores de Cataluña y España! Haced como nosotros hemos hecho. Abandonad las querellas que os apartan de vuestros compañeros de explotación, aunque conservéis y defendáis vuestros puntos de vista doctrinales a fin de

constituir los Comités locales y comarcales antifascistas y de oposición al avance de las fuerzas reaccionarias, en forma que sinteticen sus aspiraciones en un órgano representativo nacional. Oponed al fascismo y a la reacción el muro infranqueable de nuestra voluntad y de nuestras decisiones.

A las organizaciones de Cataluña que quieran unirse y cooperar con nosotros les invitamos a enviar su adhesión a la dirección siguiente: Rauric, 14, principal, Comité de Alianza Obrera.

También les anunciamos que cuando las circunstancias lo permitan convocaremos una conferencia regional de todas aquellas organizaciones que estén de acuerdo con la obra que nos proponemos realizar.

¡Trabajadores organizados de Cataluña: enviar vuestras adhesiones! ¡Que ninguno falte en este frente antifascista!

¡Viva el frente obrero antifascista!

¡Viva la unión de la clase obrera para la defensa de todas sus conquistas!

Por la Unión General de Trabajadores, Vila Cuenca; por la Unión Socialista, Martínez Cuenca; por la Esquerra comunista, Andreu Nin; por el Bloque Obrero y Campesino, Maurín; por el Partido Socialista Obrero Español, Vidiella; por los Sindicatos de Oposición, A. Pestaña, y por la Unión de Rabassaires, J. Clavet.

Nota. — Siendo éste un frente obrero exclusivamente, las organizaciones políticas y partidos que no sean de clase habrán de adherirse moralmente, pero no ser miembros efectivos de él.”

Cataluña, a la cabeza. El frente único obrero

El Socialista, 29 de diciembre de 1933

El frente único, justo es reconocerlo, está muy desacreditado. Esas dos palabras han encubierto muchas veces tácticas escisionistas. De modo que antes que preconizarse con ellas la unión del proletariado se ha tratado de dividirle. Los partidarios del frente único no han enfocado bien la cuestión. Quizás porque querían, no un frente único, no una unión circunstancial y con fines concretos, sino la fusión de la clase obrera en un solo partido. Perseguían, pues, una utopía. Y el frente único así entendido era impracticable. Lo sigue siendo. Lo será durante mucho tiempo. Intentar el examen de las causas que producen la división del proletariado es tarea de gran complejidad, y a los efectos de este artículo, inactuales. Por lo que sea, lo cierto es que la clase trabajadora no ha podido constituirse aún, después de insólitos esfuerzos, en unidad. A este respecto somos escépticos.

Nada de extraño tiene que eso ocurra. Pero sí es extraño que en momentos de enorme peligro para el proletariado de un país no se logre el acatamiento por los distintos sectores obreros a un denominador común de acción y teoría. De esperar es que la lección de los acontecimientos alemanes sirva para, en lo sucesivo, atenuar, no sólo allí, sino en todas partes, las hostilidades entre los propios trabajadores.

Lo de Alemania demuestra claramente que en los partidos obreros, sobre todo en las esferas dirigentes, no había voluntad de acercamiento, ni de inteligencia ni de frente único. Ni la Socialdemocracia ni los comunistas se hallaban preparados para la acción unificada. En vísperas de la entronización del fascismo todavía se agredían de palabra comunistas y socialistas.

En Alemania fracasó la intención de organizar el frente único por la base, verdadera e inexpugnable directriz comunista. Querer crear el frente único por la base es un expediente de todo punto ineficaz. Las masas tienen sus líderes, y mientras la experiencia histórica no diga nada en contrario, esas masas, cuando han elegido libremente a sus conductores, no acatan ni siguen más órdenes que las que emanen de los hombres de su confianza. Recordemos que en Alemania, donde los obreros socialistas discrepaban en un 90 por 100 de sus jefes, de la actitud pasiva con que los Sindicatos y el Partido esperaban la llegada de Hitler, los comunistas, aun esforzándose de manera ostensible, no consiguieron arrastrar a las masas socialdemócratas.

Fracasó el designio de que naciera el frente único por la base. Fracasará en todas partes. Ni antes ni después de la Revolución social estará, unida la clase obrera. La contingencia, que no se puede descartar, que incluso es probable, de que las masas se unan espontáneamente en la lucha revolucionaria no quiere significar que se

haya logrado el frente único, que si no es anterior a la revolución, no es nada. Fiar a la improvisación la unión del movimiento obrero comporta los riesgos de la misma insurrección espontánea e improvisada. Lo más verosímil es que ni lo uno ni lo otro se logre.

Las condiciones imprescindibles para que el frente único sea una realidad, vista la gravedad nel momento español, que lo reclama a voces, son, a nuestro juico, las siguientes:

Primera, que cese toda hostilización mutua; segunda, que se olviden por unos y por otros los agravios recibidos; tercera, que la alianza no se intente por abajo, por equivaler a acentuar desavenencias, sino por arriba; cuarta, que en las partes negociantes haya verdadera voluntad de frente único, y quinta, que todos se hallen dispuestos a hacer a los demás las mayores concesiones.

En Cataluña es una formidable realidad el frente único. Y ha podido serlo porque allí se han cumplido las condiciones enumeradas.

Frente único

Santiago Carrillo

Renovación, 27 de enero de 1934

Hemos recibido una comunicación de las Juventudes Comunistas en el que se invita a las Socialistas y Libertarias a la terminación de un frente único. Nos [?] publicarlo en su gran extensión. Se nos propone un frente único en condiciones inaceptables. La comunicación comienza hablando de las traiciones de las Juventudes Socialistas. Y por este temor está redactada toda ella. Es una manera peregrina de buscar la unión, de provocar una corriente de simpatía. ¿Y así piensan los comunistas [?] conseguir el frente único? No se trata de ahondar diferencias, que hartas hay ya para que nos empeñemos en hacerlas más inconciliables. Pero, sin que nuestras palabras quieran herir a los jóvenes de las Juventudes Comunistas, nos vamos a permitir una observación. ¿Es que ellos representan el espíritu de sus masas —más o menos numerosas— cuando buscan el frente único por caminos que son incompatibles? ¿Es que los militantes comunistas de la base están de acuerdo con la actitud de sus líderes al injuriarnos éstos, en vez de buscar un frente único leal? ¿Creen los afiliados a las Juventudes Comunistas que el camino emprendido por sus dirigentes es el más adecuado para alcanzar tan ansiado fin?

Por otra parte, *La Lucha*, diario de los comunistas, realiza idéntica política cuando examina las posibilidades de frente único. En vez de buscar los puntos de contacto, dedica un olímpico desprecio a las manifestaciones de los que ellos llaman jefes del Partido Socialista. Concretamente: *La Lucha* ha enjuiciado el discurso último de nuestro camarada Largo Caballero, y, en su afán de polémica, al no encontrar a lo largo de toda la disertación ni un solo punto vulnerable, a través del prisma marxista, le ha hecho esta objeción: «No se ha expuesto los órganos de lucha que han de servir a la clase obrera para conquistar el Poder». Objeción tan infantil no la esperábamos. Cuando se está forjando una revolución, ¿es discreto declarar públicamente cuáles son los medios de lucha? ¿Es racional poner voluntariamente en manos de la policía toda la posible trama revolucionaria? Habría que pensar que los comunistas españoles están atacados de un infantilismo revolucionario que esteriliza sus acciones. La clase obrera debe forjar sus órganos de lucha, debe adiestrar a sus falanges activas, debe organizar la toma del Poder. Pero si al mismo tiempo que [?] haría lo que el hombre que, deseoso de vender leche, adquirió una vaca y cuando llevaba el preciado líquido al mercado dejó caer los cántaros y se quedó sin él. ¿Acaso tomaron los bolcheviques el Poder comunicando sus planes a Kerenski?

Para los que deseamos que el frente único sea una realidad es doloroso observar una [?] coincidencia, afirmaciones, periódico del contrabandista, entregado al

fascismo monárquico, ha publicado una información producto de imaginaciones, a las que da alas el estipendio —en la que dice que las diferencias teóricas y tácticas en el Socialismo español son una mera apariencia—. *La Lucha*, diario comunista, ha dicho repetidas veces que las discrepancias de Largo Caballero y Besteiro son más figuradas que reales, y que la posición del primero no es sincera. ¿Pueden afirmarse los militantes comunistas de que su órgano convenía con informaciones al juzgar nuestras pláticas internas? Lo que es deprimente de todas las proposiciones de frente único que hemos recibido y de la actitud de sus órganos periodísticos es que los jefes del comunismo oficial no quieren sinceramente el frente único. Para demostrarnos lo contrario habrían de cambiar de táctica. En nuestro criterio, las proposiciones de frente único deben hacerse de Comité a Comité nacional. Todas las que vengan del Comité de las Juventudes Comunistas oficiales a nuestras masas nos darán derecho a pensar lo que ellas decían de nosotros hace meses; es decir, que temen el frente único. Y que lo temen porque creen que van a ser absorbidos. Pero deben pesar mucho el espíritu de las masas obreras, favorable por entero al frente único. Las que les siguen no son, sin duda, las que menos ansían este frente. Y si ven en ellos mala voluntad al peligro de ser absorbidos, sustituirán otro mucho más grave para un partido revolucionario: el peligro de ser desplazados.

Estamos ante la piedra de toque que nos va a decir cuánto tiene de realidad histórica el partido comunista español. Si es que van a seguir ausentes de la revolución social, como lo estuvo en la revolución democrática. De su actitud ante el problema del frente único dependerá todo. Hasta ahora sigue ausente. ¿Podemos esperar una rectificación?

Posición de los Jóvenes Trotskistas

Renovación, 27 de enero de 1934

Hemos recibido un escrito de la Izquierda Juvenil Comunista (trotskista) concebido en términos de gran consideración, en el cual estos camaradas fijan su posición ante el problema del frente único. No lo transcribimos íntegro por ser muy extenso. He aquí algunos párrafos:

> Es imperioso deber de todas las organizaciones obreras pronunciarse abiertamente, sin reservas ni segundas intenciones, sobre lo que constituye la más honda preocupación en los medios proletarios del país: el frente único. Las pasadas elecciones han puesto de manifiesto los avances de la contrarrevolución, y diariamente estamos asistiendo a una serie de provocaciones, tanto en la calle como en el Parlamento, de los elementos más reaccionarios: republicanos, monárquicos y fascistas. Pero el hecho de que al amparo de un Parlamento, fruto de la estafa política y del soborno de la voluntad popular, se trate de someter a la población rural a las condiciones económicas de los tiempos de la monarquía; se intente decretar una amnistía para libertar a los feroces asesinos de la clase obrera; se pretenda arrebatar a esta sus conquistas del proletariado, logradas con grandes sacrificios, ha provocado una sana reacción todos los sectores del movimiento obrero, e incluso de la pequeña burguesía, hacia una necesaria aproximación para articular un frente de lucha de toda la clase trabajadora frente a la contrarrevolución. En este frente de combate, las juventudes proletarias han de tener una función esencialísima que desempeñar. Creemos condición indispensable para la realización de este frente único una absoluta buena fe y una acrisolada limpieza de intenciones. El deseo ferviente del triunfo de la clase obrera ha de ser el objetivo fundamental de la tarea en cuestión. Las diversas organizaciones deben comportarse con el máximum de tolerancia y camaradería, sin necesidad de perder por ello sus contornos propios y sus peculiares puntos de vista y doctrinales. Esto no excluye una firme actitud crítica frente a los hechos y las conductas.
>
> El frente único, solamente por la base, es solamente una frase sin sentido ni precedente, inventada para evitar todo propósito eficaz de frente de combate. Cuando no se defienden los intereses del proletariado se inventan ciertos trucos revolucionarios que sirven de antifaz para cubrir la verdadera cara. El pretender que los obreros socialistas y anarquistas *salten por encima de sus jefes* ha dado recientemente consecuencias catastróficas en Alemania y sigue dando en todas partes donde se emplea y quien lo emplea tiene un mínimum de influencia en el movimiento obrero.

Las bases que, según las izquierdas, podrían servir a un frente son las siguientes:

> Libertad de prensa, asociación, reunión y manifestación; amnistía para todos los presos políticos y sociales del campo revolucionario; subsidio para los parados, pagado por el Estado y las Empresas; huelga general en todo el país de cara a ocho horas contra las Cortes reaccionarias del Lerroux-Gil Robles, por ser fruto del más escandaloso atropello y no ser la expresión de la realidad de la relación de las fuerzas

en el país; disolución de las Cortes y nuevas elecciones, con derecho al voto de los dieciocho años, con derecho a votar a los soldados; prohibición de la prensa fascista y filo-fascista.

Suscribimos la parte expositiva. En cuanto a las bases habríamos de hacer algunas objeciones, que publicaremos en nuestro próximo número. Opinamos que un frente único ha de tener directivos más audaces y decisivos. Por hoy nos limitamos a consignar nuestra complacencia ante la actitud cordial y comprensiva de la izquierda comunista, tan distante de la de los comunistas oficiales.

¡Alianza revolucionaria, sí! ¡Oportunismos de bandería, no!

Valeriano Orobón Fernández

La Tierra, Madrid, 29 de enero de 1934

La realidad del peligro fascista en España ha planteado seriamente el problema de unificar el proletariado revolucionario para una acción de alcance más amplio y radical que el meramente defensivo. Reducidas las salidas políticas posibles de la presente situación a los términos violentos y antifascistas de fascismo o revolución social, es lógico que la clase obrera ponga empeño en ganar esta partida. Sabe muy bien lo que se juega en ella.

Por eso, y no en virtud de interesados patetismos de importación, los españoles coinciden hoy instintivamente en apreciar la necesidad de una alianza de clase que ponga fin al paqueo interproletario provocado por las tendencias y capacite al frente obrero para realizaciones de envergadura histórica.

Puede decirse que psicológicamente la alianza es ya un hecho. Nada tan grato para un militante revolucionario como ver fraternizar a las multitudes obreras por encima de las líneas de matices (de indudable justificación teórica, pero contrarias a las necesidades tácticas de circunstancias como las actuales) que las han separado hasta aquí de un modo agresivo, y nada tan esperanzador como verlas confluir por impulso propio, llenas de entusiasmo y voluntad, en un cauce revolucionario positivo.

Esta disposición anímica de la clase obrera precisa una pronta y eficaz cristalización orgánica. ¿Cómo? Por el centro y por la periferia, por abajo, por arriba y por el medio. Lo esencial es que esté basada en una plataforma revolucionaria que presuponga lealtad, consecuencia y honradez de intenciones por parte de todos los pactantes.

Enfrascarse en largas discusiones acerca del procedimiento de aproximación sería un bizantinismo desolador. Hay que querer sinceramente esta aproximación, y hasta los momentos no están para torneos literarios ni obstrucciones demagógicas.

La unidad combativa, cuestión de vida o muerte

La burguesía española acaba de arrojar su disfraz liberal. Animada por los ejemplos contrarrevolucionarios que ofrece Europa, se dispone a reforzar su monopolio económico y político mediante el Estado totalitario. La realización de estos propósitos, planeada con arreglo a un plazo prudencial y bien calculado, ha sufrido

un contratiempo importante gracias a la actitud de la C.N.T. en las últimas elecciones y después de ellas.

Mucho se ha dicho y escrito, muy superficialmente por cierto, contra el abstencionismo electoral de la Confederación, cuya eficacia está resultando infinitamente superior a la elección de cien diputados obreros, ya que ha abierto un proceso revolucionario de grandes perspectivas para el proletariado español. Sin esa abstención, denunciadora oportuna del volumen de la reacción y de la inanidad del sufragio para combatirla, el fascismo latente se nos hubiera colado un día de rondón por la puerta grande de la «legalidad democrática», bien pertrechado frente a una clase obrera sorprendida, fraccionada y en parte entretenida en hacer reclamaciones inocentes al censo electoral. De esta otra manera hemos atacado al fascio en su período de incubación. Y tras nuestra actitud de sabotaje desintegrante en un terreno y de contundencia combativa en otro, se ha comprendido la gravedad de la situación, ha sonado la voz de alarma en todo el campo obrero y, lo que es más importante, se ha comenzado a hablar con seriedad de frente único, alianza o unidad revolucionaria.

Espontáneamente, sin acordarse de viejas consignas de estereotipia, los trabajadores de las diversas tendencias se han dado cuenta de que la unión combativa de clase es hoy cuestión de vida o muerte para la causa del proletariado. Aferrados a islotes de principios o fundidos en un bloque táctico, separados o unidos, no tendremos más remedio que presentar o aceptar batalla al extremismo político del capitalismo. La disyuntiva es clara: hay que ser yunque o martillo; o aplastamos implacablemente el fascismo, o éste nos aplastará sin contemplaciones de ningún género. Hacia el desenlace de esta alternativa van los acontecimientos. Las intenciones del enemigo, ratificadas a diario por agresiones, desplantes y amenazas, no ofrecen duda. Como tampoco el coqueteo y aun la amorosa colaboración que les dispensan los últimos mohicanos gubernamentales de una democracia en disolución.

La represión con que se está diezmando a la C.N.T. es un anticipo vergonzante y vergonzoso hecho el reclamo específico y una muestra elocuente de cómo los términos más radicales de la dialéctica democrática burguesa se convierten fácilmente en extremos. A la hora de la lucha, los «demócratas» olvidan su filiación política y forman con arreglo a su filiación de clase. Aprendan ejemplo los camaradas que, por purismos deleznables, se encastillan en la teoría de «*nosaltres sols*».

Para vencer al enemigo que se está acumulando frente al proletariado es indispensable el bloque granítico de las fuerzas obreras. La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante sí misma y ante la Historia. Porque mil veces preferible a la derrota que el aislamiento nos depararía inevitablemente, es una victoria proletaria parcial, que, sin ser patrimonio exclusivo de ninguna de las tendencias, realce de momento las

aspiraciones mínimas de todos los elementos pactantes, aspiraciones mínimas que comprenden los medios de producción.

Situarse frente a la unidad es situarse frente a la revolución

El peligro común, certeramente percibido por las masas obreras, ha hecho surgir en ellas una fuerte tendencia a la unidad de acción. Esta repentina rectificación táctica impuesta desde abajo y contraria a las incompatibilidades clásicas que se alzaron como murallas hasta hace poco tiempo, ha desconcertado a algunos militantes de la C.N.T., los cuales ven con recelo la espontaneidad con que se está produciendo el acercamiento de sectores obreros que en otras circunstancias se combatieron duramente. Y no han faltado compañeros de significación en los medios confederales que con la mejor buena fe, sin duda, se han declarado adversarios de esa inteligencia obrera, e incluso han hecho patéticos llamamientos en defensa de los principios anarquistas, que ellos erróneamente creen amenazados.

Estos camaradas parecen no haberse dado cuenta del profundo cambio que el panorama social de España ha experimentado en los dos últimos años, cambio que puede resumirse en tres hechos: primero, la invalidación total de la democracia y sus expedientes políticos; segundo, la radicalización reaccionaria de la burguesía española, hoy en marcha ostensible hacia el fascismo; y tercero, el desplazamiento teórico y práctico de la socialdemocracia, que, abandonando su función política colaboracionista, se ha reintegrado a sus posiciones de clase.

Estos tres hechos, claramente visibles, han despejado el campo de la lucha de clases, creando una situación nueva y de peculiares perspectivas.

La concentración de la burguesía en las trincheras derechistas significa el fin de las tolerancias liberales, el anuncio de una batalla a sangre y fuego, encaminada a extirpar toda resistencia obrera y conquistar un poder indiviso.

Los socialistas no tienen más remedio que bailar al son que tocan en la acera de enfrente. Una música desagradable y agorera, que recuerda «ergástulos» italianos y «Konzentrationslager» teutones... Por eso han hecho un viraje brusco, que después de larga separación les ha vuelto a colocar cerca de las organizaciones obreras que nunca abandonaron las avanzadas revolucionarias. Al restablecerse este contacto ha sido posible hablar de coincidencias y necesidades tácticas. Es decir, que el frente, bloque o alianza se va a efectuar en el terreno revolucionario que ocupara siempre la C.N.T., terreno al cual se acercan ahora los socialistas, tras el fracaso resonante de sus experiencias con la democracia burguesa.

Y la divisa del pacto eventual no puede ser otra que: «unidad revolucionaria para realizaciones revolucionarias». Así es que, suscribiendo un pacto sobre esta base, la C.N.T. no hará sino ratificar eficazmente sus aspiraciones clásicas.

Sé que no han de faltar camaradas que hagan objeciones como ésta: «¿Pero sois tan ingenuos que creéis que las violencias de lenguaje de los socialistas se van a traducir en auténtica combatividad revolucionaria?». A lo cual contestamos nosotros que, tal como van las cosas y quemadas o, por lo menos, gravemente averiadas las naves de la colaboración democrática, los socialistas sólo podrán elegir entre dejarse aniquilar con mansedumbre, como en Alemania, o salvarse combatiendo junto a los demás sectores proletarios.

Y otros dirán: «¿Cómo podemos olvidar las responsabilidades socialistas en las leyes y medidas represivas dictadas y aplicadas en el período triste y trágico del socialazañismo?». Ante esta pregunta, cargada de amarga justicia, sólo cabe replicar que el único oportunismo admisible es el que sirve a la causa de la revolución.

La conjunción del proletariado español es un imperativo inexcusable, si se quiere derrotar a la reacción.

Situarse de buena o mala fe frente a la alianza revolucionaria obrera es situarse frente a la revolución.

¡Negocios de partido, no!

Hemos dicho anteriormente que una condición primordial para que la alianza sea eficaz es la honradez de procedimientos e intenciones por parte de los sectores pactantes. Este «juego limpio», que debiera ser característica natural y sobrentendida de cuantos deseen la unidad y quieran facilitar su formación, no parece tan fácil de conseguir, a juzgar por el proceder lamentablemente ventajista de determinados elementos y publicaciones.

Nos referimos concretamente a los comunistas. Estos no se han decidido aún a abandonar, ni siquiera en bien de la unidad obrera, su vieja táctica partidista, pródiga en hipérboles, desfiguraciones e insultos contra otras zonas proletarias, incluso contra aquellas que les superan probadamente en espíritu y valor revolucionario. Si teóricamente son partidarios del «frente único», en la práctica resultan, queriendo o sin querer, el disolvente más seguro de esa idea.

Ahora mismo, cuando la cordialidad es ya moneda corriente en las relaciones de lo que ellos llaman la «base», los jefes y publicaciones comunistas se ensañan con la perseguida C.N.T. y, aprovechándose sin escrúpulo de una situación excepcional, hacen «frente único» a su manera, tratando de poner en pie una tercera central sindical... (En lo cual les ayuda placenteramente el «órgano del frente único».) Y califican de «*putsch*» uno de los más formidables movimientos de masas que ha presenciado la historia social de España. Ese movimiento ha tenido defectos indudables y quizá graves; pero no merece el fácil calificativo de «putsch» ni las

insinuaciones equívocas que acerca de él lanzó el último editorial de «M. O.»[9]. Por cierto que dicho editorial tuvo la virtud de indignar hasta al actual director de esa «Lucha» que, contra lo que esperábamos, está resultando la más refinada expresión del ventajismo «alineado».

Aún falta lo más gordo. Y es que, a pesar de las fulminaciones lanzadas contra el «putsch», las publicaciones comunistas internacionales han apuntado en el haber del partido comunista español lo «poco bueno que esa tentativa revolucionaria haya podido tener». Los que suministran esas informaciones son españoles y comunistas...

En el número correspondiente al 21 de diciembre de 1933 de la «*Rundschau*», edición alemana de «La Correspondencia Internacional», un tal Melchor Rodríguez —que, naturalmente, no es nuestro Melchor— afirma «que las organizaciones del partido comunista español trataron de ponerse al frente del movimiento de masas (de diciembre), consiguiéndolo en varios puntos»... Y en la misma publicación, número del 28 de diciembre, Vicente Uribe se atreve a decir que «el partido comunista intervino inmediatamente en la lucha» para enmendar la plana a los «putschistas anarquistas».

Todo el mundo sabe que la inhibición del partido comunista en el movimiento de diciembre fue absoluta y que, por consiguiente, son totalmente inexactas las informaciones enviadas al extranjero por conocidos jefes comunistas.

Sentimos tener que descubrir estas miserias, pero lo hacemos para demostrar a los camaradas comunistas lo contrarrevolucionario de estos métodos.

Hay que reemplazar estas cosas por las prácticas, estrictamente aplicadas, del «juego limpio» a que aludíamos más arriba. La unidad exige una base de sinceridad incompatible con ese flexible y turbio concepto de la verdad. Conviene no olvidar que de la seriedad de las conquistas y la posibilidad de que una revolución hecha por un bloque proletario en España sea apoyada por bloques análogos allende las fronteras, depende también el éxito.

La actitud de los comunistas hasta ahora responde a la divisa: «Muera mi secta, aunque se hunda la revolución». Y esto es dañino y nada moral. Al proceder así no tienen presente que el volumen de sus gritos no guarda relación con la modestia de sus efectivos, y que la unidad proletaria es hacedera en un 99 por 100 con que sólo la quieran la C.N.T. y la U.G.T.

Aún tienen tiempo de rectificar procedimientos, y ojalá lo hagan, acompañándoles también en ello el órgano del «frente único», que enseña a diario la oreja de la parcialidad. Si rectifican, iremos juntos. Si no, se quedarán solos en su tienda. Porque la democracia obrera, las masas auténticas de la C.N.T., no tolerarán bajo ningún pretexto negocios sucios de partido, cualquiera que sea el partido que los

[9] *Mundo Obrero*, órgano de expresión del PCE.

intente. Con manos limpias, intenciones rectas y menos aspavientos confusionistas. Sólo así podremos ser amigos.

También los socialistas...

Lo que hemos dicho concretamente para los comunistas puede aplicárseles también, en una buena parte, a los socialistas. Repetimos que el restablecimiento de la cordialidad, la franqueza y el respeto mutuo entre los distintos sectores del campo proletario es el primer paso práctico hacia la alianza revolucionaria. Y este paso sólo puede darse prescindiendo todos de las belicosidades de bandería, sin ahogar, claro está, la expresión de la crítica objetiva.

Ya va siendo hora de que los socialistas que lo sean de verdad retiren de la circulación ese tópico folletinesco e insidioso de las supuestas relaciones entre el anarcosindicalismo y la reacción. Se comprende que lo utilizaran en los tiempos, por fortuna ya pasados, en que ellos mismos, administradores gubernamentales de los intereses de la burguesía española, contribuían a apuntalar las instituciones tradicionales haciendo leyes represivas —como la de los Tribunales de Urgencia, de tan sangrante actualidad— y votando copiosas consignaciones para los Cuerpos de Orden Público. Pero repetir ahora esa especie absurda, como lo han hecho días atrás en las Cortes por el prurito de aparecer como partido ponderado ante una mayoría filofascista, es querer sembrar de escollos el camino de la entente proletaria.

Ni vale teorizar veladamente con la revolución y la legalidad burguesa ni injuriar a una importantísima organización obrera por el placer narcisista de impresionar favorablemente a un Parlamento antiproletario. Si Largo Caballero quiere hacernos creer en la sinceridad de sus manifestaciones revolucionarias, a lo cual estamos bien dispuestos, es preciso que imponga una consecuencia decidida con ellas a los diputados socialistas que abogan contra la unión obrera y la revolución. Lo que no comprendemos es por qué la mayoría del partido, adherida al criterio de Largo Caballero, no corta estos malos hábitos aplicando el principio de rígida disciplina que se ha hecho valer en otros casos. ¿O es que se prefiere mantener dos tácticas antagónicas, la revolucionaria y la posibilista, con el fin de adaptarse a «lo que salga», sea revolución social o restauración de la «democracia» socialazañista?

Los líderes de la U.G.T. quieren a todo trance conformarse con el «statu quo» y sus derivaciones o, a lo sumo, hacer unas migajas de revolución blanca... Las elecciones municipales de Cataluña les han parecido injertos Voronoff para la agonizante democracia burguesa.

Es posible que la histórica enferma se reanime un poco antes de exhalar el postrer suspiro. Pero la clase obrera no puede ni debe gastar tiempo a su cabecera. Los «cien días de Napoleón» de la democracia podrían ser más fatales que los cien años de colaboración para el proletariado español si éste concediera nuevos créditos de

confianza a sistemas trasnochados. Hay que enterrar a los muertos y plantar las posiciones tan adelante como sea posible.

Confiamos en que los obreros de la U.G.T. sabrán «desalojar» oportunamente a los mandarines de su Ejecutiva.

Y la unidad revolucionaria se hará, no para encumbrar caciques ni hacer ministros pequeñoburgueses, sino para acabar con el tinglado posibilista y empezar la gran construcción de un mundo nuevo y libre.

Pacto C.N.T. - U.G.T. de Asturias

28 de marzo de 1934

Las organizaciones que suscriben, U.G.T. y C.N.T., convienen entre sí en reconocer que, frente a la situación económico-política del régimen burgués en España, se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social. A tal fin, cada organización de las que suscriben queda comprometida a cumplir el compromiso fijado en este pacto, bajo las siguientes condiciones:

1.º Las organizaciones firmantes de este pacto trabajarán de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre principios socialistas y federalistas.

2.º Para la consecución de este fin se constituirá en Oviedo un Comité ejecutivo en representación de todas las organizaciones adheridas a este pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general en toda España.

3.º Como consecuencia lógica de las condiciones primera y segunda de este pacto, queda entendido que la constitución del Comité nacional es premisa indispensable (en el caso de que los acontecimientos se desenvuelvan normalmente) para emprender toda acción relacionada con el objetivo de este pacto, por cuanto el mismo trata y pretende la realización de un hecho nacional. El Comité nacional que ha de constituirse será el único que autorizadamente podrá ordenar al que quede en Oviedo los movimientos a emprender en relación con el general en toda España.

4.º Se constituirá en Asturias un Comité en cada localidad, cuya composición deberá estar integrada por delegaciones de cada una de las organizaciones firmantes de este pacto y aquellas otras que, adhiriéndose, sean admitidas por el Comité ejecutivo.

5.º A partir de la fecha en que este pacto sea firmado, cesarán todas las campañas de propaganda que pudieran entorpecer o agriar las relaciones entre las partes aliadas, sin que esto signifique dejación de la labor serena y razonada de las diversas doctrinas preconizadas por los sectores que integran la alianza revolucionaria, conservando, a tal fin, su independencia colectiva.

6.º El Comité ejecutivo elaborará un plan de acción que, mediante el esfuerzo revolucionario del proletariado, asegure el triunfo de la revolución en sus diversos aspectos y la consolide, según las normas del convenio previamente establecido.

7.º Serán cláusulas adicionales al presente pacto todos los acuerdos del Comité ejecutivo cuyo cumplimiento es obligatorio para todas las organizaciones

representadas, siendo estos acuerdos de obligada vigencia tanto en el período preparatorio de la revolución como después de triunfar. Sobreentendiéndose que las resoluciones del referido Comité ejecutivo se inspirarán en el sentido de este pacto.

8.º El compromiso contraído por las organizaciones que suscriben terminará en el momento en que haya sido implantado el régimen señalado en el apartado primero con sus órganos propios, elegidos voluntariamente por la clase trabajadora y por el procedimiento que haya preceptuado la obra dimanante de este pacto.

9.º Considerando que este pacto constituye un acuerdo de organizaciones de la clase trabajadora para coordinar su acción contra el régimen burgués y abolirlo, aquellas organizaciones que tuvieran relación orgánica con partidos burgueses las romperán automáticamente para consagrarse exclusivamente a la consecución de los fines que determinará el presente pacto.

10.º De esta alianza revolucionaria forma parte, por estar previamente de acuerdo, con el contenido del pacto, la Federación socialista asturiana.

¡En pie por Alianza Obrera!

Renovación, 28 de julio de 1934

¡Arriba el puño, jóvenes camaradas! El Estado burgués se aferra de su energía y quiere proletarizar los que nuestros brazos en alto trazan una línea rebelde sobre España. ¡Arriba el puño! En nuestras manos cerradas, que se alzan a compás, va el anatema contra el capitalismo, contra el Gobierno, contra la República burguesa. Van nuestros afanes revolucionarios. Nuestras ansias de lucha. Nuestro ardor de combate. El puño es símbolo de fuerza naciente, y sus músculos descargan la energía con que cogerá el proletariado revolucionario las culatas de fusiles para acabar con toda esta podredumbre que ahoga a España. Nuestro puño es nuestra fortaleza. Ved cómo penden de él todos los fantoches que alienta el Estado burgués: clérigos, terratenientes, fascistas, monárquicos. A una se conciertan para abatirlo. Les duele en los ojos, en la calle y en el alma. Y mandan a su lacayo que acabe con esta visión. Salazar Alonso, perro sucio de la burguesía, manda y ordena a sus secuaces que nos impidan alzar el puño, amedrentar a la sociedad burguesa con el brazo tenso. No importa. Jóvenes socialistas, el puño en alto: ¡Frente a la burguesía! ¡Frente al Gobierno! ¡Por la revolución!

La Comisión ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas, consecuente con su política de acercamiento al proletariado de las diversas tendencias, se dirige por medio de este manifiesto a sus Secciones recomendándoles que en los casos de acción directa contra el fascismo se inteligencien localmente con las demás Juventudes obreras.

Esta inteligencia sólo podrá pactarse, como decimos, para la acción.

Independientemente, la Comisión ejecutiva aboga por la consecución de la unidad en el plano nacional, que considera que sólo puede ser enfocada sobre un objetivo: la organización insurreccional para la conquista del Poder. Otra clase de unidad nacional necesitaría al proletariado, que resultaría justamente que intentábamos eludir lo que una vez realizar rápidamente.

Recomendamos a nuestras Secciones que, a las invitaciones de unidad de los comunistas, anarquistas, trotskistas, etc. respondan invitando a todas estas organizaciones —si aún no lo han hecho— al ingreso en las Alianzas Obreras, que van extendiéndose por todo el país, levantando el ánimo de los trabajadores, confundiéndolos en un estrecho abrazo. En aquellos lugares donde aún no se haya constituido los jóvenes socialistas invitarán para que la Alianza Obrera sea rápidamente un hecho. Sólo después de habernos unido en la Alianza para el hecho definitivo podrán ser absolutamente leales las uniones que realicemos para las acciones parciales que puedan presentarse.

Las Juventudes Socialistas demuestran así su voluntad de llegar a la tan ansiada unidad obrera; suspendiendo desde ahora toda crítica de las actividades del resto de las fracciones obreras, mientras estas actividades no perjudiquen precisamente el objetivo de la unidad.

¡Viva la Alianza Obrera por la conquista del Poder!

¡Vivan las Juventudes Socialistas!

Por la Comisión ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas: El secretario general, SANTIAGO CARRILLO.

El presidente, CARLOS HERNÁNDEZ.

Acta de la reunión celebrada por las delegaciones del Comité central de la U. J. C. y de la Comisión ejecutiva de la F. J. S.

Renovación, 28 de julio de 1934

Asisten como delegados los camaradas siguientes: Jesús Rozado Díaz, Fernando Claudín y Trifón Medrano, por el Comité central de la Unión de Juventudes Comunistas, y Santiago Carrillo, Segundo Serrano Poncela y José Laín, por la Comisión ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas.

Comienza la discusión con la intervención del compañero Rozado, delegado de las Juventudes comunistas, que fija su posición del siguiente modo:

Debemos destacar —dice— que esta reunión tiene gran importancia. Como consecuencia de la publicación de nuestra carta proposición y de vuestra respuesta, la juventud trabajadora tiene puesta una atención especial en esta entrevista. Todos los jóvenes esperan algo de ella.

Nosotros os hemos hecho una proposición determinada de unidad de acción. Habéis contestado con vuestra carta y la delegación.

Antes de entrar en la cuestión concreta de las proposiciones tenemos que plantearos algunos problemas de principio de nuestra táctica de frente único. Para nosotros, la táctica del frente único representa un medio de organizar las masas a través de la lucha por sus reivindicaciones de carácter inmediato, y de la elevación de estas luchas a otras de carácter más decisivo. Creemos que sin frente único, sin la organización de las masas y la creación de los órganos elegidos democráticamente no hay victoria revolucionaria posible. En las perspectivas que en el desarrollo de la revolución el Partido y la Juventud Comunistas plantean ante toda la clase obrera, que la victoria del Poder soviético sólo será posible a través de estas luchas inmediatas. Sólo será posible a través de la organización de los Comités de fábrica y los Comités de campesinos. Por eso nuestra táctica de frente único significa la organización de las masas en los mismos lugares de trabajo, para la acción inmediata y para la preparación de la lucha para la toma del Poder.

Ahora algunas cuestiones relacionadas con nuestras proposiciones anteriores. Durante la etapa republicano-socialista y después.

El alcance de todas ellas, su intención, era llegar a la unidad de acción sobre la base de una plataforma concreta de lucha. Sin referirme a otras proposiciones, quiero hablar de la penúltima, la que se refiere a la huelga de campesinos.

El camarada Rozado se refiere a la envergadura y al carácter violento de la huelga; destaca el carácter insurreccional que el movimiento tomó en sitios como Jaén,

Córdoba, Cáceres y Badajoz, donde los campesinos se levantaron armados al campo, sosteniendo violentos combates con las fuerzas del Gobierno.

Nosotros considerábamos preciso, para lograr el triunfo, la declaración de huelgas generales de solidaridad, llegando a la declaración de la huelga general en todo el país. Nosotros preconizamos la creación de los Comités de campesinos para llegar a crear los órganos del doble Poder, los Soviets, para la toma del Poder. A nosotros nos parecía la huelga campesina, con sus luchas insurreccionales, con sus simpatías entre el proletariado y los soldados, una cosa formidable para la lucha por el Poder. Y esta fue también la opinión de todos los jóvenes campesinos. En este sentido se os hizo nuestra proposición.

Pero vosotros nos contestasteis a nuestra carta diciendo: «Las Juventudes Socialistas han cumplido con su deber. La prueba es que están encarcelados los Comités de más de doscientas Secciones. En el momento en que la huelga finaliza con una serie de victorias locales y provinciales, a pesar de la represión, el problema para nosotros no es mantenerla ya, sino sacar de la prisión a los camaradas».

A nuestra proposición, pues, a la acción común cuando todavía la huelga era intensa, sobre todo en algunas provincias, vosotros contestáis que el problema no es la lucha por la libertad de los presos y, no, como nosotros os proponíamos el de reforzar y hacer triunfar a los campesinos, luchando por la ocupación de las tierras y la cosecha: por los Soviets.

En esa carta planteáis también la cuestión de cesar en las críticas. Pero en nuestra carta no se hacía crítica, sino que se planteaba el problema concreto de la unidad de acción en torno a reforzar la lucha.

Sin embargo, con cierto tono hemos partido de la Federación de Trabajadores de la Tierra. ¿Por qué era crítica? Porque cuando la huelga todavía podía desarrollarse los organismos de los trabajadores de la tierra dieron marcha atrás con la consigna de que el problema no era el triunfo de la huelga, sino la libertad de los presos.

Hoy estamos ante la segunda carta [¿?] Tenemos una situación política más agudizada. La represión contra las organizaciones obreras, contra la prensa revolucionaria: RENOVACIÓN, Juventud Roja, etc.

Tenemos también el ejemplo de la lucha común de los obreros socialistas y comunistas en Francia.

¿Qué nos guía en nuestras proposiciones de la última carta? La intención de llegar a la unidad de acción de los jóvenes socialistas y jóvenes comunistas. Esta reunión es ya un paso adelante. Ahora hay que aclarar algo. Se dice en vuestra carta que en alguna ocasión os habéis dirigido a nosotros, como en lo de El Escorial[10]. En primer

[10] Las menciones a «El Escorial» refieren al mitin de clausura celrbrado el 22 de abril de 1934 en San Lorenzo de El Escorial, que clausuraba el Congreso de las Juventudes de Acción Popular (JAP), base juvenil de la CEDA altamente fascistizada y conocida por sus formas escuadristas. El mitin de El Escorial generó una enrome respuesta por parte de las organizaciones obreras.

lugar, no es cierto que el Comité central de la Unión de Juventudes Comunistas haya recibido ninguna comunicación. Además, con un mes de anticipación el Partido y la Juventud Comunistas lanzaron ya un manifiesto a las masas la consigna de lucha contra la provocación de El Escorial, lanzando desde aquel momento la acción en cada localidad e impidiendo tanto su propaganda como la salida de los delegados.

Nuestra táctica se diferenciaba de la vuestra en que vosotros planteabais la cuestión de la huelga de El Escorial y nosotros declarábamos que la lucha contra la provocación fascista solamente tendría éxito impidiendo la salida de los delegados, llegando incluso a la declaración de la huelga general. A nuestras proposiciones no respondisteis.

Sabemos que hubo una conversación entre algunos militantes vuestros y un camarada de nuestro partido que no representa en nada a la dirección del partido y de la Juventud.

Vosotros decís en RENOVACIÓN, en el último número, que en la acción de El Escorial sólo estabais vosotros, y es necesario indicar un movimiento de las huelgas que en diferentes localidades se decretaron por organizaciones sindicales dirigidas por nuestro partido, sino que la manifestación del día 20 llevó, sobre todo en Madrid, el odio de las masas contra la provocación de El Escorial.

La consigna de huelga general se encontraba, en grandes titulares, en la primera hoja de «Juventud Roja» del día 21. Ella era el resultado de toda nuestra táctica. Mientras tanto, vosotros declaráis en RENOVACIÓN: «Hemos triunfado. El Gobierno ha suspendido la manifestación».

Hay en vuestro comentario a nuestra carta, aparecido en RENOVACIÓN, algo que tenemos interés en aclarar. Me refería al párrafo que dice: La propuesta encierra en sí una importancia grande: significa el camino de un rumbo impreso de poco tiempo a esta parte por la Internacional Comunista».

No se trata de ningún cambio de rumbo en su política de la Internacional Comunista. Es el 5 de marzo de 1933 el C. E. de la Internacional Comunista planteó frente al tanto los Partidos y Juventudes Comunistas y Socialistas una proposición de frente único, de la cual son estos párrafos:

> Sobre la base de estas conversaciones hay que plantear las condiciones elementales de la lucha común, sin las cuales no podrá haber acción real de las masas contra la ofensiva del capital y del fascismo. Sin un programa concreto contra la burguesía, todo acuerdo entre los partidos estará dirigido contra los intereses de la clase obrera. Y más adelante: «Si estas dos condiciones son adoptadas por todos los partidos, el Comité ejecutivo de la Internacional Comunista cree posible recomendar a los Partidos Comunistas renunciar a los ataques contra las organizaciones socialistas durante la acción común contra la ofensiva del capitalismo y del fascismo. La lucha más implacable debe sostenerse contra todos los que infrinjan las condiciones del

acuerdo adoptado para la realización del frente único, considerándolo como esquiroles que minan el frente único de la clase obrera.

El Partido y la Juventud Comunistas dirigieron en este sentido dos documentos al Partido y Juventud Socialistas, que no obtuvieron contestación.

No se trata, pues, de un cambio de rumbo, sino que es aquí la Internacional Comunista, frente a la gravedad de la situación, sobre todo en Alemania, hizo lo mismo que nosotros entonces y hoy.

Nuestra crítica a la política del Partido y de la Juventud Socialistas, que nosotros consideramos justa, era el elemento que vosotros utilizabais para eludir una respuesta concreta a nuestras proposiciones prácticas de unidad de acción.

Nosotros utilizamos la crítica de nuestras mis organizaciones. Consideramos que era un elemento decisivo de la democracia proletaria. En el segundo Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas el Comité central criticó sus faltas, y lo mismo hicieron los delegados al Congreso. La crítica es considerada por nosotros como una parte fundamental de toda organización revolucionaria.

¿Por qué nuestras críticas, a veces, llegaban a calificar la actitud del Partido y de la Juventud Socialistas como una política de traición? Porque en el período gubernamental han sido [¿?] que luego se utilizan en contra de los trabajadores. Así una situación la calificábamos como ya hemos hecho y como vosotros incluso habéis coincidido en un artículo de RENOVACIÓN. La actitud observada por el Partido Socialista en la huelga de gráficos y campesinos, como antes indiqué, no merecía otras cosas que la crítica que nosotros dirigimos al Partido Socialista y a la Juventud Socialista.

El camarada Rozado se refiere al caso de Primo de Rivera, defendido por Prieto, diciendo que los jóvenes socialistas han coincidido en sus críticas contra él.

¿Por qué nosotros hacemos la concesión de renunciar a la crítica? Porque ante todo queremos llegar a la unidad de acción de los socialistas y de los comunistas.

Hay otra cuestión importante en vuestra carta. Se refiere al ingreso en la Alianza Obrera. Se pone como condición, para nosotros de acuerdo en la acción concreta, el ingreso nuestro en la tal Alianza.

¿Qué es la Alianza Obrera para nosotros? En primer lugar, se organizan cuando los obreros socialistas, comunistas, etc., expresan el deseo de luchar en frente único, y luchaban entonces en Asturias, Vizcaya, etc.

Nosotros decimos: ¿Quiénes componen la Alianza Obrera? El núcleo la Unión General de Trabajadores con el Partido Socialista y la Juventud Socialista. El resto son elementos renegados del comunismo, contrarrevolucionarios como los trotskistas. Gente que nada tiene que ver con la revolución ni con los intereses y ansias de la masa trabajadora.

Vosotros decís que la Alianza Obrera es la unidad de acción del proletariado. ¿Dónde está la discusión democrática entre los obreros que forman en la Alianza Obrera? La Alianza Obrera no está la mayoría del proletariado. No está lo fundamental de la C. N. T., ni los campesinos, ni los desorganizados, ni las grandes masas que habitan en las fábricas, en las minas, talleres y tajos.

¿Cuál es el programa de Acción de la Alianza Obrera? Lo decís en vuestra carta: la organización de la insurrección que ponga el Poder en manos de la clase obrera.

¿Qué reivindicaciones tiene para la juventud trabajadora la Alianza Obrera? Ninguna.

Cuando vosotros nos planteáis el ingreso en la Alianza Obrera como condición previa debéis tener en cuenta que nosotros no os planteamos ese ingreso en la misma forma en el frente antifascista.

En relación con el frente antifascista, en vuestra respuesta en un artículo de RENOVACIÓN a la proposición de adhesión al Congreso de jóvenes contra el fascismo y la guerra, decís que no queréis nada con las Juventudes republicanas. Nosotros os decimos que la lucha contra el fascismo puede abarcar no solamente a las fuerzas del proletariado, que es el que ha de llevar la dirección, sino a todos aquellos que quieran luchar contra el fascismo y la guerra, y que enrolándolos en el movimiento pueden ser impedidos de caer en las garras de aquéllos.

Sin embargo, vosotros, en un artículo de «Espartaco», sobre la cuestión de Cataluña, escribís: «Nosotros estaremos al lado de la Generalitat en tanto [¿?] campesinos catalanes, es decir, mientras la Generalidad sea una fuerza revolucionaria puesta al servicio de los «rabassaires». Y nosotros no queremos que los republicanos de la Esquerra se distancien mucho de los de la Izquierda republicana.

¿Cuál es el carácter de vuestra proposición? La lucha por el Poder. Pero, ¿cómo se lucha por el poder? Luchando diariamente, movilizando a las masas en los lugares de trabajo, contra la ofensiva del capital, por sus mejoras contra los despidos, contra la militarización de las industrias de guerra, etcétera. Es imposible pensar en luchar por conquistar el Poder de una forma que no sea a través de la lucha cotidiana, debilitando el poder de la burguesía. Consideramos que sólo organizando a las masas, creando sus organismos de lucha, solamente así se puede organizar la insurrección. No creemos que la insurrección sea algo al margen de la lucha cotidiana; es necesario que se pueda guardar la fuerza del proletariado para las acciones de carácter decisivo [¿?] la labor de la lucha cada vez más intensa, diaria, por la creación de los Comités de fábricas y de campesinos, por los soviets.

Tenemos la experiencia de la revolución de octubre. No se ha realizado organizando la insurrección al margen de la lucha diaria de las masas, sino a través de ellas y transformando las grandes batallas parciales en grandes combates

políticos, que han sido la culminación de la insurrección y de la victoria de los Soviets. Lenin lo ha dicho en sus artículos y documentos.

Otra táctica de organizar la insurrección no puede conducir más que al resultado austríaco.

Termina destacando el carácter de sus proposiciones, leyendo el siguiente párrafo de la carta: «No admitimos que, mientras que nos encontramos, igual que nuestro partido, dispuestos, no debáis reconocer la justeza de nuestra crítica a la política seguida por el Partido y la Federación de Juventudes Socialistas, si esa crítica es considerada como un obstáculo para llegar a la unidad de acción, declaramos que estamos dispuestos a llegar a un acuerdo que ponga fin por ambas partes a los ataques y críticas mientras dure la acción común entre las organizaciones y militantes socialistas y comunistas; bien entendido que cada uno conservará su entera independencia para desempeñar su propaganda y asegurar su labor de proselitismo».

Concreta las proposiciones, que invita a ampliar y a discutir la delegación socialista, en los siguientes puntos:

1.º Organizar mítines de carácter nacional, provincial y local, en común, ante la semana del XX aniversario de la guerra imperialista, del que el comienzo es el 5 de agosto.

2.º Celebrar asambleas comunes de círculos de Empresa, de barriadas, de la Juventud Comunista y de los Grupos de jóvenes socialistas de esos lugares, para discutir la organización de la lucha reivindicativa más inmediata, especialmente contra los proyectos de militarización de las fábricas de armas de Trubia y en las minas.

3.º Organizar una asamblea de masa de la Juventud Socialista y de la Juventud Comunista y de todas las organizaciones que estén de acuerdo para preparar los mítines y manifestaciones del 1.º de agosto.

4.º La lucha por medio de la agitación y la movilización de las masas por la libertad de Thaelmann y de todos los antifascistas alemanes y austríacos y por la libertad de los presos obreros españoles.

Sostener el envío de la delegación juvenil que vaya a visitar a Thaelmann y los campos de concentración alemanes.

5.º Organizar en común la lucha contra las concentraciones regionales de la J. A. P.

6.º Organizar en común la lucha por la libertad y defensa de la prensa obrera. Por las páginas comunes de defensa de RENOVACIÓN y de Juventud Roja. Por la venta en masa. Por el levantamiento de la clausura de los centros obreros y contra la reacción y el fascismo.

7.º Por la organización en común de las milicias antifascistas obreras y campesinas.

8.º Por la preparación de la jornada internacional juvenil del 6 de septiembre.

En resumen —concluye—: nuestra proposición es el reflejo de llegar a la unidad de acción. Nuestras proposiciones no difieren más que desde el punto de vista de la diferenciación de situación de las luchas en Francia. Si vosotros veis bien justas aquellas, también debéis ver justas estas.

Santiago Carrillo expone la posición de nuestra delegación

Antes de plantearse la delegación juvenil socialista su posición, el compañero Serrano Poncela advierte que sería conveniente reducir las intervenciones, si es posible, a un solo representante.

Desde luego —dice—, nosotros no aceptamos la discusión en el terreno en que la habéis planteado. Es decir, en el de la discusión de nuestras posiciones concretas. Hay que tratar sobre varias cuestiones fundamentales. *Nosotros pensamos que el frente único en España es el producto de la maduración de las circunstancias revolucionarias y que solo puede tener una solución central: la conquista del Poder político para la clase obrera.*

A estas alturas no podemos la clase trabajadora diciéndole que hemos hecho el frente único sobre una plataforma que no era concretamente esa. La unidad que acordemos las organizaciones nacionales tiene que ser irrevocablemente para algo definitivo.

Nosotros consideramos que la política del movimiento obrero, tanto comunista como socialista, ha sufrido un viraje radical a raíz del hundimiento del proletariado alemán; porque en Alemania ha fracasado la táctica socialdemócrata, reformista y pequeñoburguesa; pero ha fracasado asimismo la táctica intransigente y sectaria de la Tercera Internacional. A raíz de ese fracaso es cuando la Internacional Comunista lanza el manifiesto a que habéis aludido. Le contesta la Internacional Socialista con otro en el que se muestra dispuesta a llegar a la unidad. Tras esos manifiestos no hemos vuelto a saber nada de la unidad obrera internacional.

Hasta hoy en España no se nos ha planteado el problema de la unidad por vosotros con aquella cordialidad precisa para llegar a resultados concretos. Todas las invitaciones anteriores a ésta no perseguían —nosotros lo afirmamos— una unidad leal. Al mismo tiempo que se nos invitaba a que pactásemos, se decía que los jefes estábamos traicionando el espíritu revolucionario de las Juventudes Socialistas. Paralelamente a esto se seguía en vuestra prensa un procedimiento que no puede denominarse el derecho a la crítica proletaria porque no nos criticabais, sino que a veces lanzabais injurias, incluso contra elementos que no tenían una responsabilidad directa en la dirección del movimiento socialista.

La huelga de campesinos, experiencia elocuente

Afortunadamente, la situación ha variado. *Querámoslo o no, el proletariado se ha unido ya, animado por un deseo concreto: su liberación definitiva. Sólo falta que se unan los directores del movimiento obrero*. Al llegar a esto nosotros no podemos ocultar, dadas las circunstancias presentes, una unidad de carácter nacional, con la importancia que ésta tendría, para pequeñas acciones parciales. Eso no daría satisfacción a nuestras masas y al proletariado en general. Creería en el recelo de que cuando no habíamos sido capaces de unirnos para lo definitivo, a las acciones parciales íbamos cada organización a ver quién llevaba —como vulgarmente se dice— el gato al agua.

Además, nosotros afirmamos que, en general, se podrían realizar estas consignas de carácter reformista. A nuestro juicio, una lucha por reformas sólo puede ser llevarse a cabo en el seno de la democracia burguesa. Es ahí, exclusivamente, donde cabe la posibilidad de arrancar reformas; pero cuando el Poder público adquiere una configuración dictatorial y echa toda su fuerza reaccionaria sobre los patronos, entonces se atacan las posibilidades de conquista de arrancar reformas. Tal es la situación de nuestro país. El Poder público no concederá nada por la presión de las organizaciones. En la mayoría de los conflictos se está demostrando que la huelga general solamente es un instrumento [¿?] para el proletariado. Tenemos el ejemplo de la huelga de campesinos. Es quizá la huelga planteada por la consecución de unas mejoras en la que más violencia se ha empleado desde hace mucho tiempo en nuestro país. Sin embargo, aunque se hayan obtenido algunos éxitos locales, la huelga de campesinos significa una derrota, aunque transitoria. En nuestro modo de ver el desenvolvimiento de las luchas en el período actual, la huelga de campesinos significa el fracaso de la táctica que es el fracaso de la táctica que preconizasteis en vuestra proposición de unidad, que consiste en desencadenar batallas parciales no encaminadas de momento a la conquista del Poder. *Los campesinos han hecho un gran sacrificio para conseguir muy poco, porque sus reivindicaciones, para triunfar hubieran necesitado que la lucha se plantease sobre el objetivo de la conquista del Poder*. Bien ha aprendido ellos.

La táctica comunista, contra la del bolchevismo ruso

Nosotros hablábamos hace unos días, cuando regresamos por Madrid a las huelgas, las consecuencias libertadoras del movimiento, como uno de ellos, que, ante el asentimiento de sus camaradas, nos decía tras esta frase curiosa: «Ya no volveremos más a movimientos parciales. Sólo nos levantaremos el día de la revolución». Ese es el espíritu que anima a los campesinos y a todo el proletariado español, y no vale que nosotros queramos abstraernos de él.

Nosotros no podemos atender vuestra proposición de huelgas parciales, que en el momento en que esta táctica de lucha fracasaba para los campesinos hubiera sido un error tremendo llevar al mismo fracaso a todos los trabajadores, realizando así

una especie de revolución preventiva que confirmase en su situación a las oligarquías dueñas del Poder. Nosotros afirmamos que las batallas parciales deben ser obligadas en este período. Nosotros no las rehuiremos; pero es preciso subordinarlas a algo sin lo cual la huelga general no sirve para nada: a la organización insurreccional.

Hay una experiencia histórica que nos anima a insistir en estos puntos que se viven. La hemos recogido de la revolución rusa. Me refiero a las jornadas de julio, en las que las masas se lanzaron a la calle en actitud rebelde; pero sin el objetivo de la conquista del Poder. Y es el partido bolchevique el que critica este movimiento y, en una maniobra estratégica habilísima, lo recoge, retrayendo hacia una situación expectante a las masas para presentarlas en octubre eficazmente sobre el Poder. Esto es lo que queremos nosotros: organizar la lucha para el Poder.

Todo lo que no sea organizar esta lucha será perder el tiempo. No dará satisfacción a las masas. *El proletariado no tiene ganas de escaramuzas; quiere batirse definitivamente*.

Premisa para la unidad. El ingreso del P.C. y la U.J.C. en las Alianzas Obreras

Respondiendo a la necesidad de la unidad obrera, nosotros hemos ingresado en las Alianzas Obreras. Allí están las ramas disidentes del comunismo, dignas, para nosotros, de todas las consideraciones; los Sindicatos autónomos dirigidos por Pestaña. En algunas regiones, como Asturias, están también las organizaciones de la Confederación Nacional del Trabajo. Alianza Obrera ha unido al proletariado valenciano, hasta ahora tan dividido. Está uniendo al proletariado catalán. Vosotros mismos habéis publicado en vuestra prensa artículos llamando a vuestras Secciones a la disciplina porque habían ingresado en algunos sitios en Alianza Obrera, arrastradas por un tan poderoso movimiento de unidad. Alianza Obrera lleva un ritmo ascensional, despierta el entusiasmo de las masas. Y precisamente a ese entusiasmo, progresa la preparación revolucionaria. No es aventurado afirmar que si Alianza Obrera sigue ese ritmo, la Confederación Nacional del Trabajo, que se debate en una polémica interna a este respecto, terminará ingresando en masa.

Cuando nosotros hemos adquirido con las fracciones obreras de Alianza el compromiso de preparar la revolución, no podemos en modo alguno olvidar esa alianza, pasar por encima de ella, no respetando a nuestros hermanos de clase presentes para pactar una unidad para acciones parciales de tipo reformista, tras las cuales se esconde muy vagamente una posible lucha por el Poder. No podemos romper con la Alianza porque significaría menosprecio para colaboradores leales. Por eso afirmamos que la premisa imprescindible, inexcusable, para la unidad de acción es vuestro ingreso en Alianza Obrera para colaborar con las demás organizaciones de clase en la preparación del movimiento insurreccional.

Mientras no haya unidad para la lucha definitiva, que está a la orden del día, la unidad en las acciones parciales no será leal. No se puede parangonar la unidad concertada por los socialistas franceses con los comunistas con la que tendremos que concertar en nuestro país. Ellos declaran que renuncian a la violencia sistemática. Nosotros tendremos que unirnos para organizar la violencia. Yo no sé lo que durará el pacto entre los socialistas y los comunistas franceses; pero mucho me temo que, no habiéndose puesto de acuerdo en lo que consideramos principal, termine no todo lo satisfactoriamente que quisiéramos. Nosotros, por el contrario, creemos que el frente único tendría que hacerse para la lucha definitiva, y de una manera definitiva también, sin que cupiera la posibilidad de que algún día se rompiese.

Las Juventudes Socialistas, directoras de las jornadas antifascistas de abril. El frente antifascista no puede compararse con las Alianzas Obreras

Habéis aludido a la manifestación fascista de El Escorial, y nosotros queremos responderos concretamente. El mismo día que la J.A.P. anunciaba la concentración, es decir, dos o tres meses antes de celebrarse, la Comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas publicó una nota declarando que éstas impedirían la celebración. Después publicamos una nueva invitando a todas las fracciones del proletariado a ponerse de acuerdo con nosotros para una acción común. Nuestro llamamiento tuvo eco en los jóvenes trotskistas, en los libertarios, en los republicanos de izquierda y en el Frente antifascista. Algunas veces nos hemos preguntado cómo es que teniendo la Juventud Comunista una influencia predominante en el Frente aludido, acudió éste a nuestro llamamiento y, en cambio, ella se abstuvo de hacerlo. Y no nos hemos dado una respuesta satisfactoria. ¿Por qué no se hizo eco de nuestro llamamiento la Juventud Comunista?

No sólo esto. El delegado que representaba al Frente antifascista era un miembro responsable del Partido Comunista. Acudió a dos reuniones y en las dos insistimos cerca de él para que procurara atraer vuestra adhesión. Pero a la tercera ya no acudió. Y cuál no sería nuestra sorpresa al ver un día que vuestro periódico publicaba exactamente los mismos planes que nosotros habíamos expuesto en las reuniones a que ese delegado acudió, atribuyéndonoslos como cosa vuestra y acusándonos a nosotros de una carencia absoluta de iniciativa y de que queríamos evitar la concentración con gestos románticos.

Que conste que nosotros teníamos nuestro plan, que era exactamente impedir la salida de los fascistas de sus respectivas localidades y su ingreso en El Escorial. La prueba de que lo teníamos es que delegados nuestros salieron a provincias dos semanas antes a dar instrucciones a nuestros militantes. Si desistimos de algunas acciones fue porque no nos veíamos asistidos por todas las fracciones del

proletariado con el debido calor; pero nuestra intención era convertir las jornadas del 21, del 22 y del 23 en unas jornadas rojas y lo hemos conseguido. En efecto, la manifestación del 20 pudo estar organizada por vosotros; pero habéis reconocido que ese día fueron jóvenes socialistas. Ese mismo día hubo otras acciones el día 21 y el 22 también se hicieron. Nosotros afirmamos que dirigidas y realizadas por nosotros. El proletariado supo olfatear esto, y ahí está certificándolo la bárbara represión realizada contra algunos jóvenes socialistas que fueron tiroteados en el suelo por la fuerza pública y apaleados después, a pesar de hallarse heridos.

Conclusión: Alianza obrera por la conquista del Poder

Pero, no obstante, no es el momento de recordar polémicas pasadas. Decís que habéis renunciado al derecho de crítica en aras de la unidad. Y nosotros, ¿no hemos renunciado también al mismo derecho desde hace tiempo?

Además, la crítica no nos molesta. Lo que nos hiere es la injuria. Nosotros mismos hacemos uso, dentro de nuestro Partido, del derecho democrático que prevalece junto a su propia crítica. Lo estáis viendo en nuestro periódico; pero de la crítica a la injuria hay un abismo. Nosotros nos felicitamos de que os decidáis a renunciar a ella.

Tenemos absoluta confianza en que la unión se realizará. Por el contrario, mientras haya Alianzas Obreras, no se podrá saltar por encima de ellas. Nos parece que es falso vuestro argumento de decir que, puesto que no nos ponéis como condición para la unidad el ingreso en el Frente antifascista, no podemos nosotros hablar del ingreso en la Alianza. Pero ¿es que se puede comparar siquiera el Frente antifascista con la Alianza? La Alianza se crea entre fracciones exclusivamente obreras para organizar concretamente la conquista del Poder. En cambio, el Frente antifascista tiene en su seno elementos que no aceptan la lucha de clases ni la dictadura del proletariado, como los jóvenes de Izquierda republicana. Y en cuanto a extensión y personalidad, no hay posibilidad de compararlas.

No es sólo eso. Es que en el Frente antifascista, en algunas localidades, han ingresado hasta las Juventudes radicales. ¿Es que es posible un frente contra el fascismo con los que están preparando la cama? Nosotros concebimos que la lucha contra el fascismo es una fase de la lucha contra el capitalismo, y que sólo cuando la clase obrera tenga el Poder derrotará definitivamente al fascismo.

¿Es que podemos pertenecer a una organización como el Frente antifascista, que, por su heterogeneidad, no podría admitir esta concepción?

El Poder para Alianza Obrera

Como conclusión, os decimos: Ni en RENOVACIÓN ni en «Espartaco» saldrá un ataque contra las Juventudes Comunistas. Esperamos de vosotros otra conducta.

Y en un plano de cordialidad hemos llamado lo que haya de intransigencia en la actitud de cada cual. Desde luego, mientras las Alianzas Obreras subsistan y marchen victoriosamente, nosotros no abandonaremos a nuestros aliados.

Nosotros procuraremos asimismo que nuestro Partido haga al vuestro la misma invitación que os hemos hecho a vosotros: el ingreso en la Alianza Obrera. Para hacer la insurrección, que dé el Poder a los trabajadores.

En el momento en que nos pongamos de acuerdo para eso, lo estaremos para todo. *Las circunstancias nos obligan a todos a realizar la unidad en la dirección, porque, como hemos dicho, el proletariado está unido ya con un anhelo común: el de la revolución; y si los directores no se unen, nuestras masas seguirán aquellas organizaciones que sepan dirigirle en la batalla.*

Una proposición para nuestra delegación

El camarada Claudín dice que Rozado ha planteado ya cómo nosotros interpretamos la preparación de la insurrección y la toma del Poder: por medio de las batallas parciales, y organizando los órganos del Poder y para la lucha por el Poder, los Comités de fábricas y de campesinos y de los Soviets.

Frente a esta línea táctica, ¿cuál es la línea táctica de la Alianza Obrera para la lucha por el Poder? ¿Cuál es la posición de la Alianza Obrera frente a los Comités de fábricas, de campesinos y de los Soviets?

Le contesta el camarada Carrillo.

Dice que naturalmente que la revolución rusa y la española se parecen en grandes síntesis; pero no pueden identificarse en los detalles. El proletariado ruso no tenía una organización sindical como la que poseen los trabajadores españoles. Por esta causa, la hora de crear las organizaciones de lucha no pueden identificarse las consignas dadas en Rusia con las que deben darse en nuestro país.

El Poder, una vez triunfante la revolución, ha de ir, localmente, a las Alianzas Obreras. Nacionalmente también a ellas cuando éstas se constituyan en plano nacional. Así nos encontraremos con los Sindicatos como organizaciones administrativas y con las Alianzas Obreras como organizaciones que mantendrán la dirección política.

Habla del carácter de los Soviets. Dice que Lenin no dio esta consigna con un carácter de permanencia, sino que él [sic] era una concesión al oportunismo revolucionario, nacida de la carencia de organizaciones sindicales en el proletariado ruso. Prueba de ello es que más tarde las formas, la consigna de «¡Todo el Poder para los Soviets!», quedó en «Todo el Poder para los bolcheviques».

Pero no son sólo los órganos del Poder lo que nos interesa crear. Hay también los órganos de lucha, que se nos presentan con carácter más inmediato en las organizaciones militares del proletariado. Con estas milicias las Alianzas Obreras tienen ya en sus manos para el futuro los órganos del Poder.

Además de esto, considera que la consigna de la creación de los Soviets no tiene arraigo en España, por carecer de las condiciones de que estaban rodeados en Rusia a partir de la revolución de 1905. Por esta causa considera que no es oportuno pensar en su creación.

Como resumen de las intervenciones efectuadas hasta ahora, dice que se desprende una cosa: nosotros mantenemos nuestra posición y vosotros mantenéis la vuestra. Nosotros os rogamos que meditéis sobre lo aquí discutido y que lo tratéis en vuestros Comités. Por nuestra parte, haremos lo mismo. Si consideramos conveniente una nueva reunión, podemos hacerla, a fin de traer a discusión las apreciaciones de nuestras organizaciones respectivas con respecto a lo aquí tratado. Concretamente os pedimos el cese de todas las campañas en contra nuestra. Nosotros afirmamos desde ahora nuestra voluntad de hacerlo con respecto a vosotros.

Interviene el camarada Claudín. Aclara en primer lugar la significación de nuestra táctica de lucha de nuestras reivindicaciones parciales, que el camarada Carrillo ha calificado de reformista. Dice que estas reivindicaciones parciales conseguidas por medio de la lucha significan victorias sobre la burguesía, que debilitan su poder y preparan el camino de la insurrección. Se refiere a la colaboración con los republicanos en el Frente antifascista, señalando que ello no significa caer en el oportunismo, sino organizar la unidad de acción contra el fascismo y la guerra de todas las fuerzas que quieran luchar, incluso estas capas de la juventud pequeñoburguesa, bajo la dirección del proletariado. En lo que se refiere a la Alianza Obrera, nosotros creemos que, a pesar de que lo ponéis como condición el ingresar en ella, es posible organizar la unidad de acción de los jóvenes socialistas y comunistas con toda la amplitud que se conveniente, incluso con la perspectiva de la organización de la insurrección, sin que nosotros nos metamos en la Alianza Obrera y sin que vosotros dejéis de pertenecer a ella.

El camarada Carrillo dice que Claudín ha planteado de modo distinto la cuestión del Frente antifascista. Lo que ordinariamente lo vienen haciendo, puesto que no se ha hablado de colaboración de jóvenes republicanos, sino de utilización de fuerzas bajo la dirección del proletariado. Sin embargo, nosotros consideramos mejor otra táctica distinta, que consiste en destruir las organizaciones juveniles republicanas, a fin de atraernos sus elementos aprovechables a nuestras filas para que trabajen junto con nosotros.

Dice que no es posible la dualidad de acción común que propone el camarada Claudín, porque nosotros no podemos trazar un plan con la Alianza Obrera y otro con las Juventudes Comunistas. Lo primero, que no nos permitiría el doble juego,

y entonces se pensaría que ni socialistas ni comunistas estamos sinceramente en la Alianza Obrera, al poner al Partido Socialista de por medio entre las fuerzas que constituyen la Alianza y los trabajadores comunistas.

Repite el ruego de estudiar mutuamente las proposiciones habidas y que desde ahora se llegue a un armisticio entre las organizaciones aquí representadas.

Interviene el camarada Medrano: Desde la época en que gobernaba el equipo republicanosocialista, durante la cual la Juventud Socialista apoyaba la labor del Partido, pasó por la salida de los ministros socialistas del Poder, hasta llegar al momento actual, en que los representantes de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas y de la Unión de Juventudes Comunistas discutimos sobre la manera de llegar a una acción común en la lucha, han ocurrido muchas cosas.

De siempre hemos sido nosotros los que hemos repetido una tras otra las proposiciones para el frente único de lucha entre los jóvenes socialistas y comunistas. En un principio nos las rechazabais porque en nuestras condiciones se incluía el frente único por la base. Cuando esta condición la retiramos de nuestras proposiciones, reservándonos, claro está, el derecho a seguir luchando por ella en los lugares de trabajo, se nos decía que nuestra crítica era el obstáculo que impedía la unidad de acción, y ahora que nosotros nos mostramos dispuestos a cesar en la crítica durante la acción común, se nos contesta que es imprescindible nuestro ingreso en vuestra Alianza Obrera.

Con esto quiero remarcar una cosa: que, sin variar nuestra posición de principio, nosotros hemos dado pruebas, cediendo en algunos puntos, de nuestra decidida voluntad de ir en la lucha a los jóvenes socialistas y comunistas. No así vosotros, que cada vez planteáis nuevos obstáculos a nuestras proposiciones.

Interviene el camarada Carrillo: El problema es que nosotros os pedimos que ingreséis en la Alianza Obrera, y vosotros no queréis. Sólo hay intransigencia por parte de las dos delegaciones en este punto concreto de la Alianza Obrera. Es indudable que habéis de plantearos cuestiones de detalle en la lucha diaria; pero éstas las resolveremos mejor estando de acuerdo en lo definitivo. En caso contrario, aun contra nuestra voluntad, tanto vosotros como nosotros, trataríamos de dirigir estas acciones parciales hacia nuestros fines particulares.

Interviene el camarada Rozado. Después de dar este primer paso, hay algunas cuestiones de orden fundamental que nosotros, en bien de la juventud trabajadora, debemos plantear aquí. Estoy de acuerdo con las proposiciones que los camaradas han hecho para discutir; pero lo que hay que ver es la diferencia fundamental que nos separa. Nosotros, partiendo de una línea táctica para llegar a la victoria de la revolución, nos enfrentamos con otros procedimientos y otros métodos diferentes. No es posible que prescindamos en una conversación de lo que caracteriza toda una política de unos y otros.

Nuestra política de frente único es el método práctico que conduce, sobre la base de las luchas parciales, a la lucha por el Poder. Vuestra posición es diferente. Todo lo que planteáis es lo de la insurrección al margen de las batallas diarias.

Nuestras proposiciones están orientadas en el sentido de emprender esta unidad de acción sobre aquellas cuestiones más inmediatas.

La lucha contra las concentraciones de Acción Popular no puede relegarse. El problema de cómo luchar unidos el 1 de agosto[11] tampoco puede relegarse. La unidad de acción en ese día es un paso adelante en la lucha por los objetivos que nosotros anhelamos.

Carrillo dice que no entiende de esa manera la forma de plantear la cuestión. El problema no es discutir ahora las acciones parciales sobre las cuales podemos establecer una unidad de acción, sino ponerse de acuerdo en lo fundamental, que es el problema de la insurrección. Sin embargo, nosotros no discutimos las reivindicaciones parciales, y prueba de ello es que nosotros hemos dado, y seguimos dando, instrucciones a las Secciones de las Juventudes Socialistas, a fin de que, para las luchas diarias, se alíen con todas las organizaciones juveniles obreras. Sin embargo, nosotros entendemos que esto no es por la realización del frente único. Nosotros creemos que únicamente podrá realizarse el frente único y podrá hacerse cuando nos hayamos puesto de acuerdo en la cuestión fundamental, en la toma inmediata del Poder.

Rozado dice que lo que nos separa es que vosotros planteáis la unidad de acción en un programa concreto. No vamos a definir nuevamente cuál es nuestra táctica. Quiero destacar que lo que hay es que nosotros no nos planteamos la lucha por el Poder, sino que hay una diferencia fundamental en la táctica para organizar esta lucha, que nosotros creemos debe ser a través de la lucha por las reivindicaciones inmediatas, luchas que, ampliándose cada vez hasta formarse en grandes batallas políticas, culminan en la insurrección armada para la conquista del Poder soviético.SS

Lo mejor, de acuerdo con las proposiciones ya hechas, es que cada uno estudie las proposiciones concretas y traigamos nuestra opinión a una nueva reunión.

La delegación de los jóvenes socialistas se muestra de acuerdo con esta proposición, y a continuación se fija lugar, día y hora de la nueva reunión.

Por último, el camarada Carrillo expone el hecho de que la Juventud Socialista Austríaca, en la ilegalidad, se ha dirigido a la Internacional Juvenil Comunista, a fin de llegar a una unidad de acción con la Juventud Comunista Austríaca en determinados aspectos de la lucha y a un armisticio. Propone a la delegación comunista que ellos se dirijan a su Internacional, con el fin de que apoyen esta petición de los camaradas austríacos.

---

[11]. Las menciones al «1 de agosto» se refieren a las jornadas de movilización contra la guerra imperialista y el fascismo que la Komintern había establecido en esa fecha desde 1929.

La delegación comunista toma nota de la proposición.

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a la una y media de la madrugada del día 26 de julio de 1934.

Por la delegación de las Juventudes Comunistas, Jesús Rozado Díaz. Por la delegación de las Juventudes Socialistas, José Laín.

Madrid, 26 de julio de 1934.

Acta de la segunda sesión, celebrada el día 30 de julio de 1934, entre las delegaciones de la Comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas y del Comité central de la Unión de Juventudes Comunistas

Renovación, 4 de agosto de 1934

De comienzo la reunión se reanuda a las once de la noche, en el Café de París, con asistencia de Santiago Carrillo, José Laín y Segundo Serrano Poncela, por la Ejecutiva de las Juventudes Socialistas, y José Rozado Díaz, Trifón Medrano y Agustín Zapiráin, por el Comité central de las Juventudes Comunistas.

El compañero Laín, como cuestión previa, plantea la necesidad de las actas se ajusten realmente a las intervenciones, que quepa introducir en ellas posteriores modificaciones.

El compañero Poncela interviene para indicar a los camaradas comunistas que, como en la anterior reunión, llevará la voz de la delegación socialista el camarada Carrillo, ya que de antemano se identifican con su intervención. Encarece la brevedad en las intervenciones de todos procurando prescindir de literatura. Le agradece una sola intervención comunista porque esto a su juicio fija mejor el criterio de las delegaciones.

El compañero Rozado dice que intervienen los tres delegados porque de antemano tienen asignadas sus intervenciones. A continuación interviene el camarada Medrano.

—He de empezar —dice— que, en fin de cuentas, es el objeto de esta reunión: las proposiciones que mutuamente nos hemos hecho.

Teniendo en cuenta que vuestra proposición pone como condición imprescindible para llegar a la acción común nuestro ingreso en la Alianza Obrera, el *Bureau* de nuestro Comité Central ha examinado más detenidamente lo que es la Alianza Obrera —significa.

Primeramente queremos hacer resaltar vuestras vacilaciones en una cuestión de principio tan fundamental como es la de saber a manos de quién debe ir a parar el Poder una vez triunfante la revolución. No hace mucho sosteníais en RENOVACIÓN, grandes titulares, que el Poder se conquista por el Partido Socialista. Hoy cambiáis esto por todo el Poder a la Alianza Obrera. No sabemos para quién lo pedís mañana. Esto demuestra que no tenéis seguridad en una cuestión tan decisiva como ésta.

Quiero recordar que las Alianzas comenzaron a crearse precisamente cuando, como consecuencia de la formidable labor de nuestro partido por el frente único, esta consigna empezaba a realizarse por los trabajadores.

Ahora quiero exponer cuáles son verdaderamente las fuerzas que están en la Alianza Obrera y las que faltan. Primero: En la Alianza no están los campesinos trabajadores, fuerza principal de nuestra clase proletaria en la revolución. Segundo: No figuran los soldados, a los cuales es indispensable ganar del lado de la revolución. Tercero: Faltan las enormes masas de los inorganizados, y, por último, contra lo que nosotros mismos aceptamos en la reunión anterior, no están ni siquiera las masas de la U. G. T. ni de la C. N. T.

Demostración: Yo soy miembro de la U. G. T. en Madrid, donde dice que está organizada la Alianza Obrera. Sin embargo, no se ha consultado mi opinión sobre ella. En el mismo caso se encuentra el resto de los obreros de base de la U. G. T. Es más: ni las mismas Directivas de los Sindicatos han sido consultadas. ¿Entonces, quién ha elegido este Comité de la Alianza? ¿A quién representa? Ya vosotros mismos decís quién representa a la masa de la Unión General de Trabajadores, nosotros les decimos francamente que eso es mentira.

¿Dónde está la democracia proletaria, cuando ni siquiera se consulta lo que se dice representar? ¿Puede un tal organismo, que no cuenta ni con la confianza de los que dice representar, el órgano dirigente de la insurrección y del Poder? Entonces, si no vale para la insurrección, ¿para qué vale? Si no ha ayudado a los metalúrgicos de Madrid, ni a los mineros de Asturias, ni a los campesinos en sus luchas contra la burguesía y su Estado, y, por el contrario, ha frenado la solidaridad de los trabajadores con los que combatían en el período de ser necesario «guardar las energías», ¿cuál es el papel de las Alianzas Obreras? Francamente, evitar las luchas contra la burguesía, frenarlas.

Habéis afirmado que nosotros estamos contra los métodos de los bolcheviques en 1917, que entonces no luchaban por reivindicaciones parciales, sino por la insurrección. Esto no es cierto. Precisamente las consignas que por los bolcheviques se van lanzando para poner en línea de batalla a las amplias masas de obreros, campesinos, etc., eran reivindicaciones parciales, como la lucha por el pan, por la tierra, e incluso por mejoras de salarios y reivindicaciones para los partidos; a través de la participación de las masas en estas batallas parciales, ampliándolas cada vez más y constituyendo los órganos de lucha de las propias masas, como crearon las condiciones para la lucha victoriosa por el aplastamiento definitivo del régimen capitalista y del mantenimiento en el Poder de los obreros, campesinos y soldados.

Esto demuestra que nuestra posición de preparar el asalto al Poder a través de las luchas parciales y su ampliación coinciden exactamente con la línea fundamental aplicada por los bolcheviques en 1917.

Pero no solamente en 1917, sino también ahora, obramos completamente de acuerdo con los bolcheviques. Bolchevique es el partido comunista de la U. R. S. S.; bolcheviques son los dirigentes de las Juventudes Comunistas ¡ de la Unión Soviética. Rosarev, el dirigente de la organización política numéricamente más potente del mundo (engloba 5.000.000 de jóvenes trabajadores), y políticamente la organización juvenil dirigente de decenas de millones, en las conversaciones habidas entre él y la delegación de los jóvenes guardias socialistas de Bélgica sobre la unidad de la lucha entre los jóvenes socialistas y comunistas belgas, ha planteado las proposiciones en los mismos términos que las que nosotros os hacemos: unidad de acción por la conquista de objetivos inmediatos y concretos, y aún más: organización de los jóvenes en frente único en las mismas Empresas. Así podéis leer en el acta que hoy comienza a publicar Mundo Obrero, luego nosotros hemos de acuerdo con los métodos de los bolcheviques en 1917, sino también con los de ahora.

Quiero deshacer algunas de las afirmaciones que hicisteis respecto a lo que eran los Sindicatos rusos en 1917. Decís: «Lenin, al encontrarse con la carencia de organizaciones sindicales en el proletariado ruso, aprovechó la tradición existente de los soviets en 1905 para hacer de estos los órganos de Poder; pero que en España la situación es diferente».

De acuerdo en esto último: mas es falso decir que el proletariado ruso carecía de Sindicatos. No sólo contaba con Sindicatos potentes, revolucionarios, avezados a la lucha en las peores condiciones de represión, sino que tenían la ventaja incalculable sobre España de no existir una profunda división del movimiento sindical que aquí tenemos. Por lo tanto, Lenin no escogió los soviets como órganos de lucha por y de Poder, sino porque era *la única forma de organización de las masas sobre la cual podía apoyarse la revolución para triunfar*.

¿Era esto por casualidad? No. Marx señaló los errores y las debilidades del movimiento de los obreros parisinos durante la Commune de París, y las causas de su derrota. Los bolcheviques ya en 1905 aprovecharon estas enseñanzas y vieron en los soviets el órgano capaz de hacer triunfar la revolución. Desde entonces, la experiencia de todo el movimiento revolucionario internacional ha confirmado la justeza de esta apreciación. El triunfo de la revolución de octubre, la edificación del Socialismo en la U. R. S. S., de la revolución soviética en China y los resultados de las luchas en todo el mundo demuestran que no hay victoria posible sin soviets.

Por esto, la Internacional Comunista, y nosotros con ella, consideramos que la lucha por el Poder soviético es el principio fundamental para triunfar sobre el régimen capitalista, y por tal motivo en esta cuestión no hacemos ninguna concesión. Hacerla sería dar de lado la única posibilidad de triunfar.

En los soviets pueden Agruparse todas las masas que quieren el derrocamiento del régimen que las oprime: los obreros de las Empresas, los parados, los asalariados del campo, los campesinos trabajadores, los soldados. Ellos tienen su base orgánica

donde viven las masas. Se constituyen durante y para la lucha. Sus órganos de dirección son elegidos democráticamente por las masas, que discuten los problemas fundamentales de la lucha por el Poder y de su consolidación. De esta forma, el Poder está verdaderamente en manos de los obreros, campesinos y soldados.

Vosotros rechazáis nuestras proposiciones de acción común inmediata. En tanto, nosotros hemos dado instrucciones a los jóvenes comunistas de Madrid para que el sábado último apoyaran la venta de RENOVACIÓN, defendiéndola de las recogidas policíacas. Esta es la mejor prueba de que nosotros no nos quedamos en las palabras y que de hecho queremos y realizamos la lucha común de los jóvenes socialistas y comunistas. La delegación de la Juventud Comunista, que el de la asamblea de la Juventud Socialista de Madrid preparatoria de vuestro V Congreso, llevaba proposiciones de acción común, especialmente en relación con la provocación de El Escorial, fue expulsada a empujones y golpes de la Casa del Pueblo. El hecho de que las conversaciones de hoy se desarrollen en este ambiente de cordialidad demuestra que ha dado un paso serio en el camino de quitar los obstáculos y limar las diferencias que por entonces llevaron a tratar de una manera tan absurda a la delegación de la Juventud Comunista, compuesta por cuatro jóvenes, precisamente de la Unión General de Trabajadores.

Nosotros, al mismo tiempo que declaramos mantener íntegros nuestros puntos de vista en las cuestiones de principio, al hacer las concesiones que os proponemos, de concertarse la acción común, a las cuales estamos dispuestos a añadir otras en beneficio de la unidad de lucha de los jóvenes comunistas y socialistas, demostraremos nuestra sincera voluntad de llegar a la realización de un frente único. Por esto os proponemos además la organización en común de las milicias y lucha por una unificación del movimiento sindical, que, por su profunda división, es una de las necesidades más importantes del momento.

A continuación interviene Zapiráin. Vosotros —comienza— calificasteis de reformistas nuestras proposiciones de acciones concretas inmediatas. Pero nosotros afirmamos que si los jóvenes obreros y campesinos no piensan igual, ni pueden considerar los campesinos [¿?] que luchan por su libertad sea reformista. Cuando la prensa obrera es recogida y denunciada, y ello impide que los obreros puedan leerla, ellos han organizado la protesta por ejemplo, en las minas de Asturias, lo cual es el mejor ejemplo de que ellos no consideran reformistas el luchar por la libertad de la prensa obrera.

Nosotros decimos que las luchas parciales por reivindicaciones inmediatas, siendo dirigidas revolucionariamente, elevan el espíritu de lucha, y las mismas luchas, a grandes batallas de clase. El conflicto de los gráficos de Madrid pudo, de haberse organizado la solidaridad entre el resto de los trabajadores, haber sido una victoria enorme.

La misma huelga de los campesinos, de haberse organizado la solidaridad en un plano nacional, por el proletariado industrial, hubiera aumentado enormemente su importancia, ya considerable de por sí. Si no se llegó en esta huelga a formar los soviets es porque vosotros lucháis contra ellos y obstaculizáis su formación.

Las luchas inmediatas de los obreros elevan su propia conciencia de Poder y, además, es un serio golpe que asestan a los enemigos de clase. Cuando los trabajadores consiguieron, por medio de la lucha, hacer fracasar la gran provocación de El Escorial, consiguen no sólo elevar su moral y su espíritu combativo, sino crear un fuerte golpe a la contrarrevolución.

Cuando estamos en presencia de grandes luchas, como son las de los mineros, de los metalúrgicos de Madrid; cuando luchan los obreros de la construcción, no puede decirse honradamente que estas luchas son reformistas.

La derrota de los obreros en estas luchas parciales, que no son, desde luego, la insurrección, desmoraliza a éstos y les hace perder la conciencia de su fuerza, y son fuerzas más difíciles de movilizar para la lucha. Tenemos el ejemplo de Austria, donde los obreros gráficos de Viena y los ferroviarios, como consecuencia de haber perdido varias huelgas, que también allí eran consideradas por los socialistas como reformistas, cuando los obreros tomaron las armas y declararon la huelga insurreccional, los periódicos publicaban las infamias que dictaba Dollfuss, y los trenes transportaban las tropas represivas a lo largo del país.

Por ello insistimos en que en las luchas dirigidas de forma revolucionaria, por las conquistas de nuevas posiciones para los obreros asestando golpe tras golpe a nuestros enemigos de clase, preparamos a las masas para la lucha por el Poder. Pero ello requiere la organización de los órganos correspondientes, como son los Comités de frente único y los Soviets.

Nosotros hemos luchado desde hace bastante tiempo por la unificación de los trabajadores en una sola central sindical. Ello ha sido calificado por vosotros de maniobra comunista.

Hoy estamos en presencia de una brutal ofensiva de la patronal y de la burguesía, que, apoyadas en el Gobierno, quieren reforzar enormemente la explotación de los trabajadores.

Tenemos en Asturias que se prepara una nueva movilización para los mineros. Tenemos también los intentos de militarización de los obreros de las fábricas de guerra. Tenemos también el problema de los despedidos, que cada día es más agudizado. En general, todos los trabajadores desean una unificación, y es en estos momentos cuando ella se impone sobre una base de lucha revolucionaria contra estos animales planes del Gobierno y de la burguesía.

Por esto, nosotros proponemos que los Sindicatos, especialmente en Asturias y donde se manifiesta con mayor fuerza la ofensiva de la burguesía, se celebren

conjuntamente reuniones para discutir y adoptar formulaciones concretas de lucha.

Carrillo interviene para decir que hay una desviación del problema que produce la sensación de que se buscan plataformas verbales en la reunión para después, apoyados en ellas, justificarse ante las Juventudes y proceder contra nosotros. En complicar la cuestión central con problemas que no le afectan.

Rozado dice que, a su juicio los problemas planteados guardan relación con el problema central.

Poncela interviene para decir que la ordenación entre los problemas existentes, naturalmente; pero que así puede llegarse sin esfuerzo a la exégesis de *El Capital*, puesto que todo afecta a la revolución proletaria. Pero lo que a nosotros nos interesa es la unidad juvenil en concreto.

Continúa Zapiráin, señalando que en los momentos actuales el hecho de que Banca y Bolsa y Pintores y Electricistas de Madrid y Sindicatos comunistas son síntomas que debilitan las fuerzas del proletariado y favorecen los ataques y la ofensiva de la burguesía. Igualmente, cuando se prepara la militarización de los obreros de producción de guerra y se expulsan de la Unión General de Trabajadores al sindicato de Trubia es un serio golpe que se asesta a las fuerzas revolucionarias y una brecha que se abre en la fuerzas del proletariado.

Nosotros creemos, por el contrario, que lejos de dividir el movimiento revolucionario, se debe ir de forma inmediata a la unificación ante la lucha en cada localidad. Es así como uniremos a los jóvenes trabajadores.

También creemos que hay que apoyar las reivindicaciones de la juventud en cada lucha y facilitar la atracción de los jóvenes a los Sindicatos, dándoles plenitud de derechos y evitando lo que actualmente ocurre, que se les restringe y se les quita el derecho al ingreso en los Sindicatos, hasta una determinada edad, aun cuando muchos antes están siendo objeto de la más brutal explotación.

Nosotros decimos: «La Alianza Obrera? ¡No! Ella ha frenado las luchas huelguísticas. Ella no puede ser *órgano de Poder* y no ha sido formada en ningún sitio de consentimiento de los obreros, a los cuales no se les ha consultado sobre el particular».

Nosotros decimos: Con la experiencia de la revolución rusa, con el triunfo de los soviets en Rusia y en China, que los soviets son los órganos que garantizan la lucha por el Poder y el mantenimiento del mismo. Ellos son la fiel expresión de la democracia proletaria. El Poder soviético ha triunfado en Rusia y China y triunfará también en España.

Habla finalmente el camarada Rozado. Empieza diciendo que no le parece justo lo que el camarada Carrillo, al dar comienzo la discusión, dijo como observación, o sea que por nuestra parte se tratase de reducir al máximum las intervenciones,

impidiendo que en la exposición haya mucha literatura y que se precisen cuestiones literarias y que se precisen concretamente las ideas.

Nosotros —dice— afirmamos, y estamos dispuestos a discutirlo, que ni en nuestras intervenciones de la primera reunión, ni las hechas hasta ahora aquí, no hacemos más que plantear los problemas que interesan a la revolución, y hacemos constar que nuestras intervenciones no es la literatura lo que nos interesa, sino el dejar debidamente sentada nuestra posición.

También estimo que cuando se trata de exponer los problemas que interesan a la preparación de las luchas inmediatas y a la lucha por el Poder, no hay ni ha habido, para nosotros, cuestión de habilidades dialécticas; nosotros tampoco podemos restringirsenos nuestra exposición de problemas. Vosotros tenéis el mismo derecho, y, además, con la ventaja de intervenir los últimos para poder responder a lo que nosotros planteamos.

El problema de exponer con toda claridad las cuestiones de la organización de las masas para la lucha por el Poder no puede ser una cuestión de más o menos [¿?] puesto que cada delegación debe reflejar, como [¿?] cuanto sea, su verdadera posición.

¿Qué tenemos hoy en el transcurso de la primera conversación a la segunda que ahora celebramos? En primer lugar, vemos que, consecuencia de nuestra primera discusión, la prensa burguesa más reaccionaria ha dedicado las columnas de sus editoriales a toda la burguesía haciéndoles ver lo que significaría un concierto de unidad de acción entre los obreros comunistas y socialistas, señalando lo que para sus privilegios tal cuestión representaría. *El Debate* y *La Nación* ponen el grito en el cielo para que los instrumentos represivos del Estado burgués tomen cuantas medidas puedan para impedir esta unidad de acción inmediata. Tenemos también que la publicación de las notas que expresan el carácter y contenido de nuestra discusión ha levantado una ola de interés inmenso, mayor aún que la que antaño había en torno a esta discusión. Millones de jóvenes trabajadores, socialistas, comunistas y en general siguen con enorme interés y discuten estas conversaciones nuestras sobre la unidad de acción.

Por otro lado, tenemos la suspensión inmediatamente después terminadas nuestras conversaciones anteriores, tanto de la campaña contra la guerra y el fascismo, en la semana del 29 de junio al 5 de julio, como la movilización del día 1 de agosto.

¿Por qué Salazar Alonso ha decretado la prohibición de toda actividad en este sentido? Porque esto significaría la posibilidad de lucha común en tal día comportada, que representa una lucha que acarrearía una victoria indudable para las masas trabajadoras sobre la reacción y el fascismo y los preparadores de guerra.

También hay, como un hecho de gran importancia internacional, la reunión común verificada hace dos días, el 29 de julio, entre los trabajadores socialistas y

comunistas franceses que han marchado unidos en París, en número de 20.000, en el aniversario de la muerte de Jaurès y contra la guerra y el fascismo.

Pero contamos en vosotros mismos también con algunas otras cosas. Por ejemplo, la publicación de la resolución de vuestra Ejecutiva, en RENOVACIÓN, en la cual dais instrucciones a vuestras organizaciones públicamente, para que en la acción contra el fascismo conciertan acciones con nosotros y con las demás organizaciones de jóvenes. Sin duda alguna, esto nosotros lo consideramos como una consecuencia de nuestro planteamiento de los problemas en las conversaciones del primer día.

Pero frente a esta vuestra resolución existe el contraste de dos cuestiones: Primera. El hecho de que dos días antes de nuestra primera reunión, el Congreso de la Juventud Socialista de Jaén, el camarada Carrillo contestó a una proposición hecha por una delegación juvenil comunista en el Congreso de los jóvenes socialistas para la unidad de acción de los jóvenes socialistas y comunistas, que por en Madrid se estaba discutiendo el problema nacionalmente y de allí partían las consignas, prueba que, si bien por un lado decís que hay concierto para la acción común, en otro sentido impedís, cuando nos estamos ya proponiendo concretamente que se realice. Segunda. Tenemos también el ejemplo de Madrid. Al día siguiente de terminar nuestras conversaciones la Juventud Comunista de Madrid dirigió una carta a la Juventud Socialista proponiéndole la organización común de la lucha ante el 1 de agosto. Hasta hoy la Juventud Socialista de Madrid no ha respondido satisfactoriament nada y sólo diciendo que como sus reuniones normales no son los miércoles, hasta entonces no podrá nuestra proposición tenerse en cuenta. O sea, cuando la jornada de lucha ya ha pasado.

Y, por último, con una variación, aunque ligera, la posición adoptada por vosotros en la primera conversación sobre el problema de los Soviets. Ayer, cuando la conversación, Carrillo se expresaba abiertamente contra los Soviets como órganos ineficaces y sin tradición en las masas en el país. Ahora, el mismo Carrillo en su interviú en *Mundo Obrero*, habla de «que, desde luego, son precisos unos órganos de lucha por el Poder y que los Soviets es cuestión de falta de tiempo». O sea: frente a la primera respuesta de rechazo total, ahora hay una posición diferente, de cierta vacilación ante este problema.

Nosotros tenemos interés en responder, dejándolas debidamente aclaradas, a algunas de vuestras afirmaciones. En primer lugar, vosotros decís constantemente que el Frente Único es una necesidad de la maduración de las circunstancias revolucionarias. O sea, que la necesidad hoy del Frente Único es claramente para hacer la insurrección. Nosotros debemos decir con toda firmeza que el frente único es solamente para hacer la maduración de las circunstancias revolucionarias, sino una necesidad en todo momento de los trabajadores [¿?] para reivindicaciones de orden inmediato como para la preparación de batallas decididas por el Poder a través de sus órganos de lucha adecuada. Nosotros decimos que los órganos de lucha para la preparación de la insurrección son los Comités de fábrica y de campesinos y los Soviets. Conste, pues, que el frente único es y ha sido hasta ahora

para las batallas diarias, como en la etapa anterior, en la época republicanosocialista, para toda acción de los trabajadores, en la que hemos hecho infinidad de proposiciones para la lucha inmediata por el frente único. Nosotros, entonces como ahora, os hemos hecho infinidad de proposiciones para esta lucha inmediata bajo el signo del frente único.

(*Continuará en el número próximo.)*

Intervención del camarada Carrillo

Voy a plantear unas cuestiones previas. En primer lugar he de declarar que a nosotros nos ha parecido demagogia vuestra posición al decir en un artículo publicado en vuestro diario que no queríais perder el tiempo charlando. ¿Quién ha hablado más en nuestras reuniones? Si examinamos las actas veréis que nosotros nos hemos limitado a exponer nuestra posición y a rectificar los argumentos falsos por vosotros empleados.

Por otra parte, tenemos que manifestar que nos ha parecido difícil decir en *Mundo Obrero* que la Ejecutiva de las Juventudes no aceptaba las propuestas vuestras para una acción inmediata, cuando al día anterior habíamos acordado vosotros y nosotros, que las estudiaríamos y a la reunión de hoy traeríamos una respuesta.

Los Soviets no son una pieza del marxismo

Entrando ya en el fondo de la cuestión hemos podido comprobar que os encerráis en un círculo de contradicciones. Tan pronto declaráis que hacéis concesiones de vuestra táctica, en aras a la unidad de acción, como decís que la Tercera Internacional no ha rectificado en su apreciación que la unidad obrera [¿?] demuestra que no existen esas pretendidas concesiones por vuestra parte; porque, además, hemos de declarar que hasta ahora jamás habéis buscado con afán y con lealtad la unidad de acción con el resto del proletariado. Vuestra preocupación, a lo que se deduce de la intervención del camarada Rozado, no es compartir el control de la revolución con nosotros y las demás fracciones obreras, sino dirigirla plenamente. En cambio, nosotros no queremos pactar unidades para que vosotros, exclusivamente, las dirijáis; las pactamos para dirigirlas comúnmente con el resto de las fracciones que se quieran adherir.

¿Qué son los Soviets? ¿Es que los Soviets se encuentran en la teoría marxista como órganos inalterables? ¿Habló Carlos Marx alguna vez de los Soviets, a pesar de haber vivido la experiencia de la *Commune*? Los Soviets son organizaciones creadas en Rusia en el curso de una lucha con unos caracteres específicos bien delimitados. La organización ilegal en que el partido bolchevique y el movimiento obrero ruso se desenvolvieron implica la vida próspera de unos sindicatos profesionales. Por eso, en Rusia no llegaron a desarrollarse plenamente. Y el único

verdadero instrumento potente, como era el de los ferroviarios, estuvo en contra de Lenin, al lado de los mencheviques. ¿Cómo, pues, Lenin va a considerar como órganos de Poder a estos Sindicatos entregados al menchevismo? Tenía que acudir a los Soviets, en los cuales veía la posibilidad de alcanzar un predominio.

No existe la contradicción que vosotros pretendéis ver entre nuestras consignas y las que lanzamos con motivo de las últimas elecciones. Nosotros pedíamos todo el Poder para el Partido Socialista porque entonces todavía no se habían constituido las Alianzas Obreras. Ahora que lo están pedimos todo el Poder para ellas. Además, ¿con qué autoridad nos reprocháis esto? ¿se os ha olvidado que Lenin pidió al principio el Poder para los soviets y más tarde modificó la consigna en el sentido del Poder para los bolcheviques.

Mientras la idea de los Partidos que pactan para la unidad de acción, sea la de dirigir por sí, exclusivamente, la revolución proletaria, sólo podrá llegarse a una unidad para acciones parciales. Prueba de ello es lo ocurrido en Francia. Con nosotros, al grado de madurez a que han llegado las circunstancias políticas de nuestro país, eso no vale. Pactamos para organizar la revolución; no para que nos dirijan, sino para dirigir en común, a través de las organizaciones obreras que integran la Alianza. Y colocados ya en este terreno, nosotros podemos declarar que los conductores de las más importantes masas de la juventud trabajadora somos nosotros, las Juventudes Socialistas. Y el partido que con más autoridad puede arrogarse la dirección de la revolución social en España es el Partido Socialista, por su fuerza y por su autoridad ante las masas.

Vosotros os suponéis ante un 1905 ruso; nosotros afirmamos estar ante un octubre rojo

La diferencia fundamental entre vuestra posición y la nuestra es que vosotros planteáis la cuestión de las luchas parciales como si nos hallásemos ante un 1905 ruso. Nosotros, por el contrario, creemos que la situación española se identifica con un 1917. Por eso decimos que el proletariado está ya maduro y que no necesita elevar [ilegible] para la lucha revolucionaria con acciones parciales, que en todo caso delitarían su fuerza para la lucha definitiva. En vísperas de lo que nosotros consideramos un octubre de 1917 os decimos que las batallas parciales se asemejan a las jornadas de julio; que únicamente pueden ocasionar quebranto, planteándolas como objetivo primordial la clase trabajadora.

Vosotros afirmáis que los órganos de Poder se crean durante la lucha. Nosotros no decimos que surjan por generación espontánea; surgen, en efecto, durante la lucha. Pero en nuestro parecer las luchas se han realizado ya, y a través de ellas ha ido tomando cuerpo y personalidad el órgano de poder: las Alianzas Obreras. Estas son producto de la madurez de las circunstancias revolucionarias. Las luchas parciales, cuya etapa ha vencido ya, han provocado su nacimiento.

Hemos de deciros otra cosa. La prueba de que no planteáis el problema como si estuviéramos ante un octubre rojo y de que marcháis retrasados en la apreciación de las circunstancias revolucionarias es que en *Mundo Obrero* hace unos días lanzabais la consigna de la lucha a toda costa de las trincheras alcanzadas por el proletariado. Esto se identifica con la consigna que nosotros lanzamos hace un año: «Ni un paso atrás». Nosotros, que lanzamos esta consigna, consideramos que en los actuales momentos está superada. La única manera de defender las conquistas parciales de la clase obrera es llevarlas a sus consecuencias definitivas lanzándonos por el camino de la insurrección. Decía que faltan los campesinos y soldados en los Comités dirigentes de las Alianzas Obreras. Habréis de tener en cuenta una cosa: el ejército español no tiene, como el ruso en los comienzos de 1917, el peso de la derrota y no se encuentra en una situación de franca indisciplina, como éste, contra los Poderes constituidos, aunque nosotros reconocemos que el espíritu de los soldados es favorable a la insurrección. Por estas causas no es posible dar entrada, personalmente, a los Comités de soldados en las Alianzas Obreras. Sin embargo, esto no es obstáculo para interpelar el espíritu revolucionario de los soldados que esperan en los cuarteles la hora de la insurrección, cosa fácil, por otra parte, puesto que éstos no son otra cosa que obreros, y las Alianzas representan el sentir de la inmensa mayoría de la clase trabajadora. Sabiendo interpretar a la clase trabajadora les interpretamos a ellos.

Es falso que los campesinos no se hallen englobados en las Alianzas Obreras; están representados por medio de las organizaciones de la Unión General —a las cuales pertenecen ellos— allí donde estas se han constituido.

La consigna de los Soviets, falsa e ineficaz

Las Alianzas merecen, además, una garantía que no podrían menos que reconocer los Soviets, tal como los concebís. Los Soviets dan entrada a todos los obreros en sus deliberaciones y en su dirección, y todos tienen igual personalidad. Dadas las circunstancias de nuestro país, correríamos el peligro de que en algunas regiones el movimiento soviético estuviera dirigido por los obreros católicos, enemigos de la revolución, que están traicionando diariamente a sus hermanos de clase. ¿Es que vosotros queréis correr el peligro de que el movimiento revolucionario estuviera dirigido en algunas regiones de Vasconia por los Solidarios Vascos? Además, la realidad es que no cabe la posibilidad de una dirección democrática de los Soviets. En Rusia no representaban nada en cuanto se opusieran a las directrices del partido bolchevique. Los derechos democráticos de minoría de las masas no tienen valor frente a una realidad revolucionaria, porque mientras no se destruya totalmente al capitalismo, éste mantendrá una influencia, con su poder económico, sobre algunas capas de la clase obrera, con menos espíritu clasista. Nosotros entendemos que a esas capas no se les puede dar personalidad en los organismos revolucionarios. En el transcurso del periodo prerrevolucionario y luego a través de la dictadura del proletariado las concesiones democráticas serían suicidas. Lo

que hay que hacer, y nosotros lo hemos hecho, es interpretar el sentir revolucionario de las masas. Los trabajadores de nuestro país sienten las consignas del Partido Socialista; en cambio, no admiten los Soviets porque no tienen arraigo ni personalidad entre ellos. Lanzar ahora la consigna de los Soviets es retrasar la revolución, admitiendo que los Soviets pudieran ser un nuestro país, cosa que negamos. Sólo se puede lanzar esa consigna cuando, como hacéis vosotros, se considera que estamos ante un 1905 y no ante un octubre rojo. Por esta causa no hay contradicción entre lo dicho por mí en la reunión anterior y publicado en la entrevista de *Mundo Obrero*, sino que esto era el complemento de lo anterior. Si consideramos la situación como en 1905, podríamos lanzarnos a crear los Soviets, aunque a trueque de hipotecar la victoria de la revolución para muchos años. Nosotros no admitimos esto. Afirmamos que estamos ante el octubre rojo y que por ello no hay que ir a las masas con consignas de fondo reformista.

Las consignas comunistas tienen un fondo reformista que no aceptamos

Las acciones de lucha inmediato son necesarias; pero no hay que producirlas artificialmente. Esto es perder el tiempo y las energías estérilmente. Vuestras consignas de mejoras parciales son reformismo, puesto que son mejoras que se arrancan a la organización burguesa de la sociedad sin que esta sufra modificación en su estructura esencial. Por eso, vuestra posición política actual es una posición reformista. Y se da la paradoja de que cuando nosotros arrancábamos estas mejoras económicas, vosotros utilizabais plataformas maximalistas. Y ahora, cuando las posibilidades del reformismo se agotan y nosotros, el Partido y la Juventudes Socialistas, nos colocamos abiertamente en el terreno de la insurrección y de la dictadura proletaria, vosotros, el Partido y la Juventud Comunista, adoptáis la táctica por nosotros ya abandonada de la defensa de las conquistas que nosotros conseguimos para la clase trabajadora.

Veamos ahora vuestra consigna de movilización para el 1 de agosto. ¿Quién la ha lanzado? Exclusivamente la Internacional Comunista. Es, pues, un movimiento vuestro en el cual queréis enrolar a nuestra organización. Por otra parte, no tiene arraigo entre las masas de nuestro país. Además, lanzar a las masas, desarmadas, a que se manifiesten ese día contra los fusiles y las ametralladoras de la fuerza pública, sin un objetivo revolucionario inmediato y únicamente como manifestación platónica contra el fascismo, no es ganar una batalla al Estado capitalista, sino ofrecerle una víctima cruel sobre las masas a las que odia. Claramente os decimos que nosotros no damos órdenes para que las masas, desarmadas, salgan a la calle. Cuando nosotros ordenamos a nuestros camaradas que den la batalla a la fuerza pública, será con un objetivo revolucionario inmediato y con la preparación consiguiente. ¿Es que queréis que el 1 de agosto caigan obreros muertos por esas esgrimidas en vuestras propagandas? Nosotros creemos que las victorias aumentan la moral del proletariado; pero que las derrotas la disminuyen.

Y lanzar a las masas a la calle el 1 de agosto es llevarlas a una derrota segura, prevista de antemano.

Decíamos en la reunión anterior, y ahora repetimos, que la huelga general, ella sola, es un instrumento mellado para la clase obrera. En esto se hallan de acuerdo las dos Centrales sindicales más potentes de España: la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo. Tanto es así, que es posible que hoy la acción del 22 de abril, a pesar de su intensidad, no sirviera por sí sola para impedir la concentración de El Escorial y hubiera que acudir a otros medios. Ello es así porque luchamos contra un Poder dictatorial dispuesto a defender por todos los medios los privilegios capitalistas. La huelga general, que no vence a los Poderes públicos, puede ser en algunos períodos, como el actual, una revolución preventiva que aleje la posibilidad de la victoria proletaria. Esto es lo sucedido en España en agosto del 17, cuando la huelga general se desarrolló con gran virulencia, pero que por sí sola proporcionó una derrota al proletariado español. Caso parecido es el de la toma de las fábricas en Italia. De esto se desprende, y nosotros lo afirmamos, que la huelga general o cualquier otro tipo de acción sindical de gran envergadura no puede ser más que el complemento de la acción insurreccional de los cuadros armados del proletariado para la conquista del Poder. En ciertos períodos todo lo que cabe hacer es encauzar la energía del proletariado hacia ese objetivo.

Lo que el proletariado quiere es insurrección

Actualmente el proletariado no necesita curtirse para la batalla definitiva porque ya lo está. Y lo que pregunta es ¿cuándo se va a la insurrección? A nosotros, los jóvenes socialistas nos preguntan por la insurrección, y todavía no ha habido ninguno que nos pregunte por los subsidios y por el pan, así en abstracto, como lo planteáis vosotros. Saben que lograrla el pan cuando consigan el Poder. Si ven con curiosidad y con entusiasmo nuestras conversaciones es porque creían que vosotros ingresaríais en la Alianza Obrera, porque confiaban en que vosotros entraríais a tomar parte en el organismo de la revolución.

Si vosotros consideráis que no ha llegado el momento de plantear con actualidad el problema de la insurrección, decidlo. Ahora bien; nosotros consideramos que sí. Que ha llegado el momento de la insurrección, y tras de nosotros están integrándose nuestras masas. Sin embargo, las vuestras se sienten atraldas por nuestras Alianzas Obreras y tenéis que hacer llamadas a la disciplina para impedir su ingreso en ellas. Por esto no nos coacciona vuestra declaración de que todos hemos de enfrentarnos con las masas. Estamos dispuestos y así lo deseamos. Ahora bien: declaramos que por nuestra parte no saldrá ningún ataque violento contra vosotros y sí únicamente la crítica razonada de vuestra posición intransigente y la defensa de la nuestra, que es la que realmente persigue la unidad de acción.

Y prueba de que las masas están con nosotros es el aumento diario de nuestras Secciones, que paulatinamente van surgiendo en todos los puntos del país con una fuerza irresistible, enrolando lo mismo a los obreros industriales que a los campesinos; es el aumento de tirada de nuestra prensa; es la publicación de nuestra nueva revista *Espartaco*, acogida con verdadero entusiasmo por las masas juveniles, y la próxima aparición de un periódico de orientación de los pioneros socialistas que, con otras publicaciones que proyectamos, completará perfectamente nuestro aparato de propaganda.

Estamos seguros de que, obligados por las circunstancias, llegará un momento en que habréis de convenceros de la justicia de nuestra posición y reconocer que ha llegado el momento de la insurrección.

Ahora os pedimos que contestéis concretamente a esta pregunta:

¿NO CREÉIS QUE EL PROBLEMA DE LA INSURRECCIÓN ESTÁ A LA ORDEN DEL DÍA? ¿ESTIMÁIS AL PROLETARIADO MADURO PARA LA INSURRECCIÓN? ¿SI O NO?

Si es así, si vosotros creéis que no ha llegado el momento de la batalla definitiva, encontramos justificada vuestra negativa a ingresar en la Alianza Obrera. En el caso contrario, no nos podemos explicar vuestra posición. Aclararla para evitar las contradicciones en que reiteradamente habéis caído.

(Continúa en la página 3.)

Gráfica Socialista, San Bernardo, 38.

Continuación de las deliberaciones entre jóvenes socialistas y comunistas pro frente único

Renovación, 11 de agosto de 1934

(Continúa del pasado número de la intervención de Jesús Rozado)

En primer lugar, decís que la huelga general es un arma aislada para el proletariado en tanto éste no tenga como objetivo inmediato la toma del Poder. Nosotros declaramos que es falso. La huelga general es un instrumento formidable para las masas conseguir la victoria sobre los explotadores. Tenemos algunos ejemplos. ¿Qué hubiera ocurrido si en la huelga general nuestra consigna y proposiciones de declarar las huelgas de solidaridad de las ciudades industriales se hubiera puesto en práctica? ¿Qué hubiera ocurrido si en vez de vuestra actitud injusta de liquidar la huelga para plantearos como objetivo—deciáis—la libertad de los presos cuando la lucha era profunda en muchos sitios se hubiese llevado a efecto la huelga general solidaria? Sin la más mínima duda, se hubiera conseguido la victoria total de la huelga de los trabajadores del campo, se hubiera logrado la creación de los Soviets como órganos de lucha por el Poder y elevado fuertemente la moral de lucha de los campesinos.

¿Qué habéis prometido la Federación Española de la Tierra, el Partido Socialista y vosotros a los campesinos cuando se preparaba la lucha? Les decíais que esta lucha significaría ya la victoria sobre la burguesía; poco menos que la revolución ¿Y en qué pudieran estas promesas a los campesinos? En impedir que pro medio de la huelga general solidaria ellos pudiesen alcanzar su mejoras de orden inmediato y crear las condiciones para los combates decisivos.

Lo mismo sucede con la huelga de artes gráficas. ¿Es que si en solidaridad con los gráficos, por su conflicto, que era contra el despido de un obrero, como medida fascista del ABC, se hubiese levantado todo el proletariado de Madrid, los gráficos no habrían alcanzado una gran victoria? ¿Es que la huelga general iba a ser, siquiera esto pensarse, una arma mellada cuando no llevase el objetivo inmediato y base de su declaración, la toma del Poder? Nosotros repetimos que es falso, que la huelga general, cuando los gráficos se hubiese realizado como nosotros proponíamos insistentemente, ella hubiera dado un empuje enorme al movimiento revolucionario, alcanzando una gran victoria éste sobre la burguesía. La causa de que no fuese así es culpa de la actitud mantenida por el Partido Socialista, y vosotros que hablabais de reservar las energías del proletariado para la lucha final cuando los trabajadores gráficos libraban una heroica batalla y podía esta ser conducida al triunfo.

Con estos hechos dejamos sentado que no admitimos ni es justificada vuestra calificación de que la huelga general es un arma mellada. Es falso.

En tercer lugar, afirmabais y sostenéis que las batallas parciales significan una posición de reformismo. Nosotros decimos a vosotros: ¿es reformismo el solo hecho de la lucha, y más aún la lucha que persigue objetivos bien definidos y la organización del frente único para la lucha misma como base del triunfo es absolutamente inexacto. La lucha por mejorar las condiciones de salario en una Empresa, la lucha contra los despidos, la lucha por consignas determinadas, de acción contra la reacción, el fascismo y la guerra son acciones de reformismo. Son acciones sobre la base de las cuales el proletariado y todas las masas laboriosas se curten en las luchas mismas, fortalecen su moral revolucionaria cuando no son traicionadas por sus dirigentes y preparan —insistimos— las acciones decisivas, ideológica y orgánicamente, para la lucha por el Poder.

Reformismo es frenar, máximo en una situación revolucionaria como la de España ante toda la ofensiva que organiza la burguesía, las acciones cotidianas de las masas; es hacer lo que la burguesía misma pide. La prensa burguesa, los representantes de las fuerzas más reaccionarias —*El Debate*, *La Nación*—, ¿qué es lo que gritan como desesperados, constantemente, cuando proclaman el caos, la ruina de la economía, el desorden social, etc.? Gritan medidas que terminan con las huelgas incesantes, que dicen destruyen todas las bases de la economía. Vuestra calificación de que las luchas parciales entrañan una actitud reformista, aludiendo que no podemos ir a ellas porque hoy esta etapa ha pasado y sería retroceder en vez de avanzar, es una apreciación completamente inexacta. Es sólo a través de las batallas parciales como se consigue la victoria para los obreros, campesinos y soldados. Decir lo contrario es tratar de hacer creer a las masas una cosa que no es lo que a ella beneficia en sus deseos revolucionarios.

Vosotros afirmabais también en la primera reunión que el proletariado quiere batirse definitivamente, que está cansado de escaramuzas que no hay que conducirle a la derrota. Nosotros os decimos que solo el proletariado puede cansarse cuando en las luchas por objetivos inmediatos es impedido su triunfo, cuando quienes lo han dirigido han impedido que él saliera triunfante de la lucha.

Reformismo, pues, no es el desencadenamiento de las batallas parciales, sino, por el contrario, el paralizar los deseos de lucha de las masas y enervar las energías para la lucha final.

Cuando vosotros decís que el proletariado quiere batirse definitivamente, nosotros insistimos: ¡Sí!; pero sin los órganos auténticos del Poder no hay intervención posible.

La base de nuestras proposiciones para la unidad de acción era la organización común de la lucha para el 1 de agosto, para la campaña por la defensa de la prensa obrera, para la libertad de los presos, para la lucha por la salvación de Thaelmann y otras más. Estas resoluciones no tenían un carácter totalista de condición sine qua non para la unidad de acción. Ellas eran susceptibles, discutiendo una a una si preciso fuera, de modificación, de retirar unas e incluso de agregar aquellas que

vosotros propusieseis y discutiéramos. En nuestra proposición, tenéis presente que no os exigíamos como condición el reconocimiento de los Comités de fábrica y de campesinos. Nosotros no os las proponíamos para la unidad de acción bajo una plataforma común concreta, y porque el hacerlas una tal proposición sabíamos que sería tener de principio una barrera que iba a impedir la unidad de acción de los obreros socialistas y comunistas.

¿Qué significaría el desencadenamiento de estas acciones comunes por tales objetivos en los momentos actuales? ¿Qué representaría la lucha unida de los jóvenes socialistas y comunistas y los demás el 1 de agosto? Sin la más mínima duda, infligir un golpe certero a los peligros de guerra y de fascismo, dar la sensación auténtica a los preparadores de la guerra y del fascismo de que los trabajadores están dispuestos a alzarse contra ello. ¿Qué significaría la lucha común por la defensa y venta en masa de la prensa perseguida —RENOVACION, *Juventud Roja*—? Significaría que todas las medidas dictadas por Salazar Alonso no servirían para nada, porque ellas serían arrolladas por la fuerza de la lucha común de los jóvenes trabajadores socialistas, comunistas y de otras tendencias que marcharían a nuestro lado. ¿Qué significaría la acción de masa de la juventud en todo el país para la lucha por la libertad de los millares de presos proletarios y campesinos? Traería como resultado indudable que la fuerza invencible de los trabajadores puesta en acción arrancaría, sin la menor duda, a nuestros compañeros de las cárceles y los incorporaría a la lucha activa por la revolución obrera y campesina. ¿Qué significaría la movilización común por la salvación del camarada Thaelmann? Representaría también que la presión enorme de la propia lucha de los trabajadores españoles unidos reforzaría la acción de los explotados de todo el mundo, atacaría directamente al fascismo alemán y arrancaría al heroico jefe revolucionario del peligro que corre en manos del fascismo.

Cada una de estas acciones comunes inmediatas por nosotros propuestas, al ser verificadas, como también las luchas de orden reivindicativo económico, fortalecería la moral revolucionaria, mucho más de lo existente, de las masas y crearía de hecho las condiciones y los órganos para la lucha por las batallas decisivas de los trabajadores que culmina en la insurrección. Frente a estas proposiciones tan necesarias para la acción inmediata y a nuestra proposición de discusión vosotros respondéis: «Condición indispensable, *Alianza Obrera*; objetivo inmediato, *insurrección*.»

He ahí toda la respuesta concreta que vosotros hacéis a nuestras proposiciones.

¿Qué es lo que nosotros vemos que se pretende por vuestra parte? Queréis aparecer como los verdaderos campeones en la lucha por el Poder. Pero es completamente inexacto. Utilizando la palabra «insurrección» en todos los sentidos, pretendéis consolidar esta creencia en las masas. Pero los trabajadores, los jóvenes obreros socialistas y demás, no podrán —pese a su incomprensión grande de los problemas de la organización de la revolución— llegar a tener una certeza en tal cuestión. A pesar de que la insuficiente comprensión política les impida tener una visión

suficiente de lo que es la lucha por el Poder, nosotros haremos comprender a los jóvenes trabajadores cómo vuestra actitud, pese a las palabras de insurrección, no conduce a la toma del Poder, sino que esta cuestión es un problema de organización fundamental de los Comités de fábrica y de campesinos, base de los Soviets.

Nosotros no estamos dispuestos a hacer la más leve concesión de principio. Los Soviets significan una cuestión de principio fundamental para la lucha victoriosa por el Poder para la clase obrera, campesinos y soldados.

Nosotros afirmamos, insistimos más aún, de nuevo aquí que la Alianza Obrera no es ninguna esperanza segura para los trabajadores, ninguna garantía que pueda ser para ellos una seguridad de conquistar el Poder. Los trabajadores mismos que vosotros afirmáis constantemente que están dentro de la tal Alianza no la conocen, ya que ni siquiera se les ha consultado su propia opinión sobre ella.

El camarada Poncela, en su artículo del domingo en «El Socialista», recoge una afirmación mía, hecha en la última conversación, de una manera no justa. Es lo que se refiere a la democracia en la Alianza Obrera. Nosotros no decimos que el obstáculo para nuestro ingreso en la Alianza Obrera sea el hecho de que el Partido Socialista tenga la hegemonía en la dirección. No. Contra la Alianza Obrera tenemos toda una serie de razones, y diferentes veces expuestas. Pero lo que nosotros decimos era, y lo repetimos, que en la Alianza Obrera, no exite la democracia en la discusión de los trabajadores de los sindicatos.

Nosotros afirmamos que el problema de la revolución es un problema de todos los trabajadores, y que éstos tienen que discutir en los propios lugares de trabajo, donde se discuten los órganos de lucha, los problemas de la organización de la insurrección y de todo lo que se relaciona con la lucha por el Poder.

Os repetimos: en los problemas de principio no estamos dispuestos a la concesión más mínima; íntegramentelos mantenemos. La cuestión de los Soviets es la cuestión de la verdadera garantía de la revolución. Sin Soviets no habrá victoria posible. Los Soviets, por encima de todo, ya que ellos representan la única forma de lucha por el Poder y de Poder de los trabajadores, del Poder de los obreros, campesinos y soldados.

Una otra manera de querer plantear la cuestión, a pesar de las palabras de «insurrección», es querer engañar a los trabajadores y distraerles del verdadero camino que conduce a su victoria definitiva.

Carrillo dice que la cuestión de los Soviets es cuestión de tiempo. Que en la situación del país, extremadamente revolucionaria, no hay tiempo. ¿Y qué es la huelga campesina? ¿Es que en su posición haber sido constituidos los Soviets si no hubiese sido vuestra posición respecto a nuestras proposiciones?...

Además, el problema de la revolución, de asegurar su victoria no es una cuestión de mayor o menor espacio de días, es un problema de organización, y sin esto la misma no será posible.

La cuestión real es que vosotros no tenéis una tesis ni una posición de principio sobre el problema de los órganos de Poder. Por ejemplo, primero hablabais de todo el Poder al Partido Socialista, sin explicar los procedimientos de lucha; ahora habláis de la Alianza Obrera como órganos de Poder; pero vacilando también cuando se plantea el problema de lo que es la organización de la revolución.

Vosotros afirmáis que nuestras posiciones tienen un sentido detallista. ¿A qué llamáis vosotros detalle? Precisamente a lo que constituye el gran detalle en lo que se refiere a los problemas de cómo preparar y garantizar la victoria de la misma. Llamáis detalle a los Comités de fábrica y de los campesinos, e igualmente decís de los Soviets. Pero ¿cómo podéis decir que constituye problema de detalle aquello sin lo cual es una falsedad hablar de la insurrección?

Hay otra cuestión muy importante en todo el planteamiento de los problemas por vosotros. En vuestras intervenciones, cuando exponéis, os referís a la lucha por el Poder, como si la juventud fuese el dirigente de esta lucha. O sea que tratáis de plantear la cuestión como que la dirección de la revolución, en vuestra forma confusa y falta de principio, incumbe a los jóvenes. Nosotros la reputamos como totalmente falsa. La dirección de la revolución es incumbencia del partido proletario que lleva a las masas y plasma en hechos las directrices reales de la organización de la insurrección y de la lucha por el Poder. La juventud si de sí es todo momento el mejor aliado de los adultos, lo mismo que toda la juventud en general será el mejor colaborador del proletariado, la fuerza hegemónica directora entre toda la masa, en la gran tarea de la lucha por derribar el orden burgués.

Nosotros, en toda nuestra actividad, señalamos entre la juventud la línea de nuestro Partido, considerándolo como el auténtico Partido proletario revolucionario que dirigirá a las masas a la toma del Poder.

Sin embargo, en vosotros hay una diferencia total en esta cuestión. Por eso nosotros queremos aclarar que la revolución victoriosa no es en el aspecto de su dirección incumbencia de la juventud, sino de la dirección del Partido proletario.

Los representantes de las fracciones políticas proletarias expresan su confianza en las Alianzas Obreras. Diversas preguntas hechas a trotskistas, a la Federación Tabaquera, a los obreros en las fábricas, a los representantes de la U. G. T.

Renovación, 1 de septiembre de 1934

Todos coinciden en afirmar que las Alianzas Obreras son los órganos de la revolución.

La opinión de Rafael Henche, secretario general del Sindicato de Artes Blancas y representante de la Junta administrativa de la Casa del Pueblo en la Alianza Obrera

Acudimos a la Casa del Pueblo, y en la Secretaría 15 nos encontramos al camarada Rafael Henche. Su mesa contiene gran número de papeles, carpetas, periódicos, etc.; varios compañeros esperan ser atendidos en los asuntos de la organización. Hace un paréntesis, cuando logramos que nos haga las manifestaciones que a continuación insertamos.

—¿Cree que lo llamado por los comunistas «bases» se encuentra prácticamente de acuerdo?

—Sin duda ninguna. La clase trabajadora siente la necesidad del acercamiento.

—¿Admite, como órganos de frente único, los Comités de fábrica, taller, etcétera?

—Pero, ¿qué es eso? —me pregunta extrañado—. Para mí —continúa— no hay más órganos de frente único que las Alianzas Obreras. Yo no admito, de ninguna de las formas, esos Comités de fábrica, pues lo que con ellos se hace es mermar en un todo la potencia y autoridad de los Sindicatos.

Lo que sí se debe tener, al igual que el Sindicato de Artes Blancas, son los delegados de taller, por cada Sección, para los asuntos que puedan plantearse en las fábricas; pero siempre respondiendo a la línea de conducta que el Sindicato les marque. ¿Comités de fábrica, para qué? ¿Para dar representación a los sin partido y a los sin central sindical? No transijo con los sin partido y sin organización sindical. En la hora presente no se puede estar en esas condiciones. No se puede permanecer al margen de las organizaciones. Para mí estos elementos son los clásicos «recursos», que esperan que con la fuerza del Sindicato se consigan las mejoras para que ellos, sin exponerse a ningún riesgo, las disfruten. A estos elementos yo no les concedo carta de naturaleza para nada.

Pero, por otra parte, estimo yo que la posición de los comunistas es idéntica a la que adoptaron los patronos de la panadería cuando se constituyó el Comité paritario del ramo, que creyeron, y afirmaron, que el nacimiento de este organismo les iba a eximir de tratar con vuestro sindicato en los conflictos que se plnatearan. Tanto es así, que afirmaron de una manera categórica: «Hemos acabado de hacer contratos con el Sindicato precisamente por esto, recordara —que dice—. el Sindicato impuso que fuera discutido el mismo contrato de trabajo directamente con la clase patronal.

Creo que los Comités de fábrica son organismos que perturban seriamente la vida de las organizaciones.

—¿Sobre qué objetivos cree se debe llegar al frente único? ¿Es posible que los órganos de frente único —que se llaman Alianzas o de otra forma cualquiera— deben luchar por las mejoras parciales?

—Aun en las peores condiciones por que atraviesa nuestro país, es posible llegar a la unificación del proletariado para luchar por conquistas parciales; quien adopte esta posición es francamente reformista. Yo, que siempre he sentido la necesidad de unificar las fuerzas del proletariado, cuando iniciamos las gestiones para constituir la Alianza Obrera en Madrid señalé mi posición en el sentido de que los movimientos parciales perjudican y desgastan a las organizaciones sindicales y a las fracciones políticas del proletariado, interesando, sin embargo, al Poder público.

A propósito de esto, he de recordarte —dice— el movimiento de 1917, que por una provocación, para reprimirlo más tarde, de Sánchez Guerra, tuvimos que anticipar el movimiento.

Los órganos de frente único no pueden crearse para luchar por mejoras parciales. Para la lucha diaria está el Sindicato. Si la Alianza Obrera se empleara para esto sería un suicidio, pues el proletariado tendría que enfrentarse a la conquista del Poder.

Esto no quiere decir que si surge una lucha de tal envergadura como la de Metalúrgicos de Madrid intervenga la Alianza, como lo hizo en ésta, y que se llegue al extremo preciso. Entonces se lanzó un manifiesto solicitando ayuda económica del resto de los trabajadores; mañana puede ser otra la forma en que se manifieste.

—¿Qué criterio le merece la posición de las Juventudes Socialistas en las conversaciones que han sostenido con la delegación de las Juventudes Comunistas?

—La posición adoptada por las Juventudes Socialistas creo que es la única que debe tomar cualquier fracción política o sindical del proletariado. Quien se ponga frente a ella es enemigo del frente único.

Quiero manifestarte con esto mi absoluta identificación con la posición por vosotros adoptada.

Ponemos punto final a nuestra conversación, continuando el camarada Henche en su trabajo de Secretaría, al que restamos un tiempo necesario a su labor.

Obreros y obreras de la Perfumería Gal, identificados con las Juventudes Socialistas

Cuartillas, lápiz y fotógrafo son elementos indispensables para capturar la opinión de los obreros de las fábricas y talleres.

Suena el toque ronco de una sirena que indica la hora de abandonar el trabajo. Una centena de trabajadores invade la plaza de la Moncloa. Disponemos nuestro amigo a tirar unas placas, mientras los delegados de taller se dedican a realizar la cotización de su Asociación sindical.

Muchas mujeres, jóvenes en su mayoría, que con gesto de curiosidad inquieren la procedencia de esta inesperada visita. Nuestro reportero responde: «Somos de RENOVACIÓN.» «Esto es lo nuestro», dicen, y se disponen a saludarnos con el puño en alto.

—¿Cómo dirigiremos las preguntas en hora tan intempestiva, de forma que no perjudiquemos a estos compañeros? —nos preguntamos—. Al fin nos decidimos y solicitamos la respuesta de los trabajadores.

—¿Conoce las convenciones sostenidas por las delegaciones de las Juventudes Comunista y Socialista?

—Sí, las leí con todo detenimiento.

—¿Qué concepto tiene de una y otra posición?

—Estimo, aun cuando no pertenezco a ninguna de las fracciones que han intervenido, que la posición más firme corresponde a la adoptada por la delegación de las Juventudes Socialistas, que han sabido interpretar el sentir de la clase trabajadora.

—Una última pregunta, compañera: ¿Cree que en los momentos actuales es conveniente invertir el tiempo en luchas parciales?

—No. A mi juicio —dijo—, pienso que es completamente indispensable disponerse a conquistar el Poder por el único medio posible: por la revolución.

Con un pie en el tranvía, nos encuadramos mientras digamos en las columnas de RENOVACIÓN que les agrada extraordinariamente lo que en ella decimos.

*

El grupo de trabajadores, a los que pedimos igualmente su opinión, nos hace idénticas manifestaciones, agregando a preguntas nuestras:

—Estimamos que la posición del partido comunista es completamente suicida. Está bien claro que no quieren el frente único, pues si lo desearan no injuriarían a las demás fracciones del proletariado.

Las compañeras se despiden de nosotros con el puño en alto y nos felicitan por la posición adoptada por RENOVACIÓN.

El criterio del secretario de la Federación Tabaquera Española

En una de las calles más populosas de Madrid, la de Embajadores, se encuentra domiciliada la Federación Tabacalera. Acudimos al local; conversamos en la magnífica biblioteca que esta entidad tiene establecida; con gesto firme nos contesta a nuestras preguntas, interpretando, dice, el sentir del Comité ejecutivo.

—¿Órganos de frente único? ¿Comités de fábrica? ¿Alianza Obrera? ¿Objetivo de los órganos de frente único? ¿Conquista del Poder? ¿Luchas parciales?

—Atendiéndonos a la estructura de nuestra Federación, constituida por Secretariados nacionales y Secciones, con sus Comités de taller y de fábrica correspondientes, observando en sus decisiones la más amplia democracia, consideraríamos hecho el frente proletario por la base y por las federaciones de industria se incorporaran a la Alianza Obrera.

A nuestro juicio, lo que más urge en los presentes momentos es la constitución de la Alianza Obrera nacional, designando un Comité central y los Comités locales correspondientes. Sería entonces cuando a las masas obreras de todas las tendencias les [resultaría] el organismo capaz de efectuar un movimiento por la conquista del Poder, principal objetivo de la Alianza Obrera, a la vez que serviría para mantener las conquistas alcanzadas.

Como objetivo primordial de la Alianza Obrera consideramos la conquista del Poder por y para el proletariado.

El camarada Fersen, por la izquierda comunista, responde a nuestras preguntas

Amablemente nos recibe el camarada Fersen, el que con firmeza contesta a las preguntas que le dirigimos. Nos emite, dice, el pensamiento de la fracción a la que pertenece.

—¿Usurpan las Alianzas Obreras la voluntad de la clase trabajadora desde el momento en que ésta no ha sido consultada para su formación?

—Las Alianzas están formadas por delegados de las organizaciones que las integran. Por esta razón, se puede decir —y se dice— que constituyen un frente único burocrático y no democrático. Pero no es justo decir esto en la fase actual del movimiento obrero. ¿Qué se debería hacer a juicio de los disidentes? Consultar a los trabajadores. ¿Y dónde están los trabajadores? En las organizaciones; esto es, en los Sindicatos y en los partidos. Fuera de estas organizaciones no hay nada. Todo en que se afirma que hay además de los Sindicatos y los partidos —Comités de fábrica, de taller, etc.— son pura ficción. Cada cual puede exigir en su propia organización cuentas sobre la Alianza y luchar porque prevalezca el criterio que tenga. Pero todo esto ha de hacerse sin tratar de oponer a la base de organización actual una base de organización inexistente.

El confuso ruido plebiscitario con que pretenden los stalinianos reflejar la opinión de la clase obrera no se puede tomar en serio. Hoy aparecen la fotografía y las declaraciones de dos obreros de la Unión General de Trabajadores; mañana, las de «un grupo de compañeros de la fábrica Floralia», y pasado mañana, las de «un joven sin partido de Salvatierra de Miño». Eso no refleja la opinión obrera ni nada.

—¿Alianzas Obreras o Soviets para el frente único?

—Los Soviets han sido la forma más democrática y más perfecta del frente único. Los obreros, por fábricas o por barriadas, elegían sus delegados, y éstos se reunían, constituyendo el Soviet, donde, naturalmente, la hegemonía correspondía al partido que hubiera obtenido mayor número de delegados. Los Soviets se constituyen mediante un sufragio estrictamente obrero, que da a cada tantos obreros el derecho a elegir un delegado.

En Rusia ha sido fácil, incluso casi inevitable, la formación de Soviets, porque no había organizaciones de masas, y hubo que improvisar este tipo de organización para hacer frente a los acontecimientos. Pero es completamente ingenuo suponer que en España, donde existen poderosas organizaciones que tienen bajo su disciplina a grandes masas, van a renunciar al control de su propio movimiento para crear otra base de lucha. Guste o no guste, ése es un hecho del cual hay que partir. Por eso es lógico que el frente único en nuestro país haya comenzado por un pacto entre organizaciones.

—¿Cuál es la misión de las Alianzas, la preparación de la insurrección o las luchas parciales?

—A nuestro juicio, no existe tal dilema: ni la revolución social se puede reducir a la preparación de un complot, ni puede tampoco el proletariado sumirse en luchas parciales de espaldas al problema de la insurrección. Si renunciamos a las luchas parciales por no gastar energías, resulta que el movimiento obrero se [¿?] en una situación cada vez más difícil a causa de «los avances parciales» de la [¿?]. Tal es lo que ha sucedido en España desde noviembre hasta ahora.

Por otra parte, a causa de los avances de la reacción, la clase obrera puede verse obligada a librar de un momento a otro el combate decisivo, aun a pesar suyo. No estar bien preparada para ello, no estar ojo avizor, es condenar a una muerte segura, como en Austria, y miserable, como en Alemania, pero segura, cuando de lo que se trata es de vencer.

La negación de las luchas parciales sólo puede conducir a la pasividad diaria y a la agravación de la situación de la clase obrera. Recordemos la importancia enorme que tuvo la lucha parcial del 29 de abril.

Claro está que, en esta cuestión, como en todas, el stalinismo tiene una posición desatinada y retórica. Para ellos las luchas parciales consisten en una agitación irresponsable: pasar de los conflictos menores a las huelgas generales; de paro un día contra la guerra; otro, contra el fascismo, y, en fin, de tener a la clase obrera parada veinte días cada mes.

Todas estas concepciones que parecen muy revolucionarias son, esencialmente, charlatanas.

En resumen: la clase obrera necesita de luchas parciales bien entendidas. Pero debe estar dispuesta a reaccionar con la máxima decisión y energía si se ve en el trance de defender su existencia. Si la clase obrera está preparada para reaccionar llegado este momento, se puede asegurar que vencerá.

—¿Se desgastarían los órganos de frente único con las luchas parciales?

—Creemos que sí. Dada la [¿?] de España, si no se consigue articular de un modo efectivo la Alianza Obrera nacionalmente, todos los trabajadores fijarán su principal atención en el objetivo de la conquista del Poder y se consagrarán a la tarea de acumulación de energías y de elementos para la lucha definitiva.

—¿Qué obstáculos encuentra para no llegar al frente único con todas las fracciones políticas del proletariado?

—El exagerado interés de predominio que todas las tendencias políticas del proletariado ponen en sus propagandas para anular las del adversario, unido a la conducta política poco clara de algunos líderes.

—¿Conoce las discusiones tendidas por las delegaciones de las Juventudes Socialista y Comunista?

—Hemos leído con atención las referencias dadas por la prensa. Nos han parecido bien, ya que toda discusión en torno a la manera como hemos de oponernos al fascismo y concertar la unión por la conquista del Poder va despertando sumo interés en los trabajadores, discusión que la consideramos extraordinariamente necesaria.

Juzgamos muy plausible la acción que vienen desarrollando los jóvenes socialistas, y puede constituir un gran triunfo para el proletariado si consiguen influenciar con su espíritu revolucionario las organizaciones de la Unión General de Trabajadores.

Qué es y qué quiere el POUM

Comité Ejecutivo del POUM, febrero de 1936

El movimiento revolucionario de Octubre de 1934. seguramente el acontecimiento más trascendental en la historia del proletariado de nuestro país, puso de relieve con caracteres salientes la falta de un gran partido socialista revolucionario.

La historia de todas las revoluciones, triunfantes o fracasadas, demuestra de una manera incontrovertible que sin un fuerte partido revolucionario que sea el eje real, el motor y el cerebro a la vez de las grandes masas puestas en acción, no es posible la victoria revolucionaria.

Para que triunfara la revolución burguesa en Inglaterra y en Francia -las dos grandes revoluciones burguesas clásicas- hubo necesidad de un partido revolucionario de la burguesía: el "independiente" de Cromwell en la primera, y el jacobino de Robespierre y Saint-Just, en la segunda. Para que se impusiera la revolución de Octubre en Rusia, Lenin tuvo antes que forjar un partido, el partido bolchevique.

Sin partido revolucionario de la clase trabajadora, no es posible la victoria de la revolución socialista.

El fracaso de la insurrección de Octubre, en nuestro país, fue debido, en primer lugar, a la falta de ese partido.

Esta constatación era la primera que tuvo que hacerse todo marxista al sacar las consecuencias históricas del movimiento revolucionario de Octubre.

Llegaron a esa misma conclusión dos organizaciones comunistas que hasta entonces se habían mantenido distanciadas: el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista. Al coincidir en la apreciación del examen crítico de los hechos y asimismo en las perspectivas generales, era natural que se fusionaran, demostrando prácticamente que la teoría del partido único no era una simple consigna de agitación, sino que realmente constituía, tanto para el BOC como para la Izquierda Comunista, el motivo capital de toda su actuación en el presente momento.

El Congreso de unidad, celebrado en Barcelona el 29 de septiembre de 1935-al cumplirse el año de la sublevación de Octubre-, era una primera concreción práctica de las deducciones de aquel primer acto de la segunda revolución.

El Partido Obrero de Unificación Marxista (Bloque Obrero y Campesino e Izquierda Comunista unificados) ha nacido de la fusión de dos organizaciones marxistas revolucionarias, teniendo como objetivo capital de toda su actuación la unidad revolucionaria de la clase trabajadora, premisa indispensable para el triunfo de la revolución democrático-socialista en nuestro país.

I. COMO VE LA ACTUAL SITUACIÓN POLÍTICA Y COMO SE SITÚA ANTE ELLA EL PARTIDO OBRERO DE UNIFICACIÓN MARXISTA

La fase actual de la revolución que tiene lugar en España es un momento de transición entre la contrarrevolución fascista y la revolución democrático-socialista.

Esta situación viene prolongándose desde 1931 y puede continuar todavía durante algún tiempo con oscilaciones, ya sea hacia la izquierda, ya hacia la derecha. Pero inexorablemente el desenlace final será: socialismo o fascismo. O el ejemplo de la revolución de Octubre rusa, o el de Italia y Alemania. O triunfarán las fuerzas contrarrevolucionarias de la gran burguesía y de los residuos feudales, imponiendo la más implacable y desenfrenada dictadura de tipo fascista -y esto significaría la desaparición orgánica del movimiento obrero durante todo un período-, o será la clase trabajadora la que obtenga la victoria, implantando la dictadura del proletariado que llevará a cabo la revolución democrática truncada en manos de la pequeña burguesía, para pasar sin solución de continuidad a la revolución socialista.

El carácter de la revolución en nuestro país no es simplemente democrático, sino que es democrático-socialista.

Solamente si la clase trabajadora toma el Poder se llevará a término la revolución democrática íntimamente enlazada, en esta época histórica, con la revolución socialista.

La burguesía ha perdido toda capacidad revolucionaria. No puede mantenerse sobre las bases de la democracia. Evoluciona más o menos de prisa, según las circunstancias, hacia una situación fascista, ya que el fascismo es la manifestación política de la decadencia de la burguesía.

La clase trabajadora es la única garantía de la verdadera democracia. Por medio de la defensa impertérrita de las reivindicaciones democráticas que la burguesía teme (burguesía de izquierda) y destruye (burguesía de derecha), la clase trabajadora llegará hasta el umbral de la revolución socialista.

El proletariado debe convertirse en el heraldo verdadero de las conquistas democráticas. Ha de ser el gran libertador que aporte la solución ansiada a los problemas de la revolución democrática: tierra, nacionalidades, estructuración del Estado, liberación de la mujer, destrucción del Poder de la Iglesia, aniquilamiento de las castas parasitarias, mejoramiento moral y material de la situación de los trabajadores.

La dictadura del proletariado-transitoria, pues sólo existirá hasta que se hayan borrado las diferencias de clases y las clases, por lo tanto-, no destruirá la

democracia, sino que, por el contrario, la afianzará dando vida a la democracia verdadera: la democracia obrera.

El proletariado tomará el Poder cuando el interés general de la inmensa mayoría de la población y el de la clase trabajadora coincidan y exista -es condición indispensable- un fuerte partido socialista revolucionario.

El proletariado ha de tender al mismo tiempo que a forjar un partido, a convertirse en el centro de atracción de las grandes masas populares, sedientas de una estructuración social más justa que la presente.

Para ello ha de desplegar una doble acción convergente: con respecto a la clase trabajadora en general y con respecto a las clases intermedias: pequeña burguesía, clase media, campesinos.

Por lo que se refiere a la clase trabajadora, el Partido Obrero sostiene la necesidad de: Primero, unidad de acción de todos los trabajadores, formando el frente único horizontal y verticalmente. Alianza Obrera local y regional, y Alianza Obrera nacional. Segundo, unidad sindical. Todas las organizaciones sindicales existentes que reconozcan la lucha de clases, han de integrarse constituyendo localmente un solo sindicato de ramo o industria, una sola Federación local, y nacionalmente, una Central Sindical Única. Tercero, un solo Partido Marxista Revolucionario.

En relación con la pequeña burguesía, el Partido Obrero ni adopta la clásica posición de la social democracia de un contacto orgánico permanente con los partidos pequeño-burgueses que últimamente ha revalidado la Internacional Comunista con el llamado Frente Popular, ni adopta tampoco la absurda posición de poner a la pequeña burguesía en el mismo saco que la gran burguesía.

Los partidos pequeño burgueses han traicionado por incapacidad, impotencia y cobardía las promesas que habían hecho a los obreros, a los campesinos e incluso a la propia pequeña burguesía. Por eso, es una cuestión inexcusable la lucha ideológica y táctica contra esos partidos demagógicos con objeto de sacar de su radio de influencia a las masas trabajadoras que todavía le siguen, y atraer al mismo tiempo a una parte de la pequeña burguesía, sobre todo a los campesinos, neutralizando a la otra.

El fascismo, impulsado por la gran burguesía, se fundamenta principalmente sobre la pequeña burguesía y clases medias arruinadas y empobrecidas. Esta pequeña burguesía se orienta hacia el fascismo cuando han fracasado los partidos de la pequeña burguesía y el movimiento obrero se presenta dividido y sin capacidad para hacer triunfar la revolución que resuelva de una manera definitiva los problemas democrático-socialistas planteados.

Hay que saber distinguir aquellos momentos históricos en que la amenaza contrarrevolucionaria sea extraordinariamente grave y convenga entonces hacer pactos circunstanciales, transitorios, manteniendo siempre, no obstante, la

independencia orgánica del Partido Obrero y el derecho de crítica de los partidos pequeño burgueses.

Esta posición es justa. Lenin aceptaba los pactos circunstanciales con la burguesía radical. Pero de esta posición a la que últimamente ha puesto en marcha la Internacional Comunista -Frente Popular- que encadena el movimiento obrero a la burguesía, media un abismo.

II. EL PROBLEMA DE LA UNIFICACIÓN MARXISTA

No existe todavía en España, desgraciadamente, el gran Partido Socialista Revolucionario que la revolución necesita. Y sin embargo, cada día más, las necesidades revolucionarias hacen apremiante la formación del partido que conduzca la revolución a su triunfo.

El Partido Socialista no es el partido que la revolución exige. y no lo es porque el Partido Socialista, a pesar de la rectificación iniciada, que hay que reconocer, continúa siendo fundamentalmente un partido de tipo socialdemócrata. Contiene dentro de él tres tendencias opuestas: Primera, derechista, reformista hasta la médula, reproducción fiel de lo que fue la socialdemocracia alemana y de lo que es el laborismo inglés. Segunda, centrista, republicanizante, profundamente menchevique, que no aspira a otra cosa que ayudar a los republicanos pequeño burgueses. La tendencia centrista que tiene la dirección del partido Socialista, parte del supuesto que nuestra revolución es democrática y no democrático-socialista, negándose por consiguiente a reconocer la necesidad de que la clase trabajadora tome el Poder por medio de la insurrección armada. Tercera, izquierdista, representada por las Juventudes y por una fracción importante del propio Partido, que lucha contra la tendencia reformista y la centrista. En la perspectiva de la unificación marxista es el ala izquierda del Partido Socialista la que tiene una mayor importancia. No obstante, el ala izquierda socialista mantiene sobre muchas cuestiones posiciones equivocadas fundamentalmente. Por ejemplo, ha iniciado su orientación hacia la política de la Internacional Comunista, cuando precisamente la IC en su VII Congreso ha hecho un viraje radical, inaugurando una política que se encuentra situada a la derecha de la extrema derecha socialdemócrata. La izquierda socialista, además, no se ha pronunciado todavía de una manera clara sobre cuestiones tan importantes como la Alianza Obrera, la unidad sindical, la unidad marxista revolucionaria.

Como vemos, el Partido Socialista está muy lejos de constituir un todo fuertemente centralizado y unificado en el pensamiento y en la acción. No tiene nada que le aproxime al tipo de Partido bolchevique. En su seno conviven todas las tendencias, desde la que se afirma ser leninista, hasta la evolucionista de carácter laborista, pasando por la meramente republicana. De hecho, se aproxima más a una Federación de diferentes tendencias que a un partido fuertemente cohesionado.

Doctrinalmente, el Partido Socialista no ha logrado asimilar no ya las doctrinas de Lenin, que ni siquiera las de Marx y Engels. Ha sido un rasgo característico del viejo Partido Socialista Obrero Español, su insuficiencia teórica. Mantiene posiciones equívocas respecto a la definición del carácter de la etapa actual de la revolución española. No ha tomado una posición justa respecto al problema de las nacionalidades y al de la tierra. Se ha colocado de una manera completamente socialdemócrata ante el problema de la guerra, respaldando a la Sociedad de las Naciones.

El Partido Comunista de España no es tampoco el Partido bolchevique de nuestra revolución. Sujeto, como sección oficial de la Internacional Comunista a las fluctuaciones de la política exterior del Estado Soviético, se ve obligado a actuar de acuerdo no con las necesidades del movimiento revolucionario en nuestro país, sino de conformidad con las conveniencias de la diplomacia soviética, lo que, con frecuencia, está en abierta contradicción.

Comienza por faltar en el Partido Comunista un régimen de democracia interna. La línea política, la táctica, incluso el propio nombramiento de los Comités directivos, son determinados no por el partido en sus Congresos, sino por órdenes procedentes de Moscú.

No hay más que ver las oscilaciones tácticas seguidas por el Partido Comunista de España (sección española de la Internacional Comunista) desde que se proclamó la República hasta ahora para darse cuenta de su artificialidad.

Al proclamarse la República, el 14 de Abril, el Partido Comunista de España, siguiendo, como es natural, instrucciones de arriba, gritaba: "¡Abajo la República!", "¡Vivan los Soviets!". Objetivamente, el PC, sin quererlo, se ponía al lado de los monárquicos más empedernidos. Han transcurrido más de cinco años, y la república burguesa está completamente desprestigiada. Su nombre ha sido manchado por torrentes de sangre proletaria y por los negocios más fraudulentos y escandalosos. Y es en ese momento, cuando la clase trabajadora, después de la experiencia de Octubre, debe ser orientada hacia la toma del Poder, que el Partido Comunista, siguiendo los mandatos de Moscú, de un salto se coloca a la derecha de la derecha socialista. Para el Partido Comunista, el dilema "fascismo o socialismo" se ha convertido en breves instantes en este otro: "fascismo o democracia. Una consigna completamente republicano-burguesa encuentra en el Partido Comunista su más firme apoyo.

En la cuestión de frente único, el Partido Comunista de España no ha podido tener una actitud más desgraciada. Fue el Partido que pretendía monopolizar la bandera del Frente único. Ahora bien, cuando el Frente único cristalizó prácticamente en forma de Alianza Obrera, esto tuvo lugar al margen del Partido Comunista y con su oposición sistemática encarnizada. Durante largo tiempo, el PC combatió la Alianza Obrera a la que llegó oficialmente, a calificar incluso de «Santa Alianza de la Contrarrevolución». No obstante, unos meses después, ante una corriente

irresistible de movimiento hacia la Alianza Obrera, el Partido Comunista rectificó en 24 horas, adhiriendo a la Alianza Obrera el día 4 de octubre, cuando la batalla ya había empezado.

El Partido Comunista, con esta inestabilidad, hija de su falta absoluta de democracia interna, y por su desvío cada vez más acentuado de la política tradicional del bolchevismo, está asimismo muy lejos de ser el partido de la revolución.

El Partido Obrero de Unificación Marxista, resultado de la fusión del Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, cree que nos es posible enfocar las cosas hacia el ingreso de todos los marxistas en un determinado partido ya existente. El problema no es de ingreso o de absorción, sino de unificación marxista revolucionaria. Es un Partido nuevo el que precisa formar mediante la fusión de los marxistas revolucionarios.

El Partido Obrero cree que la unificación marxista revolucionaria -que nada tiene que ver con un absurdo amontonamiento de tipo laborista -se prepara por medio de una clarificación previa de posiciones. «Antes de unirnos ya fin de unirnos es preciso que nos diferenciemos», dijo Lenin.

El Partido Obrero opina que las premisas fundamentales para que la unificación marxista revolucionaria sea un hecho son las siguientes:

Primera. La revolución española es una revolución de tipo democrático-socialista. El dilema es: socialismo o fascismo. La clase trabajadora no podrá tomar el Poder pacíficamente, sino por medio de la insurrección armada.

Segunda. Una vez tomado el Poder, establecimiento transitorio de la dictadura del proletariado. Los órganos de Poder presupone la más amplia y completa democracia obrera. El Partido de la revolución no puede, no debe ahogar la democracia obrera.

Tercera. Necesidad de la Alianza Obrera localmente y nacionalmente. La Alianza Obrera debe pasar necesariamente por tres fases: Primera, órgano de Frente Único, llevando a cabo acciones ofensivas y defensivas legales y extralegales; segunda, órgano insurreccional; y tercera, órgano de Poder.

Cuarta. Reconocimiento de los problemas de las nacionalidades. España quedará estructurada en forma de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

Quinta. Solución democrática, en su primera fase, del problema de la tierra. La tierra para el que la trabaja.

Sexta. Ante la guerra, transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ninguna esperanza en la Sociedad de las Naciones, que es el frente único del Imperialismo.

Séptima. El Partido Unificado permanecerá al margen de la II y III Internacionales, fracasadas ambas, luchando por la unidad socialista revolucionaria mundial hecha sobre bases nuevas.

Octava. Defensa de la URSS pero no favoreciendo su política de pactos con los estados capitalistas, sino por medio de la acción revolucionaria internacional de la clase trabajadora. Derecho de criticar la política de los dirigentes de la URSS que pueda ser contraproducente para la marcha de la revolución mundial.

Novena. Régimen permanente de centralismo democrático en el Partido Unificado.

Ya existe un partido-el Partido Obrero-que defiende con entusiasmo la tesis justa de la unidad. Esto constituye, no hay duda, un factor importante. Lo que precisa ahora es ganar a este punto de vista a los sectores realmente marxistas de los partidos socialista y comunista para que ambos conquistados a la idea de un sólo partido socialista revolucionario, se pronuncien por un Congreso de unificación marxista revolucionario.

III. EL FRENTE ÚNICO: ALIANZA OBRERA

Las dos organizaciones que fusionadas han constituido el Partido Obrero de Unificación Marxista -el Bloque obrero y Campesino y la Izquierda Comunista- han tenido una participación directa, y en algunos casos decisiva, en la formación de las Alianzas Obreras.

Para el Partido Obrero, la Alianza Obrera -unidad de acción- es, sin ningún género de dudas, en la historia de nuestro movimiento obrero, un acontecimiento trascendental. Por medio de la Alianza Obrera, el movimiento obrero concentra sus fuerzas sin necesidad de destruir la independencia y características de sus organizaciones tradicionales.

La Alianza Obrera viene a desempeñar en nuestro país basándose en las condiciones del movimiento obrero, el papel que en la revolución rusa representaron los soviets: órganos de frente único, primero, insurreccionales luego, e instrumentos de Poder, después. Cuando la clase trabajadora conquiste el Poder, el Estado burgués actual deberá ser reemplazado por algo nuevo que está precisamente en germen en la Alianza Obrera.

Son, pues, tres las fases que se han de dar en el proceso evolutivo, estrechamente ligado al de la revolución, de la Alianza Obrera: frente único ofensivo y defensivo, insurreccional y de Poder.

La Alianza Obrera ya no es una simple hipótesis. Constituye una realidad. Ha pasado por el fuego de una formidable revolución, dando pruebas indiscutibles de su fuerza y capacidad representativa. Las jornadas de Octubre de 1934 fueron la cristalización dinámica de la Alianza Obrera. En primer lugar, la Alianza Obrera, durante el transcurso de los meses que precedieron a Octubre, logró formar, en

gran parte, la unidad de acción de las masas trabajadores. Y porque esta unidad se constituyó, fue posible el movimiento insurreccional de Octubre. Los dos focos principales de la acción insurreccional fueron Asturias y Cataluña. En Asturias en donde la Alianza Obrera estaba formada por todas las organizaciones, los anarquistas incluso, el movimiento obrero se impuso desde el primer instante. En Cataluña, la Alianza Obrera no era completa, ya que estaban al margen de ella los anarco-sindicalistas. No obstante la decadencia del anarquismo en Cataluña durante los últimos tiempos, no hay duda que su falta en la Alianza Obrera contribuyó en gran medida a que la insurrección obrera no llegara en Cataluña hasta las últimas consecuencias como en Asturias.

Si la insurrección de Octubre en general fue vencida, se debió a que nos existía aún un vasto movimiento de Alianza Obrera, Frente Único, en todo el país, ni tampoco un Partido Socialista Revolucionario con fuerza y autoridad para convertirse en el eje real de ese Frente Único.

Es esa constatación la que lleva el Partido Obrero a formular la necesidad perentoria, al lado de la constitución de un Partido Marxista Revolucionario único, de dar a la Alianza Obrera -germen de nuestro soviet- la gran importancia que tiene.

Respecto a la Alianza Obrera, mantienen una actitud equivocada los camaradas socialistas, anarquistas y comunistas oficiales, como vamos a ver.

Los socialistas afirman que la Alianza Obrera sólo puede tener el carácter de instrumento insurreccional. Es decir, le niegan las condiciones de su primera fase -Frente Único- y las de la tercera- órgano de Poder. El hecho de ver la Alianza Obrera, no como un proceso, sino simplemente como algo rígido, estratificado, demuestra que los socialistas que mantienen esta posición, no han comprendido todavía el sentido de la revolución proletaria. La Alianza Obrera, como ya hemos dicho, no puede ser instrumento insurreccional si antes no lo ha sido de Frente Único, o sea unidad de acción ofensiva y defensiva. Y un partido obrero que aspira a la insurrección y no tenga preparado el órgano adecuado de Poder, no hará nunca la insurrección y si la hace, quedará reducida a un golpe de Estado, sin que pueda asentar el Poder conquistado sobre bases sólidas e indestructibles. El Partido no debe ser un órgano de Poder. Es completamente falsa la posición de aquellos socialistas que dicen: «El Poder, para el Partido Socialista». El Poder no ha de ser para éste o aquel partido, sino para la clase trabajadora, que ha de ejercerlo a través de sus órganos democráticos-soviets, consejos, alianzas obreras.

Partiendo del principio axiomático que socialismo y democracia obrera son inseparables, que no puede haber socialismo sin democracia obrera, ni democracia obrera sin socialismo, el problema de cuales serán los órganos de Poder ha de ser planteado a tiempo. Decía Lenin: «Si la fuerza creadora de las clases revolucionarias no hubiese dado vida a los soviets, la revolución proletaria no tendría ningún porvenir, ya que hubiese sido imposible al proletariado guardar el

Poder con el antiguo aparato de Estado y es imposible crear de súbito un nuevo mecanismo gubernamental». Trasladando a España el sentido de lo que manifestara Lenin, podemos decir que sin Alianzas Obreras constituidas, organizadas, con vida propia, fuertemente arraigadas, la clase trabajadora no conseguirla guardar el Poder, aunque lo tomara por sorpresa.

La posición de los socialistas que mantienen una tal actitud con respecto a la Alianza Obrera es, pues, completamente equivocada.

El porvenir de nuestra revolución está ligado al desarrollo de la Alianza Obrera.

La situación político-social presente coloca la Alianza Obrera en su primera fase: la de Frente Único de todos los trabajadores.

Contra la Alianza Obrera en esta etapa -sin la cual no pueden existir ni la segunda ni la tercera- se alzan los socialistas y los anarquistas.

Si el parecer de los socialistas y de los anarquistas que, en último término, coinciden en los resultados finales, prevaleciera, no habría Frente Único y, como consecuencia, la revolución quedaría truncada.

Los anarquistas, en la cuestión de Frente Único (Alianza Obrera), igual que en la de la unidad sindical, no tienen posiciones fijas, no responden a una tesis determinada. En su seno hay ideas contrapuestas. Prueba evidente de que son extremadamente vulnerables. Las masas anarquistas con sentido clasista, tanto como las que siguen a los socialistas, son materia prima revolucionaria de un valor formidable. Y esas masas si ven el movimiento de unidad no como una maniobra, sino como una marcha hacia la acción revolucionaria, irán a la unidad, como los anarco-sindicalistas de Asturias que se enrolaron en la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera ha de existir, ganando a las masas socialistas y a los anarquistas a la concepción de su necesidad, imprescindible. La Alianza Obrera ha de ensancharse. Toda, absolutamente toda la clase trabajadora ha de formar parte de las Alianzas Obreras. Y, además, el funcionamiento de las Alianzas Obreras ha de democratizarse, dejando de ser, progresivamente, una superorganización formada desde arriba para afirmarse sobre la gran cantera de las masas trabajadoras actuando democráticamente. De una manera gradual, las Alianzas Obreras han de transformarse adoptando las características de los soviets en la Revolución rusa.

Es errónea, por otra parte, la posición de aquellos –pues existen- que llevan su entusiasmo por la Alianza Obrera hasta tal punto que llegan a olvidar incluso o subvalorizar el papel del Partido Obrero Revolucionario. Un Frente Único obrero, por amplio que sea, si no tiene un eje central que lo mueva, y este no puede ser otro que el Partido Socialista Revolucionario, es una herramienta mellada. La Alianza Obrera, en sus tres etapas de Frente Único, instrumente insurreccional y órgano de Poder, requiere, indispensablemente, la presencia del Partido Obrero Marxista Revolucionario en sus funciones de orientador, de guía, de vanguardia. Sin Partido dotado de una teoría revolucionaria, la Alianza Obrera pudiera convertirse en un

pedestal para que se formara un Frente Popular republicano-obrero-reformista, como propugna ahora el Partido Comunista de España.

El Partido Comunista oficial, aun cuando ahora afirma ser partidario de la Alianza Obrera, trata, de hecho, de sustituirla por el Frente Popular.

La política de Frente Popular que la Internacional Comunista lleva actualmente a cabo en muchos países, y entre ellos, el nuestro, constituye la ruptura completa con tradiciones del marxismo.

El Frente Popular, tal como lo propaga la IC, es el contacto orgánico permanente del movimiento obrero y la burguesía liberal.

Esta nueva táctica de la IC entraña tantos peligros, sino más todavía, que el propio sectarismo llevado a cabo durante el llamado «tercer período», que consistió en una guerra irreconciliable contra la socialdemocracia.

Por medio del Frente Popular se pierden totalmente las diferencias de clase y se asesta, por lo tanto, un golpe a la lucha de clases, que es la piedra angular del marxismo.

Si la política del «social-fascismo» condujo al triunfo fascista, la política del Frente Popular lleva directamente a la guerra.

En Francia, que es donde el Frente Popular está en pleno apogeo, se ha podido ver cómo el Partido Comunista ha liquidado totalmente su actuación antimilitarista, ha votado los créditos de guerra, y constituye uno de los más fuertes defensores de la «unión sagrada».

Si la guerra entre Francia y Alemania estalla, los comunistas franceses, en virtud de la política del Frente Popular, serán los entrenadores en el seno de la masa trabajadora en favor de la lucha armada, y en defensa del imperialismo alemán [*sic*, debe querer decir francés].

En España, la actuación del Partido Comunista oficial conduce a posiciones parecidas. Los gobiernos burgueses de izquierda encuentran el más firme apoyo de los comunistas estalinianos. Prácticamente esta política de sostén conduce a frenar la acción de las masas en marcha hacia la revolución socialista. La burguesía tiene hoy un aliado de un valor enorme: es el Partido Comunista con su defensa a ultranza del Frente Popular.

La experiencia de los resultados del Frente Popular ya ha sido vivida en nuestro país. El Partido Socialista, en 1931-1933, practicó la política del Frente Popular, cuya segunda edición propaga ahora con entusiasmo el Partido Comunista. La colaboración republicano-socialista condujo al triunfo de la contrarrevolución, en noviembre-diciembre de 1933. Las conclusiones serían ahora más catastróficas aún si la posición de los comunistas oficiales, más radical-socialista que comunista, prevaleciera.

Esta interpretación nuestra del Frente Popular no está en contradicción, como pudiera aparentemente suponerse, con el hecho de que el POUM firmara el documento que sirvió de base para las elecciones generales del 16 de febrero de 1936. Se trataba entonces de un simple pacto de carácter electoral teniendo como finalidad principal la Amnistía. El POUM desarrolló entonces su propaganda con completa independencia, señalando que al pacto establecido no podía dársele otra interpretación que el de un compromiso pura y exclusivamente electoral.

El POUM -como ya se ha indicado más arriba- no rechaza los contactos y alianzas con la pequeña burguesía, pero estos pactos y alianzas han de ser siempre para cuestiones concretas y circunstanciales.

Lo otro es el Frente popular, inadmisible para todo marxista revolucionario.

IV. LA CUESTIÓN SINDICAL

En España ha existido desde los mismos comienzos del movimiento obrero organizado una división de la clase trabajadora. Un sector, dirigido por el Partido Socialista, se agrupó sindicalmente formando la Unión General de Trabajadores, de tendencia generalmente reformista. Otro sector, influenciado por el anarquismo, después de una larga serie de tanteos orgánicos, acabó por constituir la Confederación Nacional del Trabajo.

CNT y UGT, la organización sindical anarcosindicalista y la socialista, han ejercido de hecho el monopolio de la organización sindical de la clase trabajadora en nuestro país.

Esta división ha sido funesta para el movimiento obrero. Una de las causas de la relativa estabilidad del capitalismo en España hay que achacarla a esta escisión histórica de nuestro movimiento obrero. La burguesía ha encontrado un terreno propicio mientras la clase trabajadora partida en dos trozos se combatía incesantemente.

La consigna sindical del Partido Obrero de Unificación Marxista, en éste como en los demás aspectos del problema obrero, es bien categórica: unificación. No hay lugar para dos centrales sindicales. Una clase. Un frente. Una sola central sindical.

Sin embargo, mientras que en Francia, por ejemplo, el problema de la unificación sindical ha sido más fácil de resolver que el del Partido Único, no es el mismo el caso en España. Aquí la unidad sindical tendrá lugar probablemente más tarde que la unidad política marxista. La pugna entre anarquistas y socialdemócratas es muy profunda para que sea posible ganar a la idea de unidad sindical a ambos contendientes. La división se prolonga desde hace más de medio siglo y no es, en realidad, cosa fácil superarla en breve tiempo.

De todos modos, la unidad sindical es necesaria y puesto que es necesaria, tendrá que hacerse. Los marxistas debemos plantearnos de este modo tan trascendental problema.

Ahora bien, ¿cómo llegar a la unidad sindical?

Los socialistas mantienen también en este dominio actitudes que nosotros juzgamos equivocadas. Unos dicen: «unidad dentro de la Unión General de Trabajadores», o no atreviéndose a plantear la cuestión de la unidad, propugnan otros: «Ingreso en la UGT de todos los sindicatos autónomos, y unidad de acción entre UGT y la CNT».

Ambas posiciones, mantenidas por unos u otros socialistas, son falsas. Idénticas en el fondo, ocultan el deseo de mantener constantemente la escisión obrera. Los anarquistas -y su fuerza sindical es importante-, no ingresarán jamás en la UGT. El solo hecho de plantearlo da como resultado inmediato la vigorización de la posición anarquista.

Los anarquistas se han desarrollado y han crecido en fuerza en tanto que oposición a la política reformista de los socialistas. En ese momento de la historia, los anarquistas tenían una gran parte de razón, mucha más, no hay duda, que los socialistas. Si el Partido Socialista no es ahora capaz de rectificar su pasado-y la piedra de toque de esta rectificación la constituye el arduo problema de la unidad-, el anarquismo lejos de desaparecer puede seguir vegetando con más o menos fuerza, pero siendo bastante fuerte para mantener la división de la clase trabajadora.

El Partido Obrero planteándose, pues el problema de la unidad en éste, como en los demás dominios, se cree en el deber de no limitarse a una simple propaganda de la unidad sindical, sino que trabaja prácticamente en dicho sentido. A tal efecto, el POUM, aunque partido peninsular, opina, basándose en el estudio de la realidad, que la clave para levantar el edificio de la unidad sindical en España, se encuentra en Cataluña, que es donde la organización sindical está más disgregada.

La pulverización del movimiento sindical existente en Cataluña no tiene límites. La Confederación Nacional del Trabajo, que antes ejerció la supremacía absoluta, ha visto cómo sus fuerzas iban disminuyendo hasta pasar a una posición indiscutiblemente minoritaria. La gran masa obrera de Cataluña, está, como consecuencia del fracaso de la CNT dirigida por los anarquistas de la FAI, desorganizada. Pero la parte organizada existente se encuentra agrupada así: 1º) Sindicatos influenciados por el Partido Obrero, seguramente el sector más importante. 2º) Sindicatos de Oposición en la CNT (treintistas). 3º) Confederación Regional del Trabajo de Cataluña (CNT). 4º) Unión General de Trabajadores (Federación Catalana). 5º) Sindicatos influenciados por la Unión Socialista de Cataluña, y 6º) Sindicatos Autónomos.

Pues bien, se trata de constituir la Unidad Sindical de los trabajadores de Cataluña. Esta Unidad Sindical, precisamente por considerarse como transitoria, en espera de la unificación sindical definitiva en todo el país, se mantendrá al margen de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores, luchando por su unidad, por la formación de una Central Única.

La importancia que este paso pueda tener para el desarrollo ulterior del movimiento unitario, es incalculable. El hecho de que la clase trabajadora de Cataluña que ha sido hasta hace poco la base principal de la Confederación Nacional del Trabajo, levante en alto la bandera de la Unión Sindical tendrá en toda España una extraordinaria repercusión. La formación de la Alianza Obrera en Cataluña determinó como continuación inmediata su extensión a todo el país. En la cuestión de la Unidad Sindical ocurrirá lo mismo.

Lo interesante en este aspecto, como en los demás, es salir de la abstracción y partir de un punto concreto. Lo concreto en este caso, el punto de partida, es empezar la Unidad Sindical en Cataluña. Lo demás vendrá como consecuencia. Es a esa tarea que en el orden sindical se consagra el Partido Obrero de Unificación Marxista, firmemente persuadido de que es el camino más corto para llegar a la plena realización de la Unidad Sindical en toda España, logrado lo cual la Unidad Sindical de los trabajadores de Cataluña pasará automáticamente a ser la Federación Catalana de la Central Única constituida.

[...]

FINAL ¡A TODOS LOS TRABAJADORES!

He ahí expuesto, con la máxima concisión posible, qué es y qué quiere el Partido Obrero de Unificación Marxista.

Después de la experiencia de la República y de la revolución de Octubre, la clase trabajadora ha de ir a la toma violenta del poder. De la contrario, será el fascismo quien triunfará. Fascismo a socialismo: he ahí el dilema inexorable.

Para que el proletariado tome el poder precisa un gran partido marxista revolucionario. Pero para la formación de este partido marxista revolucionario, la unidad ideológica ha de preceder a la unidad orgánica.

El POUM no comparte los puntos de vista de aquellos sectores que creen que la que precisa es hacer un partido de gran volumen, sin tener en cuenta su completa unidad ideológica.

El POUM cree que el partido de la revolución ha de estar caracterizado por una completa unidad de pensamiento y de acción.

Es en ese sentido que entiende la unificación marxista.

Los trabajadores que hayan leído este folleto llegarán en su mayoría -estamos persuadidos de ello- a la conclusión de que el POUM está acertado en sus posiciones.

Pues si tienen ese convencimiento, su deber es acudir a las filas del POUM para luchar por el triunfo de la revolución socialista.

El POUM es hoy una esperanza para el movimiento revolucionario de la clase trabajadora española. Encarna una rectificación fundamental y el comienzo de la formación del partido bolchevique que la revolución necesita.

